





*Sabemos que es responsabilidad de nuestro gobierno construir alternativas que propicien condiciones más justas para quienes habitan esta tierra. Parte importante de este compromiso es la opción a los bienes culturales, entre ellos, los libros, patrimonio que revela saberes y trayectorias, que salvaguarda la historia y la identidad de un pueblo.*

Ivonne Ortega Pacheco  
Gobernadora Constitucional del Estado de Yucatán



# Diez años de juventud

ROSARIO SANSORES



**Gobierno del  
Estado de Yucatán**  
PÉ NAL SUKUTTÓ



**BIBLIOTECA BÁSICA  
DE YUCATÁN**

**Gobierno del Estado de Yucatán**

Ivonne Ortega Pacheco  
*Gobernadora Constitucional*

**Secretaría de Educación de Yucatán**

Raúl Humberto Godoy Montañez  
*Secretario*

**Instituto de Cultura de Yucatán**

Renán Alberto Guillermo Gonzalez  
*Director General*

**Biblioteca Básica de Yucatán**

Verónica García Rodríguez  
*Coordinadora*

***Diez años de juventud***

Primera edición en Biblioteca Básica de Yucatán, 2011

D. R. © de esta edición:

Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de Yucatán  
Calle 34 No. 101-A por 25, Col. García Ginerés, Mérida, Yucatán

Coordinación editorial

Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de Yucatán

Corrección

Francisco Lope Ávila

Imagen de portada

Diseño del libro

Gabriela Castilla Ramos

ISBN 978-607-7824-39-8

***Comentarios***

Coordinación del Programa Biblioteca Básica de Yucatán

Av. Colón No. 207 por calle 30, Colonia García Ginerés, Mérida, Yucatán.

Tel. (999) 9258982, 83 Ext. 108

biliotecabasicayucatan@gmail.com

[www.bibliotecabasicayucatan.gob.mx](http://www.bibliotecabasicayucatan.gob.mx)

© Reservados todos los derechos. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio electrónico o mecánico sin consentimiento del legítimo titular de los derechos.



# Presentación

Los grandes desafíos de la sociedad actual pueden resolverse sólo con la participación de los ciudadanos. Esto significa para las instituciones, y para ti, una acción consciente e informada, no por mandato de ley sino por convicción. Entender lo que vivimos y los procesos que nos rodean para tomar decisiones con pleno conocimiento de quiénes somos es lo que nos hace hombres y mujeres libres.

El libro, que se complementa con las diversas y nuevas fuentes de información, sigue siendo el mejor medio para conocer cualquier aspecto de la vida. En México, la industria editorial tiene hoy un amplio desarrollo; sin embargo, los libros todavía no son accesibles a todos.

El Gobierno del Estado ha creado la Biblioteca Básica de Yucatán para poner a tu alcance libros en varios formatos que te faciliten compartir con tu familia conocimientos antiguos y modernos que nos constituyen como pueblo. Para esto, se ha diseñado un programa que incluye la edición de cincuenta títulos organizados en cinco ejes temáticos: Ciencias Naturales y Sociales, Historia, Arte y Literatura de Yucatán; así como libros digitales, impresos en Braille, audiolibros, adaptaciones a historietas y traducciones a lengua maya, para que nadie, sin distinción alguna, se quede sin leerlos.

Los diez mil ejemplares de cada título estarán a tu disposición en todas las bibliotecas públicas del estado, escuelas, albergues, hospitales y centros de readaptación; también podrás adquirirlos a un precio muy económico o gratuitamente, asumiendo el compromiso de promover su lectura.

A este esfuerzo editorial se añade un proyecto de fomento a la lectura que impulsa, con diferentes estrategias, una gran red colaborativa entre instituciones y sociedad civil para hacer de Yucatán una tierra de lectores.

Te invitamos a unirte, a partir del libro que tienes en tus manos y desde el lugar y circunstancia en que te encuentres, a este movimiento que desea compartir contigo, por medio de la lectura, la construcción de una sociedad yucateca cada vez más justa, respetuosa y libre.

Raúl Godoy Montañez  
Secretario de Educación





# Prólogo

## ROSARIO SANSORES, CRONISTA DE SUEÑOS

Por Beatriz Espejo

Intento reconstruir los hechos sin que me traicione la memoria. Nicolás Urcelay había tenido un revés. Sin previo aviso ni causa aparente rompieron su contrato en el cabaret Capri ¿o fue en el Teatro Lírico?, donde como estrella formaba parte del elenco. Lo sustituyó un cantante llegado a México interpretando algo melifluamente una canción que duró seis meses, “Violetas imperiales”, éxito de su repertorio bastante limitado. Nicolás debe haber hervido de rabia, pero en lugar de demostrarlo, decidió organizar una cena en honor de Mariano. Era una cachetada con guante blanco.

Recuerdo a Nicolás, estatura mediana, cutis blanco nacarado, maneras suaves, acertado en sus comentarios. Muy frecuentemente llegaba a mi casa para tomar coñac después de la comida. Ni siquiera necesitaba avisar. Mi papá y él se quedaban conversando en la sala y los demás nos esfumábamos. Siempre fui una mirona que escucha y almacena información sólo para entender cómo viven, piensan y reaccionan los seres humanos. En ese tiempo, curiosamente, lo hacía por un interés morboso. Oí decir que Nico —así lo llamaban sus íntimos— era de buena familia yucateca y que su padre murió pronto. Cuando quiso ser cantante de ópera no pudo costearse los estudios y se dedicó a la música popular culta interpretando clásicos del género, que acomodaba a su estilo, siguiendo consejos de su maestra Fany Anitúa. Lo mismo dicen les ocurrió, por diferentes motivos, a Jorge Negrete y Pedro Vargas. Lo prueba su fraseo admirable.

Las amistades de Nicolás eran muy eclécticas. Había casado con una muchacha, la Nena Castro, hija de un millonario hombre de negocios, dueño de la hacienda Misné, convertida actualmente en hotel, a la que íbamos en los muchos viajes hechos por la península. Se me hacía largo el trayecto y hoy advierto que está en la ciudad cercana a la carretera hacia Izamal. De tal suerte, Nicolás se movía entre dos mundos y los concurrentes a sus fiestas eran algunos personajes pertenecientes a la “casta divina” y muchos representantes de la farándula artística. Por alguna razón, me preguntaron si quería asistir. No lo dudé dos veces. El problema se presentó cuando mi madre no me dejó usar medias y fui de calcetines con un

traje sastre gris Oxford adornado por botones de concha, lo más formal de mi guardarropa, todavía medio infantil. Un trajecito que aún veo como si estuviera colgado en su gancho; pero del que me desprendí al dejar de venirme. Cuando llegamos la casa tenía todos los cuartos prendidos y largas filas de coches en la banqueta. La mayoría de los presentes se había instalado en sillones o hasta en el suelo. Actores, actrices, cómicos, ayudantes y agentes de Nicolás. Los yucatecos se juntaron hacia una esquina. Apenas recuerdo quiénes eran, salvo a un señor Vales y su esposa, de gran belleza, Pepe Iturralde, con sus ojos verdes y pestañudos y su mujer, Julita Arce, que siempre encontraba manera de hundir rejonos mortales en la comensal elegida y sin conmoverse ni escuchar críticas se había hecho célebre soltándole “linda, te ves muy bien; pero fo, qué mal te huele el pelo” o alguna monada por el estilo. Estaban también otras parejas y mis padres junto a quienes me paré en segunda fila tratando de disimularme. Era la única menor. De pronto, una señora no alta ni bien parecida, como se cuenta que había sido en su juventud, vino a preguntarme si quería salir fotografiada junto con Manolo Fábregas y su Fela, Cachirulo y Ana Luisa Pelufo, que llegó acompañada por un Tarzán a quien presentó como su marido. Cuando oí semejante invitación me quedé boquiabierta ¿Por qué me había elegido a mí y no a esas señoras enjoyadas, con grandes escotes y vestidos apropiados para portadas de *Vogue*? ¿Ella, que amaba los perfumes de Carón y Revillon complementando atuendos de Fath y Balenciaga? No lo pensé dos veces y me encaminé hacia el lugar indicado siguiendo su sombrerito con una pluma negra y adornos de chaquira. Entonces sentí un tirón a mi chaqueta y la voz de mi padre, que antes parecía distraída en los comentarios, me dijo: “Que te lo pidan dos veces” (buen consejo en el momento y pésimo en el actual cuando las oportunidades se esfuman hacia el cielo raso y no vuelven). Sin embargo, hubo una segunda ocasión. Rosario Sansores, atareada organizando el retrato que ilustraría la crónica festiva, volvió a preguntarme ¿Quieres venir o no? Por supuesto quería y si a mis pies no le salieron alas fue porque un fenómeno de tal naturaleza requiere voluntad de dioses olímpicos. Su fotógrafo habitual, Panchito Murguía, preparaba el encuadre. Me brindaron la primera vez que salí en un periódico y en un evento de semejante naturaleza. Y sin que Rosario lo supiera, le guardo secreto agradecimiento.

Según el lenguaje noticioso, la reunión fue un acontecimiento. En el vestíbulo había piano y organizaron un concierto. Luis Mariano interpretó sus violetas y algunas otras melodías españolas. Nicolás lo bañó con todas las canciones de María Greever, algunas de Agustín Lara, su infaltable “Martha, capullito de rosa”; pero es imposible tras tantos años reconstruir el programa. Cantó con pasión, cólera y sentimiento. Mientras, Rosario,

escuchándolo atentamente, anotaba el trajinar de los meseros, lo bien presentado de los bocadillos, la cena servida a su hora, los mejores atuendos de la concurrencia, las risas, las conversaciones triviales y agudas. El ambiente general, porque siempre asistía a eventos que reseñaba y reconstruía cada detalle con la mayor verosimilitud posible. Era su orgullo contar cuanto había constatado por sí misma. En eso consistía su trabajo y las novedades que supo imponer a la crónica de sociales. En México se había hecho antes como una lista de nombres sin mayor chiste. Aparte de tener la voluntad de fundar un género, sacó su columna titulada “Rutas de emoción” para *Novedades*, donde colaboró desde 1937, el diario que competía por aquellos años entusiastas con *Excélsior*. Los dos llegaban puntualmente a las casas de todos los burgueses ciudadanos.

La introducción a este prólogo, que aparentemente no viene al caso, ha intentado pagar deudas a la pionera femenina del género que convertía la cursilería, lo ñoño y lo exagerado en algo muy leído, aunque ahora esté pasado de moda y nos resulte risible. Había también ganado reputación de ser una poetisa buscada, sobre todo entre mujeres, aunque las más exigentes se burlaban un poco de sus frases anquilosadas, sus alusiones constantes a Cupido, las oscuras pupilas, las boquitas pintadas; pero en los años treinta y cuarenta e incluso cincuenta causaba sensaciones y llantos emocionados. Al morir, dijo que había escrito cerca de mil poemas, seguramente sentada ante su máquina de escribir, con un café que le llevaba la sirvienta y vistiendo una de esas batas o saltos de cama hechos en raso, con lazos en la cintura y alforzas, diseños de algún modista famoso. Mil poemas son demasiados y no hay quien pueda escribirlos ni siquiera dictados por ejércitos de ángeles guardianes. Como los cuentos, responden a un milagro surgido de pronto y resuelto con grandes dificultades. Pero Rosario no se preocupaba por esas complicaciones. Detestaba el verso blanco, adoraba la rima incluso forzada. Nunca corregía, odiaba la literatura contemporánea y su nutrida biblioteca sólo estaba formada por autores que la habían impactado siempre, entre los que destacaban Colette, Paul Bourget, Stefan Zweig y Eduardo de Zamacois. Octavio Paz le ponía los pelos de punta. A José Gorostiza no lo conocía ni de nombre y el grupo Contemporáneos le era absolutamente borroso. Xavier Villaurrutia le sacaba ronchas y quizás Carlos Pellicer le parecía tolerable por aquello de compartir una misma región, el *Canto al Usumacinta*, y la voluntad de instalar nacimientos, en una bóveda diseñada por Diego Rivera, que mostraba gustoso a quienes lo solicitaran; pero esto último son meras conjeturas. Nunca tuve ocasión de preguntárselo.

Rosario Sansores Pren vivía enamorada y eso quería proclamar. Traía consigo un block lleno de apuntes donde anotaba cuanto se le

iba ocurriendo, frases que juzgaba acertadas. Se le abrían las puertas de verdaderas mansiones y era atendida con entusiasmo. A esas alturas del partido elegía propuestas de mayor envergadura y se disculpaba cuando las creía de escasa monta porque apenas se daba tiempo para asistir a bodas, bautizos, celebraciones de quince años y reuniones elegantes. Era leída y había cobrado reputación dentro de su oficio. Sobre su persona, se comentaban sus colecciones de grandes y pequeños sombreros, sus numerosos abrigos de pieles; los collares y anillos que usaba para llegar a la redacción y se bromeaba sobre otros ornamentos estrepitosos y singulares porque en opinión suya una periodista de postín estaba obligada a demostrar clase, un estilo de gran dama. Y no perderlo nunca.

Nació en Mérida en 1889, de manera que cuando la conocí ya no era joven. Tampoco me pareció vieja, demasiado ocupada ganándose el pan y costeándose sus atuendos para no dejarse morir y eso debió mantenerla firme. Desde casi su adolescencia publicó poemas en diversos medios y revistas como *El Diario de Yucatán*, que sacaba versos y otros textos salidos de su pluma bajo el pseudónimo de Solange de Morván. A los trece años (quizás a los catorce o quince o dieciséis, siempre ocultó su edad) viajó a México y casó con Antonio Sanjenis. Tuvo dos hijas, Beatriz y Blanca. A los dieciocho publicó su primer libro, *El país del ensueño*. Eso debió alentarla y desde entonces siguió adelante. En 1909 fue a Estados Unidos. Allí vivió veinticuatro meses. Luego fijó su residencia en Cuba donde colaboró en el *Diario de la Marina*, *El País* y en las revistas *Carteles* y *Bohemia*, que gozaban de prestigio. Según parece, le editaron más de quinientos cuentos, artículos y poesías. La Habana debió haberle fascinado. Los yucatecos la consideraban un lugar propicio para que estudiaran los ricos, consultaran médicos, asistieran a espectáculos del Tropicana, se entretuvieran en casinos y eligieran ropa apropiada para clima caliente en El Encanto, siempre lleno de novedades; además, Rosario reconstruye en sus relatos calles, malecón y recovecos de una ciudad que seguramente le atrajo, tal como era. Por eso detestaba, incluso cuando parecía una promesa, la Revolución de Fidel Castro a quien calificaba de barbudo y chamagoso.

En 1918 murió su marido y hacía 1932 decidió mudarse al Distrito Federal donde siguió adelante con su carrera hasta morir, en su casa de la Avenida Insurgentes, el 7 de enero de 1972 a los 82 años de edad. Su última columna fue publicada días antes como una especie de testamento en que encomiaba la esperanza y aceptaba el destino que le había tocado en suerte.

Aparte de Solange tuvo varios seudónimos: Crysantheme, Blanca de Beaulieu, Rosalinda Seymour o Rosalinda de Seumux. Con ayuda de Re-

gino Díaz Redondo inauguró la crónica de sociales en *Hoy y Todo* y En *Novedades* llegó a ser jefa de sección. Su columna “Rutas...” era una de las más comentadas en México. Recibía gran cantidad de cartas que ella respondía y provocaba celos de otras periodistas, como su contemporánea Elvira Vargas, encargada de asuntos políticos, que la despreciaban diciendo que escribía para secretarías, enfermeras, féminas ociosas y dependientes de almacenes; pero el sol sale para todos y las cartas seguían llegando sin prisa ni pausa. Muchas veces recibían ayuda. Rosario Sansores, se cuenta, procuraba aliviar pesares y resentimientos. No cesaba en sus consejos y si tenía oportunidad hacía donativos. Conseguía ropones, canastillas enteras, atuendos de novia, ajuares llenos de lentejuelas adecuados a quinceañeras que irrumpirían en su festejo entre los compases de la marcha triunfal de *Aída* y vapores de hielo seco. Aparte, mantenía vivo otro espacio, “Rincón poético”, propicio a su lírica. Y aún se daba tiempo para conservar amistades y escucharlas pacientemente.

Escribió también en *La Familia* cuyos grandes tirajes se debían en parte a recetas sobre la preparación de buenos guisos, fáciles y baratos, y por traer en cada número retazos de cuadrillé para manteles que las solteras bordaban en punto de cruz con la ilusión de integrarlos a sus ajuares de casadas. Colaboraba en el *Diario de la Tarde*. Algunos poemarios suyos son *La novia del sol*, *Cantaba el mar azul*, *Las horas pasan*, *Mi corazón y yo*, *Mientras se va la vida*, *Fruta madura* y *El breviario de Eros*, de tema erótico, que encomia la embriaguez de los sentidos y asienta algo siempre inquietante, el amor ligado a la belleza física. Para ella, quienes habían dejado atrás la tersura de la piel y la línea del talle se inscribían en el acontecer rutinario camino a la muerte. Con su poema “Estrella” ganó el primer lugar en los Juegos Florales de Querétaro, 1934; Y se dice que después el gobierno de Cuba le otorgó la Orden Carlos Manuel de Céspedes y la Orden Manto de Cuba, de lo cual no hay constancia en los archivos. En su tierra nativa se ligó también a la *Revista de Yucatán*, y al *Eco del Comercio*; aparte disponía de espacios en países latinoamericanos. El Salvador, Estados Unidos y Uruguay le rindieron reconocimientos. Obtuvo la Medalla al Mérito Periodístico Manuel Becerra Acosta, y varios homenajes de *El Universal* y de autores que la antologaron con respeto.

Se afirma que sus renglones estaban insertos dentro del modernismo. Sin embargo, su actitud y terminología la ligaban más bien con las últimas etapas del romanticismo adecuado a su sensibilidad y conservada contra viento y marea. Un romanticismo, por llamarlo de alguna manera, extraído de su sensibilidad exacerbada. La encomiaba frecuentemente y se negaba a traicionarla. El gobierno de Ecuador le otorgó la presea Lira poética (1968),

uno de sus máximos galardones, tal vez porque su poema “Cuándo tú te hayas ido”, lo mejor que escribió para mi gusto, fue musicalizado por un artista de nombre Carlos Brito Benavides bajo el título de “Sombras” e inmortalizado como un pasillo al estilo ecuatoriano por varios cantantes latinoamericanos. Se sabe también que quince de sus composiciones inspiraron canciones. Ernesto Lecuona eligió “Palomita blanca”, Ricardo Palmerín, “Se esfumó de mi vida” y José Santos Chocano le dedicó un poema, lo cual debe mencionarse.

Quizás una de las tareas más importantes que llevó a término, gracias a su larga experiencia en ese sentido, fue *El libro azul de la sociedad mexicana*, una especie de directorio de información biográfica y social de México entero. En 1946 sacó una colección, impresa por la Editorial IMPA, *Diez años de juventud*, en que reunió veintiséis relatos cortados casi todas por la misma tijera aunque parecen haber sido escritos en distintos lapsos.

Tres son sus temas fundamentales, el amor, la pérdida de la belleza que se agota inexorablemente y la decrepitud que todo lo borra y destruye. Si Rosario Sansores despreciaba a los poetas contemporáneos porque prefería conservarse fiel a sus impulsos, cosa curiosa, pero que le sirvió para conformar una personalidad sin predecesores ni seguidores y la distinguió, un estilo que le otorgaba la corona de príncipes a Campoamor y Núñez de Arce con su bajel pirata de bravura temida, es totalmente improbable que hubiera estudiado las técnicas modernas del cuento. Nada de tres pasos básicos ni de las tres leyes clásicas: un mismo tiempo, un lugar y una sola acción. Nada de suprimir lo que quite fuerza al asunto central. Colmaba sus empeños refiriéndose a palmeras, astros cruzando el firmamento, pájaros, ocasos tendidos sobre el mar, el aroma de las rosas invadiendo ventanas abiertas o el rubor de las muchachas recorriendo tapetes rojos al son de marchas nupciales.

Uno se pregunta cómo habrá elegido entre su enorme producción las composiciones que integró a su libro. No son desde luego cuentos. Están cerca de la crónica y así las consideró denominándolas narraciones. Escogía casi siempre la tercera persona o, con menos frecuencia, la primera. Empezaba de manera parecida con la descripción del paisaje o la apariencia física de sus protagonistas. La mayoría de ellas son bonitas, aunque por allí se cuele alguna fea mal correspondida. Los principios resultan bastante más largos que los finales, casi siempre demasiado apresurados y se dilataba en toda la vida y circunstancias de quienes repetidas veces resolvían sus frustraciones suicidándose. Es muy curioso que alguien eternamente enamorado sólo se haya inspirado en prosa hablando del abandono, el engaño, la traición de algún componente de la pareja, y que el agraviado tomara la justicia en sus manos y acabara el asunto en asesinato como si fuera nota policíaca. A veces

los amores terminan sin explicaciones como aromas esfumados lentamente en el aire. La única excepción queda a cargo de la tía Perfecta, capaz de hacer labores exquisitas de aguja y reunir en sí todas las gracias. Se entera por una desconocida que tiene la ociosidad de llegar hasta su puerta para decirle que su marido mantiene a una amante en Tecax porque la había conocido durante una fiesta del pueblo; pero la perfección implícita en su nombre convirtió a esa tía en un ejemplo abnegado y heroico y continuó su matrimonio sin quejas ni reclamaciones, quizás porque entonces así debían actuar las esposas inteligentes.

Rosario no ahonda en la nostalgia que provoca una mirada que nos ve mejor de lo que somos, de un cuerpo reaccionando sólo al contacto del nuestro, de alguien que comparta complicidades y llene nuestra fantasía con planes y sueños. El amor parece un castigo que lleva a la más profunda desilusión. Sólo en un texto se cumple la felicidad. Curiosamente se titula “El país natal”. Ocurre en Mérida y no se escatiman las descripciones dichosas:

“Cuando María Mercedes regresó a su patria después de veinticinco años de ausencia, todos los dulces recuerdos de su infancia, se agolparon violentos a las puertas de su corazón. La gran plaza de Armas con sus altísimos laureles centenarios llenos de misterio y de sombra, en cuyas espesas ramas los gorriones piaban alegremente en las mañanas perfumadas por el azahar de los limoneros. Los bancos de hierro un poco desteñidos, por la acción del tiempo, las antiguas y cómodas casas coloniales con sus amplios zaguanes, embaldosados, sus jardines con perfumados arriates, las calles rectas y tranquilas, toda aquella serena paz se le metió en el alma como una ráfaga de fresca brisa matinal.”

Y más adelante comenta techos altos, amplias habitaciones, ecos de palabras olvidadas, la gentileza y educación de la gente en el trato cotidiano. Esa vez se permitió imaginar que las buenas uniones son posibles, aunque casi siempre convenciera a su público de que el matrimonio es la tumba del amor y quien ama más en las uniones sale lastimado irremediamente.

En los veintiséis textos recopilados hay algunos temas novedosos, el chantaje, la eutanasia, pero se tratan y condenan de acuerdo a los preceptos establecidos. Nada de cambios u opiniones polémicas. Los pecadores quedan calificados como verdaderos locos. A menudo deja colar su autobiografía, la viudez, el marido indeseable, la pérdida de la fortuna en plena orfandad, el horror a la vejez con su cauda de deformaciones físicas inevitables, incluso hoy cuando existen la cirugía plástica y el culto por el ejercicio y las dietas. Sin embargo, tuvo preocupación por la condición femenina. Hizo desfilar no sólo secretarías y vendedoras de farmacia como le echaban en cara sino una serie de mujeres enfrentadas a su suerte con pocas armas. Sin expresar-

lo cabalmente se diría, que incluso careciendo de una educación universitaria, compartió la certidumbre de que ganarse el sustento con esfuerzo es el único camino para una liberación y una igualdad entre los sexos. Ella siguió esa ruta. Ignoro si con sus logros pudo ganar bastante dinero cuando el periodismo se pagaba mezquinamente; pero trabajó sin descanso. Demostró que es posible salir adelante a fuerza de voluntad construyéndose un cuarto propio. Mantuvo la disciplina para sostener sus colaboraciones cuatro décadas; además, sus escritos son un filón riquísimo. Entienden una época por la que transitan mendigos que regalan pociones mágicas como si fueran de las *Mil y una noches*, directores de empresas y otros personajes movidos por las circunstancias y prejuicios que les tocaron y quedaron plasmados en obras de fácil lectura. Obra escrita por una cronista que vendía sueños, empeñada en decirnos que las celebraciones se convierten en abrazos fraternos y aumentan la felicidad de suegras orgullosas de colocar bien a sus hijas, maridos seguros de haber elegido un destino sin tropiezos, jovencitas con sus chambelanes algo tímidos bailando un vals sin fin por el planeta, banqueros ostentando su fortuna, políticos sonrientes saboreando momentos de triunfo y hasta tenores estableciendo duelos de voces para ver quién cantaba mejor. Rosario Sansores describió un país aparentemente tranquilo y recogió cultura, costumbres casi desaparecidas, atuendos, decoraciones y platillos y bebidas que han caído en desuso; sin embargo eran una realidad compartida elevándose hacia un cielo hueco que llegaba a regiones profundamente azules.

Enero de 2011



# DIEZ AÑOS DE JUVENTUD

NARRACIONES

Rosario Sansores

MEXICO 1946



## DIEZ AÑOS DE JUVENTUD

Acabo de contemplarme en el espejo de mi armario. ¡Siento un miedo enorme cada vez que la luna refleja la ansiedad de mi rostro! ¡Me queda todavía un año de juventud y acaso de vida! Yo, Alfonsina Loy, estoy irremediablemente condenada porque até mi alma con el lazo de un juramento y tendré que cumplirlo irremisiblemente.

Siempre fui bella. Desde niña me acostumbré al halago. A medida que los años transcurrieron, mi belleza, como los capullos, adquiría lozanía y frescor. Cuando cumplí diez y ocho años era ya una hermosa realidad.

El caprichoso Azar me hizo víctima de mil vicisitudes. Fortuna, bienestar, todo lo perdí en el breve espacio de unos meses, pero mi hermosura era siempre como una lámpara que ardía sin cesar y ella me consoló de las demás pérdidas. ¿Qué significaban las riquezas y el fausto, sin este don maravilloso? El amor escoltaba mis pasos deslizándose en mis oídos sus divinas melodías y encontré en mi optimismo la fuente del consuelo para esperar días mejores.

He sido infinitamente amada. Puedo proclamar orgullosa que ninguno de los que voluntariamente se llamaron mis esclavos llegó a cansarse de mí. Mi perspicacia, siempre en acecho, apenas vislumbraba la posibilidad de que el hastío tocara con sus dedos gélidos las bocas que me besaban, buscaba sabiamente el modo de trocar aquel amor en una dulce amistad. Así he logrado tener amigos incontables que, agradecidos a mi sonrisa, tornaron a ser, sin saberlo, mis fieles y rendidos esclavos.

Mas, ¡ay!, un día el cansancio penetró en mi corazón y conocí su tristeza. Las locas palabras de amor dejaron de tener para mi oído rumor de música encantada. Una noche al desnudarme frente a la luna de mi armario, me sobrecogió un extraño temblor. Detrás de mí se proyectaba una larga sombra y una voz cavernosa me dijo:

“¡Mírate bien, todo eso que hasta hoy constituyó tu encanto y el tormento de tantos corazones, será un día polvo, cenizas, nada!”

La voz se apagó. La larga sombra fue desvaneciéndose. Presa de verdadero pánico, busqué en vano por todos los rincones de mi alcoba temiendo que

se repitiera aquella horrible alucinación. Sólo el silencio reinaba en torno mío y procuré tranquilizarme, pero a mi pesar, aquella voz maldita resonó en mis oídos durante el resto de la noche.

La Fortuna había llamado de nuevo a mi puerta. Frecuenté otra vez la sociedad. En mis años de pobreza me había consagrado al estudio de la pintura y, tal vez, por el empeño que en ello puse, conseguí hacerme de un nombre. Mis obras se exhibían en todos los salones del gran mundo y mi firma llegó a cotizarse en el mercado a los precios más altos.

Los grandes señores de la nobleza y de la banca se sentían honrados con ostentar un lienzo mío en las paredes de sus palacios. Mis retratos aparecían en todas las revistas extranjeras y el amor, ¡siempre el amor!, seguía escoltando de rosas mi camino.

Pero yo no había amado todavía. La necesidad de sentirme amada logró muchas veces engañar mi ilusión, pero después de cada aventura fugaz encontraba que sólo quedaba en mis labios el amargo sabor de los recuerdos.

¡Alfonsina Loy! Mi nombre era conocido de uno a otro continente. Se me llamaba “la bella artista del pincel” y las damas más linajudas copiaban mis gestos y mis trajes para parecerse a mí.

De pronto me apercibí de la llegada de la vejez. Fue una mañana en que al arrancar la hoja del calendario me di cuenta de que cumplía treinta y ocho años. Tal vez no me hubiera preocupado tanto, si no hubiera estado enamorada, pero la Casualidad, madre de la Aventura, hizo que la flecha del dios alado tocara mi pecho y me tornó en esclava. Dejé de mandar para obedecer; sumisa y dócil depuse mi vanidad y mi orgullo para convertirme en cera dúctil en las manos del hombre que había logrado subyugarme.

Supe con estupor que nos separaban quince años. Cuando yo entraba en los dominios del otoño, cruzaba él los dorados umbrales de la primavera. Mis 38 años llegaron entonces a convertirse en una dolorosa obsesión. Deseo locamente retroceder, borrar el pasado, detener la marcha del tiempo cruel y gustosamente habría sacrificado lo que me restaba de vida para conseguirlo.

Ansiosa de retener esta juventud invoqué al espíritu maligno, y le ofrecí la posesión de mi alma pecadora. Recuerdo que mi voz temblaba al nombrarlo:

¡Satán —le dije—, déjame gozar aún! Haz que mi juventud se prolongue diez años más y, a cambio de esto, te prometo concederte mi alma.

Y en el silencio de la noche, la voz del maligno me respondió burlona:  
—Acepto el trato.

Mi juramento debe, pues, ser cumplido. Hace nueve años que mi belleza se mantiene inmarchitable. Ni el tiempo, ni el fuego de esta pasión en que me abraso, lograron destruir la frescura de mi rostro. Mi talle conserva la línea esbelta y grácil de un lirio. Las mujeres se preguntan asombradas el secreto de mi juventud eterna y yo sonrío amargamente, sin poder revelarlo. Puedo ostentar orgullosamente mi cuello desnudo y la firmeza de seno durante un año todavía.

Mas, ¡ay!, dentro de doce meses todo habrá terminado. El plazo fatal está próximo a cumplirse. El día en que el espejo de mi armario me devuelva la imagen de una mujer marchita y triste, Satán vendrá a reclamarme el cumplimiento de mi promesa y este amor tan dulce que es para mí, más que la vida misma, dejará de pertenecerme.

Me falta valor para esperar. Prefiero, por esto, matarme, y así, mi rostro bello aún, quedará grabado para siempre en la retina de aquel a quien amo apasionadamente.

\*

\* \*

Las páginas que anteceden fueron encontradas por mí en el fondo de un rico cofre cincelado de oro, que pertenecía a la famosa artista Alfonsina Loy. Su trágica muerte, acaecida cuando se hallaba en el esplendor de su belleza y de su fama, permaneció hasta hoy en el misterio.

La casualidad las puso en mis manos y yo revelo este secreto al público, que no supo explicarse entonces la causa de su desesperada resolución.



## AMOR A PRIMERA VISTA

Esto del amor a primera vista me causó siempre una gran hilaridad; recuerdo que hace varios años vi una película en que había un caso semejante, y me pareció tan inverosímil que jamás pensé ser la protagonista de un idilio parecido.

Soy lo que el mundo llamaría una mujer de experiencia: me he casado dos veces y no tengo la menor intención de hacerlo por tercera vez. He aprendido muchas cosas y prefiero mi dulce libertad a la florida cadena del matrimonio con su rutina diaria.

Pues bien, a pesar de mi gran experiencia y de haber negado una y mil veces la teoría del amor a primera vista, yo, Marisol Pravel, siento clavada en lo más hondo del corazón la aguda flecha del dios alado.

Ayer tuve que ir a Correos. Necesitaba hacer efectivo un giro postal. Cuando di mi nombre para los trámites de identificación, un joven de porte arrogante y expresivos ojos se me quedó mirando largo rato. Yo veía cruzar por sus oscuras pupilas toda la gama de los sentimientos, desde la admiración tímida a la más loca adoración. ¿De dónde adquirí tan súbitamente este don de comprensión que me permitió descender hasta el fondo de esta alma? No lo sé, pero en aquel instante sentí nacer en mí una emoción extraña, y un deseo violento de besar sus labios se apoderó de mí.

Durante diez minutos luché por contener este impulso. ¿Cómo era posible que yo me sintiera capaz de tal ansiedad? Traté de desviar mi atención fijando la mirada en los demás, pero a mi pesar, una mano invisible tornó a colocarme frente al objeto de mi atención. Casi inconsciente, tendí las manos para tomar el dinero que me alargaba el empleado. Entonces, el desconocido me abordó resuelto:

—Hace algunos meses que vi publicado su retrato en una revista y desde entonces, su rostro quedó grabado en mi cerebro. He alentado siempre la esperanza de encontrarla en mi camino. Ahora que la he hallado, ¿me permite usted que la acompañe hasta su casa?

Aquella voz tenía modulaciones que a mí me sonaron como una música encantadora. Intenté rebelarme contra la fascinación que ejercía en mi

alma y quise negarme a aceptar su invitación, pero con gran extrañeza por mi parte, la negativa se ahogó en mi garganta y respondí:

—Bien, nos iremos juntos.

En la puerta de Correos esperaba su automóvil. Abrió galantemente la portezuela y me acomodé a su lado. Sentía un gran bienestar físico. Me pareció que durante mucho tiempo había vivido falta de algo y que lo encontraba súbitamente. Recordé, entonces, aquella película “Amor a primera vista” que diez años antes despertó mi hilaridad, y comencé a dudar por primera vez de mis propias convicciones. El joven me interrogó discreto:

— ¿Adónde la llevo?

Yo volví el rostro hacia el cielo, que se divisaba tan azul como una cúpula de zafiro, y respondí:

—Me gustaría dar una vuelta por el Malecón, hace un tiempo hermosísimo, si es que en ello no tiene usted inconveniente.

—Ninguno; dispongo de toda la tarde.

El auto se puso en marcha. Yo contemplaba embelesada el fino perfil de mi compañero de asiento. Sus cabellos eran espesos y rizados; tersas sus mejillas, ligeramente sonrosadas; larguísimas sus pestañas negras, y una gran turbación se apoderó de mí.

Acaso por una poderosa transmisión de pensamiento, se volvió de pronto y clavó su mirada en la mía:

—Ha sido —me dijo— una feliz casualidad el encontrarla a usted porque el ideal no se encuentra nunca en la vida y usted ha sido siempre mi ideal.

Nada más. No me preguntó mi estado civil ni me hizo preguntas inconvenientes acerca de mi vida. Durante el trayecto, se limitó a contarme las travesuras de sus años infantiles. Poco a poco, me fue descubriendo el fondo de su carácter un poco arbitrario y rebelde.

Había tal similitud de ideas entre nosotros, que mi simpatía aumentaba cada vez más. Cuando habíamos dado media docena de vueltas por el Malecón, nos encontrábamos tan a gusto que resolvimos, luego de un ligero cambio de opiniones, prolongar el paseo por los Repartos nuevos y hacia allá nos dirigimos risueños y felices.

En aquel momento, olvidé mi experiencia, que sólo me ha servido para proporcionarme ratos de amarga desconfianza y de recelo. Olvidé mi viudez austera y solitaria, mis teorías recalcitrantes sobre el amor. Por un



raro fenómeno, me sentía igual que una tímida colegiala que tejiera por primera vez la dorada malla de sus sueños.

Cuando llegamos a los Repartos nuevos, bordeando la orilla del mar, determinamos apearnos y tomar asiento sobre una roca. La brisa despeinaba nuestros cabellos. Mi compañero tomó entre sus manos las mías y sin solicitar mi permiso apoyó su rizada cabeza sobre mis rodillas y, cerrando los ojos, suspiró:

—¡Qué bien me siento así!

No pronunció una sola palabra de amor. Sin embargo, yo me sentía cautiva de su hechizo y, en vez de protestar, hundí voluptuosamente mis manos en la madeja de sus cabellos sedosos. Entonces, abrió los ojos y me miró; brillaba en ellos un dulce deseo que me hizo vacilar, temerosa de mis propios impulsos.

Así permanecemos extasiados y quietos hasta que el sol se apagó detrás de la línea del horizonte. Entonces, nos pusimos de pie y nos acomodamos de nuevo en el auto, que se puso en marcha tomando el camino de mi casa.

Durante el trayecto, su mano derecha, que dejaba libre el volante de la máquina, retuvo la mía. Cuando llegamos, abrí la portezuela y le dije simplemente:

—Hasta mañana.

—Hasta mañana— me respondió suspirando.

Subí las escaleras de mi casa como si estuviera ebria. Llegué a mi alcoba e hice girar el conmutador de la luz. Entonces, me miré al espejo y me sorprendió la radiante claridad que brillaba en el fondo de mis pupilas.

¿Había soñado o vivido realmente? Me desnudé de prisa y, hundiendo la cabeza en el embozo de las sábanas, recordé la vieja película de “Un amor a primera vista”...



## LA OCASIÓN

Hacía muchos años que en su corazón había nacido aquel amor, pero la casualidad no le había sido propicia. Inútilmente buscó una oportunidad de serle presentado; una fuerza invisible parecía separarlos cada vez más.

La veía siempre de lejos. Al atisbar su esbelta figura, el corazón de Raimundo Loriei palpitaba acelerado dentro de las paredes de su pecho. Sus ojos melancólicos se alzaban hacia el radiante rostro de Martha que, desdeñosa y frívola parecía no advertir la muda adoración de aquel hombre.

Un día, supo la noticia de su boda en el aristocrático templo de la Merced. La Habana entera asistió a esta ceremonia que revistió caracteres de verdadera suntuosidad. Oculto en el rincón más oscuro, el triste enamorado presenció de lejos la ceremonia que lo apartaba definitivamente de la única mujer que había amado.

¡Qué linda lucía envuelta en las galas nupciales! Nunca sus pupilas le parecieron tan limpias y brillantes. Los sedosos rizos castaños escapaban bajo la vaporosa nube del velo nupcial. A su lado, el feliz elegido escuchaba las frases del sacerdote que consagraba su unión. Las vibrantes notas del órgano dejaban oír los dulces acordes de la marcha de Mendhelson.

Cerró los ojos adoloridos. Cuando tornó a abrirlos, la novia risueña y gentil avanzaba por entre la doble fila de curiosos que murmuraban frases de admiración a su belleza exquisita.

Su última esperanza había muerto. Raimundo Loriei, inconsolable, resolvió alejarse y viajar. Del otro lado del mar, la línea azul del olvido le ofrecía el descanso y la paz...

Una semana más tarde, se embarcaba en dirección a Europa, con su bagaje de ilusiones rotas.

Cuando cinco años más tarde retornó a su país natal, en su espíritu aventurero los amores fáciles habían tejido muchas veces la malla luminosa de los sueños fugaces, pero ninguna mujer había hecho nacer de nuevo un amor sincero en su corazón.

Lo amaron muchas mujeres jóvenes y hermosas, altaneras y ricas. La gloria coronaba sus sienes con los verdes laureles de la victoria. Sus novelas

se leían con avidez y sus crónicas sentimentales aparecían siempre en la página de honor de las mejores revistas.

Pero no había podido olvidar su viejo amor. La línea azul del horizonte no había podido curarlo de su tristeza. Ahora, al pisar de nuevo el solar patrio, sus ojos húmedos se alzaron hacia la cúpula del cielo para contemplar los ardientes rayos del sol.

Sus ancianos padres lo abrazaron llenos de júbilo. El hijo pródigo retornaba al hogar solitario y frío y la alegría de volverlo a ver ahogó en sus labios el reproche que pugnaba por brotar de lo profundo del pecho. Ellos habían adivinado la causa de su larga ausencia.

La fortuna le sonreía. Raimundo Lorie, escéptico y descreído, jugaba con el corazón de las mujeres que, atraídas por su fama, le sonreían ansiosas, sintiéndose vencidas antes de ser solicitadas.

Un día, al cruzar por Obispo, vio a Martha. Iba envuelta en las negras tocas de la viudez y el largo velo flotante hacía más alta su silueta llena de gracia y distinción.

El corazón le dio un vuelco. La esperanza, como una lucecita remota, comenzó a brillar en las profundidades de su espíritu.

¡Era libre! Y desde aquel instante resolvió buscar la ocasión de serle presentado. Un amigo complaciente se prestó a ello de buen grado. Esta vez, los negros ojos de Martha le contemplaron accesibles y dulces... Galante y mundano, él supo con frases delicadas halagar su vanidad sin incurrir en vulgaridades de mal tono. Y después de una hora de plática, la simpatía había tejido entre ellos su invisible lazo.

Seis meses de asedio continuado y una tarde de otoño pálida y fría, los labios de la amada le sonrieron prometedores; pidióle él una cita que le fue concedida tras breves vacilaciones. Su dorado sueño se tornaba en realidad. A Raimundo le parecía mentira que aquella mujer tan codiciada pudiera llegar a pertenecerle alguna vez.

\*

\* \*

Adornó la *garconniere* de rosas, porque sabía que ella las amaba. Volcó en enormes búcaros de porcelana toda la policromía de los jardines tropicales. Rosas rojas como bocas de mujer apasionada. Blancas como la pureza de las novias, amarillas como los sueños que se mueren...

Aquello era una verdadera orgía de color y de perfume. Sobre la *chaise-longue* tendió un riquísimo mantón filipino de largos flecos y veló la luz de los altos vitrales con discretas cortinas de seda rosa.

Esperó. Dos ligeros golpes en la puerta y la mujer que tanto había amado en su vida estaba frente a él.

¿Fue la emoción o el miedo? Raimundo Loriel no pudo explicarse jamás la causa de su fracaso. Cuando después de media hora de dulces palabras y promesas ella le ofreció su boca dócil y sumisa, sintió que la voz de su instinto enmudecía. Todas sus ansias se apagaron y, de súbito, sus manos cayeron a lo largo de su cuerpo y un sollozo le sacudió el pecho.

—¡Martha mía!— gimió.

Pero ella no comprendía. La sorpresa habíale dilatado las negras pupilas. Una irónica sonrisa plegó sus labios y, sin proferir palabra alguna compuso el desorden de su traje y, con su altivo paso de reina, abrió la puerta de la calle y se perdió a lo lejos...



## TÍA PERFECTA

Aún me parece contemplar en el testero principal de la sala de mi casa, el retrato de tía Perfecta. Pocas veces el nombre se ajusta tan bien a la persona, como en el caso de mi tía.

Físicamente, era de una belleza avasalladora. Dotada de unos grandes ojos verdes orlados por largas y negras pestañas y de una boca pequeña como dibujada por el mismo Cupido, parecía sonreír desde el fondo del lienzo donde un celebre artista de aquel tiempo plasmó su imagen encantadora; la recuerdo envuelta en la transparencia de un traje de tul blanco estilo segundo imperio, que dejaba al descubierto sus hombros magníficos.

Las manos breves y finas se cruzaban sobre el regazo y había tal gracia en su abandono, que yo me detenía muchas veces a mirarlas sugestionada por no sé que invisible hechizo que emanaba de aquel retrato.

Mi madre hablaba de tía Perfecta como de una santa. Sus primeros años se deslizaron al calor de su tutela y fue de ella donde mi madre aprendió las bellas virtudes que siempre la acompañaron. Cuando terminaba una de aquellas labores exquisitas de aguja, que parecían tejidas por las manos de las hadas, mamita respondía a mis exclamaciones de sorpresa:

—Me la enseñó tía Perfecta.

El sabio gobierno de mi casa, cuyas riendas llevaba con singular acierto, lo aprendió de tía Perfecta. De ahí que aquel nombre me fuera tan familiar y tan querido. Sin embargo, a pesar de su belleza y de su talento, tía Perfecta fue de las mujeres más desgraciadas de la tierra.

Se casó siendo casi una niña, locamente enamorada de mi tío Joaquín, joven de buena posición que la rodeó de lujo y bienestar. Heredero de una antigua casa de comercio, se ausentaba a menudo a los pueblos cercanos donde se celebraban ferias en busca de mercancías, mientras ella, como la prudente Penélope, administraba su hogar con verdadera sabiduría ocupándose en los negocios de tío Joaquín con todo el celo y atención que requerían.

Los criados la adoraban. Todo aquel que acudía a ella en demanda de socorro, salía favorecido con creces. Muchas madres le llevaban a sus hijos enfermos, para que tía Perfecta los tocara con sus manos blancas y finas, porque le atribuían la virtud de curar las fiebres malignas.

Tuvo tres hijos que crecieron, hermosos y fuertes como tres rosales, bajo los amorosos cuidados maternos; en aquel hogar la dicha parecía entronizada. Llevaban cerca de diez años de feliz unión, sin que la más ligera nube enturbiara el cielo de su felicidad.

Un día, tío Joaquín se vio obligado a marchar a la feria de Tecax. Como de costumbre, su esposa, diligente, le arregló las maletas, poniendo en ellas, todo lo que pudiera necesitar durante su ausencia, que se prolongaría una o dos semanas.

Sin embargo, éstas transcurrieron sin que regresara; loca de inquietud, tía Perfecta rezó novenarios a todos los santos para que le devolvieran al esposo extraviado.

Cuando al cabo de cinco semanas retornó, era un hombre cambiado. Sus modales se habían vuelto bruscos. Besó distraídamente a su mujer y a sus hijos y no dio explicación alguna acerca de su inexplicable tardanza. Tía Perfecta, demasiado inteligente, se guardó de hacerle preguntas indiscretas, y se conformó con observar en silencio la absurda conducta de su marido.

Comenzó éste a ausentarse con frecuencia. A veces estaba fuera semanas enteras, sin escribir y abandonando lamentablemente sus negocios, los que, como es lógico, fueron decayendo notablemente al extremo de que hubo que comenzar a hacer economías y reducir los gastos. Tía Perfecta, siempre serena, seguía con su dulce sonrisa sin dejar traslucir la angustia que como un cáncer devorábale las entrañas.

En la intimidad, el cambio era aún más visible. Le molestaba el ruido de las carcajadas de sus hijos, no toleraba que corrieran, como ataño, por los largos corredores de la hermosa casa. Les imponía un silencio absurdo y él aparecía con el rostro cansado y el gesto distraído.

Poco a poco la alegría huyó de aquel hogar, antes lleno de murmullos y de risa. No más paseos, no más fiestas, no más visitas. Éstas fueron disminuyendo, impresionadas por aquel ambiente severo y triste. La soledad parecía la única compañera de los habitantes de aquella casa.

El misterio se aclaró cierta mañana en que tía Perfecta fue a socorrer a una infeliz que demandaba, a la puerta, una limosna. Al extenderle la dádiva generosa, aquella rompió en bendiciones y alabanzas para las santas manos que la socorrían. Luego, con aire de misterio suspiró al oído de mi tía:

—Ay, niña, ¡se me parte el alma cuando la veo a usted tan linda y tan buena, mientras su marido, en Tecax, tiene otra mujer que es la causa de todo lo que usted está sufriendo!



Palideció tía Perfecta hasta la lividez, pero se guardó de hacer comentario alguno. Cuando la mujer terminó de almorzar y se dispuso a marcharse, le dijo con severo acento:

—No vuelva usted a tocar a esta puerta. Cuando mi marido traspasa sus umbrales es un hombre igual a los demás y libre de sus actos. Cuando está en ella es el amo y no pregunto nada de lo que hace fuera de aquí.

Pero cuando se encontró a solas, una ola de lágrimas de fuego inundó sus mejillas y, desde aquel instante, como una rosa falta de sol, tía Perfecta empezó a marchitarse.

Seis meses después, murió de un mal misterioso y extraño que los médicos no pudieron diagnosticar... Pero ni aun en la hora postrera de su vida abrió los labios para reprochar al esposo culpable su abandono. Nadie supo nada por ella y bajó al sepulcro llevándose su secreto.

\*

\* \*

Esta triste historia me la refirió mi madre muchas veces, cuando al pie del lienzo que guardaba su imagen, mis ojos infantiles admiraban la gracia de aquellas manos abandonadas en el regazo.

Hoy, la contemplación de una vieja estampa inglesa, donde una dama de verdes pupilas sonrío enigmáticamente, me ha hecho recordar la dulce sonrisa dibujada en los labios de tía Perfecta y escribo su historia, como un ejemplo de abnegación y de heroísmo.



## LA DURA VERDAD

Había recorrido la ciudad de uno al otro extremo, en solicitud de una dádiva que nadie quiso darle. Agobiado por el hambre y la fatiga, se recostó sobre el muro de una casa y cerró los ojos, disponiéndose a morir. Llevaba dos días sin probar alimento y sus fuerzas se habían agotado.

Junto a él cruzaban damas elegantemente ataviadas que iban de prisa y hombres de negocios, que pasaban de largo sin fijarse en el mísero mendigo.

Un caballero de relucientes botas de charol comentó con otro:

—El gobierno debía evitar este espectáculo bochornoso de la mendicidad.

Pero no sacó una moneda para socorrer al anciano, que lo oyó en silencio mientras una lágrima temblaba en el borde de sus párpados.

De pronto, cruzó una mujer sencillamente vestida. Era alta y gallarda y marchaba de prisa, con una sonrisa jugueteándole en los labios. El aspecto de aquel mendigo distrajo su atención y se detuvo para sacar de su bolso de piel una moneda de plata que depositó en aquella mano con dulce compasión.

El anciano alzó los ojos. Un rayo de ternura iluminó sus turbias pupilas y, extrayendo de su mugrienta ropa un diminuto frasco de cristal, exclamó:

—Usted es la única que se ha compadecido de mi desgracia. A cambio de su generosidad, le hago entrega de este frasco. Contiene cincuenta gotas de un líquido; cada gota representa una verdad. Bastará que usted vierta una sola gota en una copa de licor o de café, y se la dé a beber a la persona cuyo pensamiento quiera conocer. Entonces, pese a los esfuerzos que haga para evitarlo, hablará y revelará aquello que tenga más escondido en el fondo de su alma.

La mujer se sonrió incrédula; pero alargó la mano y dio al mendigo las señas de su casa:

—Vaya a verme más tarde y le socorreré con largueza.

Y con su alegre sonrisa entre los labios, se perdió entre el tumulto de la ciudad.

\*

\* \*

Ninon era una mujer feliz a pesar de las mil vicisitudes que habían amargado su existencia. Rica en sus primeros años, se vió más tarde desamparada y pobre en país extranjero, pero, dotada de un corazón valiente, y de una espléndida salud, se irguió frente a la vida, animosa y serena, dispuesta a la lucha.

Era poetisa y soñadora. Sus emociones las volcaba en versos apasionados y sinceros, y en crónicas llenas de sentimientos, que le valieron una reputación en el mundo de las letras. Tal vez no era bonita; pero su alegría radiante le formaba en torno del rostro una aureola. Tenía la boca grande, las pupilas tristes —ojos de poeta que mostraban al desnudo el secreto de su espíritu—. Desinteresada y generosa daba al necesitado lo que tenía. Y cuando no podía dar otra cosa, otorgaba su sonrisa, como la flor su perfume. Y muchos le agradecían esta gracia, pero otros se la censuraban formando de ella juicios absurdos.

Sin embargo, en su presencia callaban su pensamiento y la halagaban llevados de un interés secreto hacia la mujer. Otros, conociendo su prodigalidad, buscaban su ayuda, que jamás negaba creyendo de buena fe en las mentiras de los otros.

Aquella tarde, cuando de regreso a su hogar se despojó del traje de calle y se dispuso a escribir su crónica para el periódico, recordó el misterioso regalo del mendigo y una arruga se marcó en su frente. Por su cerebro cruzó la visión de aquellas personas que la halagaban continuamente. Evocó a los hombres que sahumaban su belleza con madrigales floridos. Por último, el recuerdo de Helios, su amante, se reflejó en su alma como el resplandor de una lámpara.

¡Su amante! Generosamente se había rendido en un arranque de amor sincero desafiando a la opinión ajena y arrostrando valerosamente las murmuraciones. Un vago sentimiento de duda se perfiló en su cerebro:

—¡Si yo le diera una gota de este líquido! —pensó. Una voz burlona pareció advertirle:

—No pretendas conocer nunca la verdad, porque es dura e insoportable. Ama confiada y disfruta tu dicha. No la arriesgues por un sentimiento de curiosidad...

Pero fue inútil. La idea se había clavado tenazmente como una espina y no lograba arrancársela.

Dos horas después, su resolución se había modificado en parte.

—Ensayaré —se dijo— por los demás. Tengo tiempo de conocer la verdad sobre Helios.

Y una vez resuelta a comprobar la virtud del elixir, se dispuso a la prueba aquella misma noche.

Estaba invitada a una fiesta de carácter íntimo, en casa de una amiga a la que juzgaba leal y cariñosa.

Se vistió cuidadosamente procurando lucir lo mejor posible. Ninguna joya ni detalle de mal gusto. Cuando se miró al espejo, se confesó a sí misma que estaba irreprochable.

Deslizó en su bolsa de noche el frasco y con paso ligero tomó el camino de la casa de su amiga donde un reducido grupo se encontraba charlando bulliciosamente.

Se murmuraba de las señoras ausentes y se hacían comentarios poco caritativos sobre un diputado que, ignorante del ridículo que pesaba sobre él, paseaba su lujo insolente en charolado auto...

La llegada de Ninon fue saludada con alegres demostraciones.

—¡Qué linda vienes hoy! —díjole la dueña de la casa. Ninon pensó:

—¡Si supieras que voy a leer en tu pensamiento!

Aguardó paciente la hora de pasar al comedor. Cuando el ponche fue servido, procuró deslizar una gota del líquido en una copa y se la alargó a su amiga.

—¡A tu salud, Mercy!

Bebieron. Después, atrayéndola hacia el balcón, le suplicó:

—Ven un momento; quiero hacerte una pregunta.

Ambas se recostaron sobre la baranda. Entonces, Ninón interrogó:

—¿Te gusta mi traje, Mercy? Me gustaría saber tu opinión.

Y ante la atónita mirada de Ninon, su amiga se echó a reír estrepitosamente:

—¡La verdad es que estás horrible! El talle corto te va muy mal y tú crees que todo el mundo te admira, pero estás muy equivocada.

Ninón palideció intensamente, pero disimulando su angustia volvió nuevamente al salón. La experiencia le había dejado en el alma un terrible escozor. Casi se arrepintió de haber hecho la prueba. Pero inmediatamente, un loco deseo de desenmascarar a la Humanidad se apoderó de ella y regresó a su casa dispuesta a continuar el experimento.

Citó para el día siguiente a dos de sus amigos, literatos cultos que siempre le habían demostrado ferviente admiración. Después de escuchar durante media hora su opinión sobre diversos poetas de Hispano América, les ofreció una copa de champaña vertiendo en ellas primero una gota del líquido.

Ninon, sonriente, interrogó al que estaba a su lado:

—¿Le gusta a usted mi nuevo libro “Revelación”? Me gustaría conocer su opinión.

—¡Es de una sensiblería enfermiza y cursi! Ya sólo las provincianas son capaces de leerla a usted...

El otro amigo corroboró lo dicho por su compañero:

—Cada día escribe usted peor...

Ninon tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no estallar de indignación. Fingió no comprender y los despidió con una amable sonrisa. No le cabía duda alguna. Aquel líquido era un infalible descubridor de secretos.

Con el corazón latiéndole apresuradamente, resolvió hacer la suprema prueba con Helios. ¡Estaba segura de que él le diría que la adoraba!... Cuando por la noche llegó a hacerle su acostumbrada visita, le deslizó en la taza de café una gota del líquido. Después, enlazándolo amorosamente entre sus brazos, le interrogó dulcemente:

—¿Me quieres mucho?

Él sorbió lentamente su tacita de café y respondió displicente:

—Me tienes horriblemente cansado. ¡No sé cómo hacerte comprender que ya no me gustas!...

El estupor la dejó paralizada... ¡También! Aquello colmaba la medida de su paciencia.

Sorbiendo las lágrimas que enturbiaban sus pupilas varió la conversación. Y cuando diez minutos más tarde él se marchó, con el corazón destrozado por la pena, Ninon se dispuso a morir. Todo era mentira. ¡Mentira la amistad, mentira los halagos, mentira el amor!

¿Para qué vivir? Y arrojando contra el suelo el fatídico frasco, Ninón buscó su revólver —un revólver diminuto como un juguete de tocador— y, acercándolo a su sien, apretó el gatillo...

## LA AMIGA

—¡Cómo quieres a tu amiga!— solía decirle Román a su mujer, cuando risueña y ágil abría la puerta de la calle para ir a visitarla.

—Mucho; es la mejor amiga que tengo.

Y a fuerza de oírse la nombrar, le fueron familiares al marido los hábitos y las costumbres de Rosita que, al decir de Lulú, era modelo de hijas y de hermanas.

¡Tan buena, tan cariñosa, tan espléndida!

—¿Por qué no la invitas a almorzar?, le preguntó él, un día, curioso por conocer el rostro de la amiga más cariñosa de su mujer.

—Vive muy lejos y siempre tiene muchas cosas que hacer.

El tiempo se deslizó apaciblemente para los esposos. Alguna vez, Lulú llegaba de la calle con las mejillas sofocadas y los ojos brillantes; Román la contemplaba un poco sorprendido al fijarse en el corte y calidad de sus trajes, que eran de un corte y calidad irreprochables.

—Me lo regaló Rosita; a ella le quedaba demasiado corto.

Y él aceptaba de buena fe estas explicaciones. Así fue como, lentamente, el viejo y gastado mobiliario de la alcoba fue sustituido por otro ricamente tallado. Más adelante el juego de sala fue renovado por uno de marfil y oro, lujosamente tapizado de verde. Román interrogaba admirado:

—¿De dónde sacaste el dinero?

—Rosita me regaló una hoja de billete y, ¡mira qué suerte!, me han tocado quinientos duros.

La amiga llegó a ser para ellos la Providencia. Muchas noches, la lujosa máquina de Rosita se detenía en la puerta para buscar a Lulú. Había una función extraordinaria en el teatro y la buena amiga quería hacerla partícipe de la fiesta.

Román, a quien el exceso de trabajo mantenía cansado, se excusaba de asistir. Prefería que su mujer se divirtiera. Después de todo, no tenía nada de particular que fuera con aquella amiga tan cariñosa.

Y, mientras él se quedaba tranquilamente en el hogar, Lulú, coquetamente ataviada, le besaba en la frente recomendándole con su dulce vocecita:

—Procura no aburrirte. Sobre el velador está la novela que estás leyendo. En la nevera tienes tu vaso de leche con vainilla.

Él la veía salir y con su confiada sonrisa le estrechaba las manos. Luego, tomaba el libro que su mujer había colocado previsoramente sobre el velador y leía hasta que el sueño le cerraba los párpados.

Casi nunca se enteraba de la hora de regreso de Lulú, porque ésta llegaba sigilosamente, se desnudaba de prisa y se metía en las sábanas, procurando no hacer ruido.

Un día, la casualidad quiso que su mujer se enfermara. Fue una fiebre violenta que degeneró en una grave tifoidea.

—¿Por qué Rosita no vendrá a verla?—se preguntaba. Si ella la cuidara, se pondría pronto buena.

Pero Rosita no se presentó un sólo día a visitarla y, al cabo de una semana, el mal se agravó y la pobre Lulú se fue al otro mundo sin haber recobrado el conocimiento.

Román la lloró amargamente. Aparte de su belleza arrebatadora, Lulú poseía cualidades de ama de casa insuperables. Nadie tan ahorrativa como ella, que lograba con el modesto sueldo de su marido realizar verdaderos milagros. En su casa jamás se había carecido de nada. Ahora, Román, desolado y confuso, veía cómo el dinero se le iba de entre las manos tan rápidamente, que apenas le alcanzaba para lo más indispensable.

Una noche salió a la calle desesperado. Tomó el primer tranvía que cruzó y se acomodó en su asiento con el semblante huraño y torvo. A su espalda, dos individuos hablaban en voz baja:

—Ahí tienes al viudo de Lulú. El pobre ha vivido, hasta hoy, creyendo en la virtud y en la economía de su mujer. Le había hecho creer en la existencia de cierta amiga imaginaria, pero lo cierto del caso es que el que sufragaba los gastos era el banquero Nadal.

—¿Y él nunca sospechó nada?

—Nada; su mujer tenía demasiado talento.

Román no pudo oír más. Los dos amigos se habían apeado. Intentó seguirlos, pero una llovizna pertinaz, que empezaba a caer, hacía que los transeúntes apretaran el paso buscando refugio en los portales próximos. Un grupo de hombres se interpuso entre ellos y los perdió de vista.

¡Ah, la infame, la traidora, le pérfida! Sollozó. Y una rabia inmensa le sobrecogió al pensar que, durante tantos años, había querido a aquella amiga cuya existencia imaginaria le había sido revelada en el asiento de un tranvía por dos desconocidos.



## DULCE HOGAR

Antes de abrir la puerta, Alicia echó una última mirada a la coqueta salita donde cada objeto le traía un recuerdo amable. Poco a poco, ella había ido formando su hogar, llenándolo de fruslerías y de adornos lindos. Cada detalle revelaba su buen gusto de mujer exquisita.

Sobre la mesita de laca rosa, una maja de barro de Talavera erguía su gracia castiza envuelta en el airoso encaje de la mantilla. Alicia evocó la tarde un poco lejana en que merced a un billete de lotería, premiado, pudo adquirirla tras largos meses de desearla locamente.

Colgada del testero principal, una imagen del Corazón de Jesús parecía sonreír desde el fondo oscuro del lienzo. Alicia volvía el rostro conmovida y un largo suspiro se le escapó del pecho.

A su pesar, retrocedió. Sentía deseos de quedarse un poco más de tiempo aún. Abrió las maderas del balcón para contemplar por última vez la calle. A lo lejos, la cinta ondulante del mar aparecía bruñida por los rayos del sol. Los altos álamos alzaban sus copas verdes y lozanas por las recientes lluvias.

Dentro de media hora escasa, su vida quedaría definitivamente ligada a la vida de Saúl. Habían resuelto unirse y vivir libre de dogales y trabas su hermoso sueño de amor. Se irían a un lugar solitario donde nadie los conociese, refugiados de las miradas indiscretas, en la tibieza de un nido encantador que él había buscado y alhajado para recibirla.

En la esquina de Infante y Carlos Tercero, él estaría esperándola. Le parecía verlo, atisbando impaciente el paso de todas las mujeres que cruzaban por su lado.

Alicia cerró el balcón. Corrió cuidadosa los estores de muselina. Sus finos dedos dejaron caer suavemente la rizada espuma de los encajes. Ella los había tejido en sus horas libres. ¡Cómo amaba aquellas bellas labores surgidas de sus hábiles manos!

Tornó a suspirar. Ahora, sus miradas toparon con el marco de plata que encerraba el retrato de su marido. Hasta entonces, no había reparado en que tenía unos ojos negros muy expresivos. Alicia sonrió burlona al

recordar sus impertinencias, de las cuales estaba harta. Se había cansado de soportarlo y se iba; a su lado, jamás había encontrado la felicidad.

Se iría lejos. Sus treinta años magníficos reclamaban amor y Saúl se lo ofrecía. Ella se sabía dueña de aquel corazón. ¿Por qué no echar a andar y comenzar una nueva existencia?...

La tarde iba apagando sus oros en la lejanía. La pequeña salita comenzaba a ser invadida por las primeras sombras del crepúsculo. Un débil rayo de luz, entrando por las ventanas, hirió la luna del espejo. Alicia se contempló en él, pálida, demacrada, envuelta en su largo velo de viaje.

Inconsciente, volvió el rostro hacia el hueco de la puerta con el vago temor de que Saúl pudiera aparecer. Pero no: él estaría a aquella hora esperándola en la esquina de Infante y Calos Tercero, apoyado en aquel robusto álamo.

Entornó los párpados. Un raro sopor iba invadiéndola. Sentía el cuerpo pesado, los nervios flojos, la voluntad inerte. Intentó levantarse inútilmente y terminó por reclinar la cabeza sobre el respaldo del sillón en que se había dejado caer sumergida en una especie de letargo.

Así, en la subconsciencia del sueño, se sintió vivir una nueva vida. Se vio llegando al lugar de la cita. Saúl la tomaba impaciente del brazo y la arrastraba consigo por una callejuela oscura...

Después, se contempló a sí misma instalada en el risueño nido de amor. A su lado, hosco y ceñudo, su amante la llenaba de injurias apostrofándola groseramente con duras palabras. No era ya aquel Saúl de las palabras tiernas que le juraba una y mil veces amor eterno. Era un hombre violento y áspero, en cuyo rostro la maldad iba trazando surcos imborrables.

Como en un largo film, asistió al desenlace de su hermoso sueño. Vio cómo en sus pupilas, antes radiantes y claras, las lágrimas extendían su neblina turbia.

Un reloj dejó escapar seis campanadas sonoras. Alicia abrió los ojos como el que despierta de una horrible pesadilla. Hacía dos horas que Saúl la esperaba, pero no hizo el menor esfuerzo para levantarse. Una mano invisible la retenía. Recordó a Dionisios, el desdeñoso artista que, habiendo poseído en sueños a Krysis la cortesana, la repudió cuando ésta se le entregó delirante y desnuda. Como Dionisios, ella conocía ahora el dolor de los sueños vividos.

Un tranvía que cruzaba en aquel momento dejó entrar un claro resplandor a través de los cristales. Alicia dirigió la vista hacia el retrato de su marido y suspiró:

Todos los hombres aman y olvidan igual. Todos los idilios terminan en el sendero de la desilusión y del cansancio. ¿A qué deslizarse por la peligrosa pendiente de la aventura?...

Ciertamente que su marido tenía impertinencias, pero ¿había hecho algo ella para disimulárselas? ¿En el fondo, no era la única culpable de muchas cosas? ¿Por qué no tratar de perdonar y ser un poco más comprensiva? Era su marido y la amaba a su manera...

Se puso de pie. Ahora se sentía ágil, dispuesta a afrontar la carga que el destino puso sobre sus hombros, y que ya no le parecía tan pesada.

Desde el fondo del lienzo, la imagen del Corazón de Jesús parecía sonreír indulgente y benévola. Y Alicia se dijo: ¡Qué tibio y qué dulce es, después de todo, este hogar que pretendí abandonar en un momento de locura!...



## Rocío

Frente al pequeño escritorio de caoba, las manos de Rocío se alargan indecisas hacia el papel. Siente la imperiosa necesidad de escribir una carta que su orgullo rechaza. El corazón voluntarioso y ciego le dice:

—Escribe; ábrete; muestra tu pensamiento libre de velos. ¡Un minuto de emoción bien vale el sacrificio de tu orgullo!

Pero Rocío vacila. Aquel viejo amor tan arraigado a su espíritu la llena de desasosiego. Sin embargo, aún reconociendo que representa el único objetivo de sus ansias, se siente cobarde para tender las manos hacia él.

Leonardo lo fue todo para ella. En un tiempo, le hizo entrega total de su corazón y de su vida. Juntos hilaron el copo nevado de la ilusión. Su juventud, ardiente como un rosal desbordado en capullos, se aprestó al dulce milagro.

No concebían la existencia el uno lejos del otro. ¿Cómo pudo derrumbarse aquel amor así, de súbito, como una casa ruinoso y vieja? Los sueños, que antaño fueron como golondrinas refugiadas bajo alero, huyeron desolados y tristes en busca de un albergue más hospitalario.

Rocío siente que una gran frialdad de soledad le oprime el pecho. El desengaño le enseñó a cultivar la rosa negra de la ironía. Ya no sabe esperar. Olvidó la ciencia de creer y, antes de que sus oídos perciban las palabras de amor, su mano dura alza rápida el fuerte muro de la duda para impedir que lleguen al fondo de su alma. ¿Amar? Todos los hombres son iguales: egoístas, necios, vanidosos...

¿Son los resultados de la educación moderna? Releyendo las polvorientas novelas que duermen en los anaqueles de su extensa biblioteca, se siente tentada a dudar de su veracidad. ¿Cómo pudo cambiar tanto la Humanidad en el transcurso de los años? Los bravos mosqueteros que defendieron con sus aceros el honor amenazado de su reina, si tornaran a vivir en este siglo del tanto por ciento, ¿qué dirían?

Afuera el viento sopla inclemente. Sobre los cristales de la ventana, un rosal anémico se empeña en sacudir sus dedos verdes. Algunas gotas de agua resbalan a lo largo de las maderas. Rocío entornó los ojos. Sus pupilas se han puesto turbias. Sus manos extendidas sobre el papel vacilan aún

sin atreverse a escribir... Bastaría un ligero esfuerzo nada más para que la felicidad que ella misma destruyera pueda ser reconstruida.

En la casa inmediata, alguien toca en el piano una antigua melodía de Schubert. Una voz femenina canta, ¡oh casualidad!, la dulce melodía de sus días felices: “Tristes recuerdos”. ¡Cómo le añoran estas notas a Leonardo! Se la cantaba siempre a media voz en aquellas tardes lejanas cuando, juntos y risueños, edificaban sobre la movediza arena del presente el dorado palacio de su futura felicidad...

¡Pequeño y tibio nido con sus cortinas de clara muselina y sus búcaros llenos de rosas fragantes! Las manos de Rocío no los llenarán jamás para alegrar la salita ¿Y la alcoba? Su fantasía había esbozado muchas veces el mullido lecho lleno de encajes, la coqueta con su mármol rosa lleno de *fri-volerías* (?); el ancho ventanal donde las madresevas y los jazmines tejerían su toldo perfumado y tupido.

El corazón poeta de Leonardo se enternecía escuchando las divagaciones de la Amada. Ciertamente que un día podrían convertirse en realidad, pero había que esperar aún... y tomaba entre sus manos fuertes las manos frágiles y blancas que se abandonaban entre las suyas dóciles y sumisas...

\*  
\* \*

—¿Sabes? Leonardo se casa.

Le dieron la noticia así, de pronto. Primero creyó que se trataba de una broma. ¿Cómo iba a creerlo? ¡Le había jurado tantas veces que sólo ella compartiría su vida! Seguramente se trataba de un error.

Cuando él vino por la noche, le interrogó mirándolo al fondo de los ojos:

—¿Has oído lo que cuentan? Dicen que te casas con otra.

Rió él de la ocurrencia. Nunca estuvo más cariñoso con Rocío. Encantada, acabó por olvidar sus recelos escuchando los planes maravillosos para un mañana que no acababa de llegar. ¿Por qué no se decidía a quedarse con ella? Jamás le exigiría lujos ni dispendios. A su lado le bastaba el tibio refugio de un nido humilde y risueño.

Sin embargo, él aplazaba siempre el momento con vagas excusas:

—No puedo; tenemos que esperar...

¡Esperar! La primavera había vestido los rosales cinco veces y en el corazón de la enamorada los sueños íbanse desvaneciendo. Una tarde, resuelta y firme le advirtió:

—Hemos terminado.

Y no bastaron juramentos ni promesas. La sospecha agrandábase en su espíritu. Ahora tenía la certeza de que otra compartía el corazón de Leonardo y apelando a su orgullo, se negó a escuchar las disculpas que él amontonó para disculpar su conducta.

\*  
\* \*

Su orgullo los separó. Llevada por el Azar, Rocío encaminó sus pasos por nuevos derroteros. Viajó. Del otro lado del mar, la asaltaron nuevas impresiones desconocidas que casi la hicieron olvidar su fracaso sentimental. No dio, empero, cabida al amor en su pecho, pero dejó que en sus negras pupilas la coquetería encendiera sus ígneas llamaradas. Jugó con el corazón de los hombres, como los niños con sus muñecos. Se sabía hermosa y codiciable. Ella escapaba rápida cuando el fuego amenazaba tocarla y así, esquivando el dulce mandato de la Naturaleza, dejó escapar su risueña primavera y aproximarse el otoño...

\*  
\* \*

El cartero le largó una carta. Antes de rasgarla, tuvo un vago presentimiento. ¿A quién le recordaban estos rasgos prolongados y finos? La abrió. Era de Leonardo.

“Sé que has vuelto. Te he esperado y te amo. ¿Te negarás a quererme todavía?”

Las manos de Rocío tiemblan. El otoño se acerca. Su hermosa juventud será pronto una rosa mustia. Antes de un lustro, su tez habrá perdido su lozanía y en sus rubios cabellos, la escarcha de la vida habrá prendido sus copos nevados...

Los anémicos dedos del rosal siguen tocando los cristales de la ventana. Una lluvia menuda y fina resbala a lo largo del tejado. Las manos de Rocío se han extendido ahora resueltas hacia el papel y trazan las duras palabras que han de cerrarle para siempre las puertas de la felicidad.

“Es inútil. Nuestro amor no es sino un vaso roto”...

Luego cierra los ojos y lágrimas de fuego resbalan a lo largo de sus mejillas pálidas...





## UNA CITA

Jacinto Labrit echó una mirada distraída a su escritorio donde la correspondencia sea amontonaba confusa. ¡Bah!, lo mismo de siempre: cartas de admiradores entusiastas que lo felicitaban efusivamente por la campaña política que venía librando en su sección diaria del periódico; campaña audaz, llena de peligros que no lograban arredrar el ánimo del valiente escritor.

Había también cartas femeninas llenas de frase sentimentales donde las pobres almas incomprendidas, enamoradas de su arte, imploraban un retrato o un autógrafo suyo.

Jacinto Labrit hizo un gesto de disgusto y en su ancha frente de pensador, se marcaron dos hondos surcos que momentáneamente tornaron grave su bello semblante varonil.

Disponíase a echar al cesto de los papeles la correspondencia, cuando llamó su atención una carta de color azul que parecía querer ocultarse entre las demás. La letra femenina era fina, de complicados rasgos, escrita con tinta violeta. Al abrirla, se desprendió de ella un fuerte olor de heliotropo y Jacinto Labrit leyó la interesante misiva:

“No sé —decía la anónima autora— la opinión que pueda usted formarse de mí. Acaso me tilde de romántica sonriendo con desdén ante mi súplica: ¡Quisiera conocerlo! Si usted no tiene en ello inconveniente alguno, mañana, de cinco a seis, lo esperaré en la Glorieta del Malecón. Iré vestida de blanco y llevaré prendida en el talle una flor encarnada”.

Jacinto Labrit sonrió. ¡Una aventura novelesca le salía al paso! Bueno; ningún hombre rehúsa encuentro semejante; después de todo, ¿no era el admirable poeta, cuyos versos magníficos habían levantado locos sentimientos de amor en el corazón de tantas mujeres? Acaso la autora de aquella carta fuera linda y le proporcionara un modo agradable de matar el tiempo.

Precisamente comenzaba a cansarse de su mujer, una sencilla y dulce muchacha que, enamorada ciegamente de él, se había casado desoyendo los consejos de sus familiares.

Jacinto era por aquel entonces, un escritor oscuro y casi desconocido. Apenas si su firma aparecía al pie de algún artículo de crítica de arte que la mayoría de las personas no leía. La mayoría de las personas gusta de leer solamente los artículos que ostentan firmas conocidas, aunque sus autores sean unos perfectos imbéciles.

Después de tres años de lenta y silenciosa labor, había triunfado. Su nombre se pronunciaba con respeto y los políticos que le temían le tendían la mano con gesto de abierta protección. La pluma de Jacinto Labrit sabía elevar el mérito de la persona a quien se proponía encumbrar y ridiculizar satíricamente al adversario.

Muchos le suponían soltero. A pretexto de que los artistas no deben ser importunados, Jacinto evadía salir a la calle con su mujer; ésta, abnegada y humilde, disculpaba el egoísmo de su marido y encontraba muy natural aquella medida. ¡Los hombres de genio deben aparecer solos ante la muchedumbre que les aplaude y los admira!

No quería ella ser un estorbo en su camino y escurríase silenciosa cuando alguien iba en busca del escritor, evitando así las terribles presentaciones familiares que tanto disgustaban a Jacinto.

Casi nadie estaba enterado de su matrimonio. Como, por otra parte, le veían siempre concurrir a las tertulias de los cafés rodeado siempre de amigos y camaradas, acabaron por suponerlo, en definitiva, soltero.

Meditaba el poeta en la carta que acababa de recibir, cuando rompió el hilo de su ensueño la voz melancólica de Dolores, su mujer:

—¿Has recibido noticias desagradables?

—No —respondió él—, las mismas de siempre.

Y deslizando la carta azul dentro del bolsillo de su americana, tomó el sombrero y se dispuso a salir.

Dolores le vio irse sin interrogarle. Acostumbrada a su papel de adoratriz silenciosa, sentía, a veces, la mordedura de los celos roerle el corazón. El destino era demasiado injusto con ella, que amando locamente a su marido, no podía exhibirse de su brazo para proclamar orgullosa ante el mundo su título de esposa.

Con un suspiro de ansiedad se puso a arreglar los papeles esparcidos sobre el escritorio. Limpió el grueso cristal del *bureau* y puso en orden todos los objetos pertenecientes a Jacinto.

Éste, en tanto, con las manos en los bolsillos se dirigió al café Central donde solía reunirse habitualmente con sus amigos, todos escritores y bohemios, que lo saludaban siempre con grandes muestra de júbilo.

—¡Vaya una cara de entierro la que traes hoy! —díjole Alfredo, uno de sus compañeros del periódico, dándole una amistosa palmadita en el hombro.

Jacinto sonrió involuntariamente y, disimulando su ansiedad, pidió dos *bocks* (?) de cerveza al tomar asiento al lado de su amigo.

Charló de cosas frívolas ocultando cuidadoso sus preocupaciones y pasado un rato, se despidió y echó a andar en dirección a Prado.

Era jueves; la carta traía fecha del día anterior, así pues, la cita era para aquella misma tarde. Consultó su reloj de pulsera. Eran las dos, tenía tiempo suficiente de ir a su casa y arreglarse un poco. No se va a la cita de una mujer bonita con la ropa arrugada y el cabello en desorden.

\*  
\* \*

Dos horas más tarde, elegantemente ataviado con un terno gris, salió de su casa. En el bolsillo izquierdo del saco, un fino pañuelo de batista con orla igualmente gris olía a verbena. Aquel pañuelo ostentaba un artístico monograma bordado por las hábiles manos de Dolores, que no sospechó cuando lo hizo, la ocasión en que sería estrenado.

Entró en los portales de la “Inglaterra” y se dispuso a que le lustraran las botas. Luego, caminando muy despacio para no llegar con demasiada anticipación, bajó en dirección a la Glorieta.

La tarde era espléndida. El cielo, de un limpio color azul, parecía encender en el alma risueños optimismos. La Glorieta estaba desierta; aquel día no había retreta y los escasos paseantes contemplaban silenciosos, a lo largo del muro del Malecón, el maravilloso espectáculo del mar que parecía teñido como un ópalo de raros cambiantes.

Un reloj cercano dejó oír cinco campanadas. Jacinto dirigió la vista en derredor. ¿Por dónde vendría la bella desconocida? ¿Por Malecón o por Prado?...

Respondiendo a esta pregunta, una fina silueta de mujer se destacó sobre el fondo claro de la tarde. Jacinto la contempló un momento, detallándola en el acto. Era indudablemente una mujer encantadora. Tenía los ojos negros de larga y acariciadora mirada y su piel, ligeramente morena, tenía ese color mate y sonrosado de los piñones. De justas proporciones y aventajada estatura, tenía un porte señorial y distinguido desprovisto de toda afectación.

Vestía un vaporoso traje de muselina blanca adornado de encajes y, en su esbelto talle, una flor encarnada, ligeramente plegada en capullo, dejaba escapar suave fragancia.

—¿He llegado a tiempo?

Jacinto, turbado ante la belleza de su interlocutora, estrechó su mano y suspiró:

—Ha sido usted exacta.

Se miraron un momento, estudiándose mutuamente. Jacinto, consultando su reloj insinuó:

—¿No le parece que tomemos un coche? Es peligroso hablar aquí. Ella asintió con una leve inclinación de cabeza y, llamando a un chofer, Jacinto hizo subir a su compañera en el auto y luego tomó asiento a su lado:

—Llévanos a la Playa.

Repuesto de su turbación, Jacinto comenzó a hablar.

Ella le escuchaba encantada al parecer. No había disonancia alguna entre el galante poeta de los bellos madrigales y el apuesto joven que matizaba los temas más frívolos con acertados comentarios.

Controle ella su vida: era huérfana y rica; pronto cumpliría la mayoría de edad y su espíritu ávido de emociones había impulsado a escribirle aquella carta por una curiosidad muy femenina. Quería únicamente conocer de cerca al brillante escritor y comprobar si su talento y su alma estaban a la misma altura.

Nada más; su ilusión no había sufrido un ápice. ¡Estaba satisfecha!

El auto marchaba veloz por la calzada y la fresca brisa del mar despeinaba los sedosos rizos de su cabellera castaña; como Jacinto, subyugado, comenzara a esbozar palabras de amor, ella, sacudiendo su linda cabeza, le interrumpió:

—No siga usted por ese camino. Yo no le he citado para correr una aventura vulgar. Soy libre, pero pertenezco a esa sociedad que no perdona jamás a la mujer que cae. Además, soy demasiado celosa y nunca me casaré con un hombre célebre. Sufriría horriblemente al pensar en que otras mujeres escribirían cartas de amor a mi marido. He querido únicamente comprobar si un hombre del talento de usted sería capaz de esquivar el tema amoroso, resistiendo el atractivo de una cita dada por una desconocida. Veo que es usted exactamente igual a los demás. No ha visto en mí, sino a la mujer fácil de conquistar con bellas palabras.

Quizás yo, al ver que usted no acudía a la cita, le hubiera buscado de nuevo. ¡Acaso le habría amado! ¡Los hombres no comprenderán jamás la psicología del alma femenina!

Jacinto Labrit la escuchaba atónito. ¡Extraña teoría la de aquella señorita! Así pues, su galantería mundana que accede a los caprichos de una mujer era precisamente el obstáculo que se interponía entre ellos...

Inclinándose levemente, ordenó al chofer:

—Vuelva usted a la ciudad.

La máquina viró en redondo tomando la dirección indicada. Comenzaba a oscurecer y las luces de gas iban encendiéndose a lo largo de las calles. Su resplandor bañó un momento el rostro pensativo de la mujer donde el poeta vio escritos la ironía y el descontento...

—¡Dígame, al menos, cómo se llama usted!

—Me llamo Perla

—¡Perla... qué lindo nombre!

De nuevo intentó él enlazar la conversación que había languidecido; ella, tornándose repetidamente seria, replicó:

—No insista usted, le repito que no lo he citado para correr una aventura vulgar.

—Deme, al menos, otra cita y una esperanza. Acaso, cuando me trate un poco modificará usted su opinión.

—Es inútil; no nos veremos más.

El auto había llegado a la Glorieta. Perla abrió ligera la portezuela del automóvil y con gracioso gesto tendió su mano a Jacinto:

—¡Adiós!

Y ante la muda admiración del poeta, se perdió calle arriba bañada por los reflejos amarillentos de los mecheros de gas...



## EL TALISMÁN

Siempre recordaré el angustioso gesto que contrajo el rostro de mi tía Alina cuando sintiéndose morir me llamó a la cabecera de su lecho. Pálida y leve como un copo de espuma desaparecía entre la nube de encajes que adornaban el embozo y las almohadas.

Mi tía Alina era una mujer bellísima. Sus ojos grandes y negros tenían el brillo de los diamantes que tanto amaba. Siempre llevaba pendiente del cuello una fina cadenita de platino de la que colgaba un enorme diamante claro como una gota de agua. Era inmensamente rica y la mayor parte de su vida se la pasó viajando por Europa en compañía de una doncella que la amaba con la fidelidad del perro.

Cuando retornaba de estas largas excursiones, se encerraba en su palacio, un vetusto caserón del tiempo de la Colonia, cuyas rejas primorosamente forjadas denotaban la mano de un artista genial. Rodeábanle anchos jardines sombreados por altos arrayanes y finos cipreses. En el centro, un surtidor de brillantes azulejos suspiraba su canto cristalino.

Nos visitaba alguna vez. Mi madre la quería profundamente y admiraba su gran cultura y su exquisito don de gentes. Gustaba de sentarme en sus rodillas y acariciando mis largos bucles castaños dejaba que mis manos jugaran con el diamante de su *pendantiff*. Me enviaba a menudo cajas de bombones lindamente decoradas y se reía de mi admiración, que estallaba en gritos cuando la veía ataviada con una de aquellas lujosas *toillettes*. Usaba un perfume persistente mezcla de nardo y heliotropo que la envolvía como una onda voluptuosa.

Tía Alina me mandó pasar a su alcoba y despidió a la enfermera recomendándole que nadie nos molestara; luego me señaló una cómoda butaca de cuero que estaba junto a ella.

Yo la miraba en silencio, intimidada por la palidez de su rostro y por el lujo de aquel aposento lleno de colgaduras de raso azul y encajes de Malinas. Mis ojos iban curiosamente desde los muebles ricamente tallados hasta las paredes donde cuadros de los más célebres artistas lucían la aristocracia de sus firmas un poco borrosas por la acción del tiempo.

Tía Alina sonrió débilmente y me dijo:

—Te extraña sin duda que te haya mandado llamar, pero sé que mis horas están contadas y quiero hacerte depositaria de un milagroso talismán al cual debo toda esta riqueza que deslumbra tus ojos. Es una florecita roja de cinco pétalos. Cada uno representa un deseo que puedes satisfacer cuando quieras. Podrás ser dueña de todo aquello que ambiciones: fortuna, belleza, gloria, poder, amor...

Pero cuando hayas arrancado los cinco pétalos necesitarás esperar de nuevo cinco años para que vuelvan a reproducirse. Sé prudente y no abuses de su virtud. Lleva cerca de cinco años con el tallo seco. Dentro de quince días tornará a florecer, pero como para entonces ya no viviré, quiero entregarte mi tesoro.

Tía Alina extrajo de debajo de su almohada una minúscula cajita de oro repujada, recamada de zafiros, la cual abrió, mostrándome un tallo seco, cuidadosamente guardado en su fondo.

—¡No le mires así porque le ves amarillo y mustio!

—Dentro de quince días se habrá vuelto verde y lozano y, en su extremo, ¡la flor nacerá roja y brillante!

Tía Alina se recostó otra vez en el lecho y yo sentí que se escapaban de su pecho ahogados sollozos.

—¡No poder vivir quince días más! Yo tuve riquezas, hermosura, amor. Ahora, cuando me muera, tú serás la poseedora de mi talismán.

Yo recliné la frente sobre el borde del lecho y le di las gracias con ardiente voz. La sangre circulaba por mis venas como impetuosa catarata. Todo un mundo de ideas germinaba en mi cerebro llenándome de ansiedad y deseos confusos.

Cuando alcé los ojos, advertí que el rostro de mi tía Alina tenía la palidez del mármol. Sus manos, que yo oprimía entre las mías, estaban rígidas y heladas. Comprendí que la muerte impasible y hosca había llegado.

Recé de rodillas un breve instante. Luego llamé a la enfermera, quien al ver el lívido semblante se dio cuenta de que había dejado de existir. Le tomó el pulso auscultándole el corazón y, por último, le acercó a los labios un espejo sin que ningún aliento lo empañase.

—Ha muerto. —Me dijo.

Nos arrodillamos y en silencio elevamos nuestras preces a Dios, por el descanso de su alma, mientras mis manos oprimían nerviosamente la minúscula cajita de oro que guardaba en su fondo la milagrosa flor.



Conforme pronosticó tía Alina, quince días después el tallo amarillento se tornó verde y lozano y, en su extremo, la florecita de pétalos rojos se abrió brillante.

Yo la miré con un temor supersticioso tratando de coordinar mis ideas. ¿Qué le pediría? ¿Fortuna? ¿Poder? ¿Amor?...

Deseé ser rica; durante mi vida he tenido oportunidad de observar que el dinero es la llave de oro que abre las puertas del éxito. Siendo rica podría disfrutar de muchas cosas sacando la flor, la acerqué a mis labios besándola fervorosamente como a una reliquia; luego arranqué uno de sus pétalos y suspiré:

—¡Quiero riquezas!

Como en los cuentos maravillosos de las *Mil y una noches*, no tardé media hora en convertirme en millonaria. Un notario severamente vestido de negro llamó a las puertas de mi casa para notificarme el legado de una herencia fabulosa.

Me quedaban aún cuatro hojas, pero resolví guardarlas y disfrutar primero de la fortuna. Al igual que hiciera tía Alina, me fui a viajar por Europa. Visité los principales museos llenos de reliquias históricas. Recorrí Venecia en góndolas, bajo la luz plateada de la luna. Admiré todos los monumentos dignos de verse y más tarde, cansada de la vieja civilización occidental, me adentré en el Oriente misterioso y viajé con las caravanas silenciosas de los árabes vistiendo el traje típico de sus mujeres. Me encantaba entrar en los grandes bazares y adquirir tapices raros, chales de Cachemira, transparentes como nubes, collares finamente repujados llenos de piedras preciosas. Recorrí todo Egipto y conocí los lugares donde paseó su orgullosa belleza la reina Cleopatra en compañía de Marco Antonio, el guerrero invicto. Me extasié contemplando las riberas pintorescas del Nilo, el río sagrado. Subí a las pirámides y, como Napoleón, sentí pesar en mi espíritu su enorme grandeza.

Paseé mi curiosidad entre las intrincadas callejuelas de Stambul y busqué entre el misterio de sus entornadas celosías el alma errabunda y poeta de Loti.

Hasta entonces, el amor no me había inspirado ninguna inquietud. Los hombres que cruzaron por mi lado no tuvieron la virtud de conmoverme. Me bastaba la riqueza y disfrutaba de su poder derrochándola a manos llenas.

Adquirí en los grandes almacenes de París las *toilettes* más fastuosas y originales. Las modistas más celebres crearon para mí modelos de una elegancia y atrevimiento inauditos. Cuando entraba en el teatro de la Ópera,

las mujeres me clavaban sus impertinentes y los hombres me detallaban con miradas expresivas de admiración.

Faltaban veinticuatro horas para que expirara el plazo de cinco años. Al día siguiente, la flor tornaría a recobrar sus pétalos si yo quería arrancarlos. Un extraño sentimiento me poseía porque el amor, que hasta entonces me había sido desconocido, llamaba a las puertas de mi corazón y ansié la dicha de obtener el amor del hombre que me había subyugado.

Decidí pedirle al talismán esta gracia y fui en su busca. El crepúsculo comenzaba a caer. En el jardín los arrayanes sollozaban una canción plañidera y dulce.

Abrí las ventanas de mi alcoba para que la luz penetrara de lleno y saqué la flor de su estuche para contemplarla... La acerqué a mis labios y la besé fervorosamente agradecida. Luego extendí las manos para arrancar una de sus hojas, pero en aquel momento, una violenta ráfaga de aire azotó mis mejillas y la diminuta flor escapó de la presión de mis dedos...

En vano llamé gimiendo a mis fieles servidores que registraron escrupulosamente todos los rincones de mi alcoba. En vano exploraron el jardín. Entre mis trémulas manos, sólo quedaba la cajita de oro con un leve vestigio de polvo en su fondo...

\*

\* \*

Fue así como volví a ser pobre. Mis fabulosas riquezas se perdieron sin que pudiera explicarme la causa. El amor por el que suspiraba mi corazón no llegó a ser mío.

Y ahora, cuando en la soledad de mi alcoba contemplo el retrato de mi tía Alina, le reprocho con amarga voz el haberme confiado su talismán, ya que sin él no hubiera conocido las dulzuras de las riquezas que me fueron arrebatadas por decretos del Azar.

## LA BOLA DE CRISTAL

En el gabinete de Madame Pascal las damas charlaban alegres y bulliciosas, contándose las unas a las otras sus vidas más o menos veladas, y comentando el acierto de la pitonisa que poseía una bola de cristal donde la consultante veía perfectamente reflejado su pasado y su porvenir.

Cada una de ellas había contemplado su propio destino. Todas estaban satisfechas y reían frívolamente esparciendo en la atmosfera cálida un agradable perfume de Caron.

Isaura Cadaval, reclinada la oscura cabeza sobre el brazo izquierdo, se apoyaba indolente en la pared, sumida en una vaga abstracción. A ratos, por el cristal de sus pupilas negras cruzaba una sombra de inquietud. Extrañadas de su silencio, algunas la interrogaron curiosas:

—¿Y usted no ha visto nada?

Ella sonrió levemente y respondió.

—Es la primera vez que vengo.

En la habitación inmediata, Madame Pascal hablaba con su dulce voz musical, chapurreando graciosamente el castellano. Frente a ella, una dama pálida y ansiosa fijaba obstinadamente sus ojos en la bola de cristal que, colocada sobre un rico zócalo de caoba y marfil, servía para adivinar el futuro.

—¿Ve usted algo?

—No; distingo únicamente unas manchas rojas nada más.

—Es sangre; tenga cuidado porque su marido sospecha de usted y la vigila.

Sin querer saber más, ella sacó de su bolso de piel un billete que puso entre las manos de la sibila y, bajándose el velillo sobre el rostro, abrió rápida la puerta de comunicación y cruzó por entre la concurrencia que aguardaba con manifiesta curiosidad.

—Es la señora de Landa —dijo una.

Dos minutos después estaba en al calle. Entonces Isaura Cadaval avanzó tímida. Le tocaba el turno. Con un temblor imperceptible en las manos recorrió el portier de Damasco que velaba el hueco de la puerta y tomó asiento frente a la profetisa.

Las dos se contemplaron un segundo estudiándose mutuamente. Una dulce simpatía las atrajo.

—Deme usted su mano —ordenó autoritariamente.

Ella le tendió la izquierda, larga, fina, de dedos puntiagudos, desprovistos de sortijas.

Los ojos de la sibila se clavaron persistentes en aquellas líneas intrincadas y extrañas.

—Mire usted la bola de cristal.

Isaura hundió su mirada hipnótica en ella. La luz del sol, que entraba veladamente a través de los estores de muselina rosa, ponía en el cristal reflejos multicolores y brillantes.

¿Fue ilusión o realidad? Como en una larga caravana de sombras vio desfilar en su fondo la imagen de su madre muerta, de sus hermanos idos...

Se vio niña, corriendo por los anchos corredores de la vieja casona familiar con sus largos tirabuzones negros cayéndole sobre los hombros como una inmensa tiniebla.

Luego vio un entierro, ¡el de su padre!, y se contempló a sí misma convertida en una muchacha triste y pálida, vestida de luto...

Lentamente, todo el doloroso pasado surgió ante sus ojos atónitos. Su boda con aquel degenerado de Antonio Avilez, su ruina más tarde, los años de miseria y escasez pasados en aquel lejano país inhospitalario y frío...

Intentó levantarse de su asiento, pero una fuerza invisible la retuvo a su pesar. Y así vio desfilar su vida entera con su amargo cortejo de desilusiones y fracasos. Hasta entonces, Isaura no había hechos mas que revivir su tragedia. Ahora le sobrecogía el temor de conocer el porvenir.

Madame Pascal seguía con sus manos presas entre las suyas. No hablaba. Tenía los ojos persistentemente fijos en la bola de cristal, como si quisiera transmitirle su poder.

La bola se tornó negra un instante. En seguida volvió a recobrar su transparencia. Isaura se vio entonces en su fondo, entre un nuevo desfile de sombras. Se contempló a si misma vestida con aquel traje de satén azul y la coqueta gorrita de piel cubriendo los rizos de su melena negra. A su lado, una figura de hombre parecía vacilar. Ella reconoció en aquellos rasgos el rostro de Roberto, que displicente y frío le volvía la espalda indiferente. Casi enseguida, una silueta de mujer se perfiló. Era vulgar, vestida de un modo llamativo y exótico, pero Roberto la besaba apasionadamente y ambos se fundían en un largo abrazo interminable...

—¡Tantos sacrificios que hice por él! —suspiró.

Luego la bola tornó a oscurecerse. Un momento más tarde, se dibujó en ella el mar con sus olas inquietas y un gran vapor avanzaba sobre él. Isaura se contempló asomada a la borda, envejecida, pálida, vestida con negras tocas de luto.

—¿Es que voy a viajar? —interrogó.

—Morirá usted en tierra extranjera —respondió la sibila con cariciosa voz— ¿Está usted satisfecha?

Pero Isaura no respondió. Un raudal de lágrimas corría a lo largo de sus mejillas tersas. Sus sospechas no eran infundadas. ¡Aquel amor por el cual había sacrificado su bienestar y su honor, no era sino una mentira y una farsa!

—¿Quiere usted un consejo? —insinuó la profetisa—. Huya usted de ese hombre antes de que le infiera la humillación de su abandono. Otra mujer ejerce sobre él mas influencia que usted. A su lado, no le aguardan sino la desilusión y la miseria...

Isaura sacó de su bolsa un billete que puso entre las manos de la sibila. Luego, en silencio, abrió la puerta y bajó las escaleras precipitadamente ante la curiosa mirada de las demás señoras.

Madame Pascal se había quedado pensativa, en tanto que la bola de cristal sobre su zócalo de caoba y marfil seguía brillando bajo los rayos del sol...



## EL HOMBRE QUE MATO AL RECUERDO

El doctor Azor se inclinó sobre los viejos pergaminos amarillentos y sus grandes ojos sombríos se iluminaron. Había logrado al fin preparar la tan deseada fórmula. El sueño de toda su vida, su mayor ambición estaban satisfechos. El Elíxir del Olvido no era una ilusión, sino bella palpable realidad. La dosificación cuidadosamente anotada estaba delante de sus ojos. Él la había transformado en un vino dulce y transparente como el oro. Una pequeña dosis era suficiente para que el recuerdo más tenaz se borrara.

Bastaba evocar aquel pasaje de la vida que no se quisiera recordar más y apurar en seguida diez gotas del precioso licor. Al igual que un dibujo al lápiz, se esfumaría como si pasara por él una goma invisible, al extremo de no dejar el más leve rastro en la memoria.

Pero ¿Cómo adquirir le certidumbre de su eficacia? ¿Quién se prestaría a la experiencia? El doctor se quedó un momento pensativo y acarició sus largas barbas plateadas...

¡Ah! ¿Por qué este descubrimiento venía a hacerlo cuando se hallaba en los umbrales de la vejez, de la muerte acaso? Muchas horas amargas de su vida, cuyo recuerdo gravitaba sobre él con su dura pesadumbre, se hubieran desvanecido en su cerebro permitiéndole volver a amar y recobrar la fe que la perfidia de los otros había destruido. Diez gotas de aquel vino habrían bastado nada más; ahora se veía demasiado solo y desencantado y eran precisamente los viejos recuerdos sus únicos compañeros de vigila y de estudio.

—¿A qué matarlos? —se dijo—¿De qué viviré el día en que no tenga recuerdos que evocar?

Al mismo tiempo deseaba comprobar la virtud del elíxir y adquirir la certeza de que aquel famoso herbolario hindú no mentía al asegurar el resultado. El principal ingrediente lo constituía el jugo de cierta planta de hojas redondas y sonrosadas que crecía en la falda de la alta montaña del Himalaya; el doctor Azor había realizado un largo y penoso viaje de estudio e investigación por las misteriosas selvas de la India y había escalado las abruptas cumbres en busca de la preciosa planta, que alargaba sus hojas brillantes al paso del viajero para ofrecerle su dulce virtud.

Durante muchas noches, se había dedicado en cuerpo y alma a preparar la fórmula y una vez seguro de haberla obtenido, retornó de nuevo a su país manteniendo en el mayor secreto lo que él consideraba el más grande beneficio para la Humanidad.

Las hojas habían sido cuidadosamente maceradas y su jugo, filtrado ya, ofrecía un bello color transparente de oro pálido.

El sol, que entraba a raudales por los anchos ventanales del laboratorio, daba a las redomas extrañas irisaciones. Sobre una columna de bronce y marfil, un busto de Fausto parecía sonreír burlonamente diciéndole:

—Yo también obtuve una vez el secreto de la juventud eterna y sólo sirvió para consumir mi desgracia y la de muchos seres; si yo me hubiera resignado a la vejez, Margarita, la rubia virgen, no hubiera conocido la tentación y el pecado. ¿Sabes tú el daño que puedes ocasionar con tu experiencia? ¡La naturaleza, infinitamente sabia, se encarga, con la ayuda del tiempo, de borrar gradualmente los recuerdos de nuestro corazón!

Pero el doctor Azor, pasándose las manos sobre la enfebrecida frente, rechazó con ira estas advertencias. La Humanidad sería mucho más feliz el día en que pudiera olvidar todo lo que le es desagradable. El desengaño, la traición, las dudas... todo esto que hasta hoy constituye su tortura no existiría. Diez gotas del licor bastarían para suprimir de un golpe los recuerdos. Así, la vida podría ser reconstruida al igual que esos edificios ruinosos y viejos sobre los cuales levanta el progreso otros hermosos y fuertes. Nuestra principal desgracia es recordar. Sin embargo, el pasado, al igual que la noche que queda a nuestra espalda, debe fundirse en la sombra del olvido para ceder el paso a la aurora llena de luz, del porvenir.

Sin percibirse de ello, la tarde habíase apagado lentamente. Por los anchos ventanales el paisaje íbase fundiendo como se funden los colores en la paleta del artista, bajo el golpe del pincel. Al oro del crepúsculo iban sucediendo el gris, el violeta, el azul, el ocre...

Pronto el horizonte quedó sumido en una sombra apretada y compacta. Ya no se distinguía el perfil de los edificios más próximos. El doctor Azor hizo girar el conmutador de la luz y una alegre claridad bañó los objetos.

Ahora, Fausto se había quedado serio en su pedestal.

Sobre las mesas de blanco mármol, las redomas de cristal de variados tamaños y formas estaban cuidadosamente alineadas como un ejército en espera de la batalla. Polvos de distintos colores, yerbas secas, ácidos e infinidad de productos químicos se hallaban dispersos por doquier.



Sentado en su gran sillón de cuero, el sabio contemplaba este cuadro para él tan familiar. Cuarenta años de su vida habían transcurrido entre estas paredes. Los años más bellos de su juventud que él había sacrificado gustoso a la Ciencia, buscando siempre fórmulas milagrosas. Se había granjeado innumerables enemigos y detractores que procuraban empañar su gloria con miserables calumnias; pero al doctor Azor le tenían sin cuidado estas mezquindades. Inclinado sobre sus libros no prestaba atención ni a los ataques ni a los aplausos. Gracias a su constancia, se debía el invento de un líquido que tenía la virtud de mantener los ojos con el brillo y potencia de la juventud, haciendo innecesario el uso de los anteojos. Ahora, el Elíxir del Olvido era también una hermosa realidad y se dispuso a hacer en sí mismo la experiencia.

Vertió en una copa de cristal veinte gotas de agua. Luego contó hasta diez del elíxir y las mezcló agitándolas con una cucharilla de oro hasta obtener un líquido del color del topacio, ligeramente sonrosado. Entonces comenzó a evocar su pasado: Todas las horas alegres o tristes, apasionadas y violentas desfilaron por su cerebro como una larga procesión...

Las horas blancas de su infancia, llenas de ingenuidad y de candor; sus años de escasez cuando a la muerte de su padre quedó solo y huérfano luchando con la miseria. Recordó las horas interminables pasadas en el bufete de un célebre abogado, donde ejerció de escribiente para poder reunir el dinero necesario para terminar sus estudios...

Más tarde, su primer amor y su primer desengaño. Sus triunfos profesionales y por último, su matrimonio con aquella hermosísima Aleida, a quien sorprendió un día en brazos de su mejor amigo...

Aquel recuerdo era el más doloroso y resolvió matarlo; el doctor Azor sabía que en el fondo de su corazón no estaba del todo extinguida la llama de aquel amor maldito.

Alzó la copa y la apuró de un sorbo, hasta el fondo. Una sensación de frialdad recorrió sus miembros. Las imágenes se fueron borrando por entero. De aquella Aleida no quedaba ya rastro alguno en su memoria.

\*

\* \*

Dos semanas después apareció en los diarios de la mañana con grandes titulares la extraordinaria noticia: el célebre doctor Azor se había suicidado disparándose un balazo en la sien.

Nadie pudo explicarse la causa. ¡Matarse cuando la gloria coronaba su frente con los verdes laureles de la victoria, cuando la fortuna veleidosa llamaba a su puerta!

Los más absurdos comentarios se tejieron alrededor de este suceso. Pero a nadie se le ocurrió registrar el fondo de la bolsa de un viejo abrigo de paño gris que, pendiente de una percha, permaneció olvidado durante largos meses.

Dentro de aquel abrigo había una carta que decía simplemente:

“Me mato porque no puedo vivir sin mis recuerdos; eran mis únicos compañeros de soledad; sin ellos, la vida se me hace intolerable”.

## ORFANDAD

Un rayo de sol, filtrándose a través de la ventana, besó los párpados de Reina que despertó y estirándose perezosa entre los blandos cojines del lecho, procuró reunir sus pensamientos dispersos aún entre la niebla del sueño.

Se había acostado de madrugada; recordaba vagamente imágenes y rostros, confundidos en su memoria. Como a través de una ligera gasa, le pareció ver el desfile de parejas enlazadas en el torbellino del baile y una sonrisa le entreabrió los labios al evocar su figura gentilísima envuelta en la gracia de un traje heliotropo de ajustado corpiño y amplia saya que le daba la apariencia de una frágil muñeca de tocador.

De pronto sus ojos se oscurecieron; ahora recordaba perfectamente que al cruzar frente a un grupo de señoras, éstas habían enmudecido fijando en ella una mirada de conmiseración. Demasiado orgullosa, había fingido no advertirlo, pero arrastrada por un sentimiento de innata curiosidad, simuló alejarse dando una vuelta rápida que le permitió apenas escuchar estas palabras:

—Es la misma. ¿Qué dirá el General?

Reina se había alejado, temerosa de ser observada, pero aquellas palabras la dejaron pensativa. ¿A quién se referían? Había muchos generales, en la Habana, para que fuera precisamente su padre el objeto de aquella conservación, pero entonces, ¿por qué había callado al verla y la habían mirado con aquella mirada de lástima?

Cuando de regreso a su hogar se acomodó en la lujosa *Limousine*, le pareció que el rostro de su padre estaba más sombrío que de costumbre y le interrogó solícita:

—¿Te sientes mal, papaíto? ¿Has tenido algún disgusto?

—No hijita; estoy un poco cansado nada más.

Luego el sueño la había rendido y en su cerebro se fundieron imágenes y recuerdos, pero al recobrar de nuevo la memoria, el baile de la noche anterior surgió claro y preciso en su mente. Sentándose en el lecho, llamó:

—¡Balbina!

La doncella apareció diligente y risueña a la llamada de la señorita y se dispuso a ponerle el riquísimo quimono de seda azul y las coquetas zapatillas de raso.

—Tráeme el desayuno y los periódicos.

Mientras iban a cumplir sus órdenes, se acarició la redonda barbilla nerviosamente y tornó a tenderse en el lecho perezosamente.

¡Qué muelle estaba! A través de los estores de muselina rosa se filtraba la luz pálida y tenue arrebolando ligeramente sus mejillas tersas. Reina tornó a cerrar los ojos y se hubiera quedado de nuevo dormida, si la doncella no hubiera entrado con la bandeja del desayuno y los diarios que colocó suavemente sobre el velador.

Entonces se levantó rápida y luego de envolverse en la kimona, se dispuso a leer la crónica de sociedad para enterarse de la reseña de la fiesta. Al abrir el periódico, llamó su atención un retrato de mujer que con enormes titulares rojos ocupaba la primera página en su totalidad:

“Un Crimen pasional. Bella mujer asesinada por su amante”. Reina reprimió un grito: el retrato de aquella mujer guardaba un absoluto parecido con ella; ojos negros y dulces tenían la misma expresión que los suyos y los labios, de exquisito contorno, eran idénticos...

¡Rara coincidencia! —pensó— pero a medida que avanzaba en la lectura de la tragedia, su rostro se iba cubriendo de mortal palidez. La doncella se había retirado y a solas en su alcoba, Reina se entregó a sus locos pensamientos.

Leyó minuciosamente los detalles del crimen. Las iniciales de la muerte estaban ahí y, ¡oh casualidad!, tenía también el mismo nombre...

\*  
\* \*

Siempre se había creído huérfana. No conocía a su madre y cuando alguna vez se interesaba en saber detalles de su vida, su padre atajaba rápidamente su curiosidad con estas frases:

—Murió cuando tú naciste.

Fuera de esto, nada había logrado averiguar. Inútilmente había registrado afanosa todas las gavetas de los armarios con la remota esperanza de encontrar algún retrato antiguo de su madre, pero como nunca pudo hallarlo, se resignó a su orfandad imaginándola tan bella, y dulce, como ella hubiera deseado que fuera.

Tomó el desayuno sin ganas. Cuando bajó a saludar a su padre, lo encontró sentado en su gran sillón, bajo la fresca sombra del emparrado; su

rostro estaba pálido como el mármol y Reina, por intuición, no se atrevió a comentar la noticia del crimen, limitándose a besarlo cariñosamente en la frente.

Sin dejar traslucir sus proyectos, aguardó a que su padre saliera, vigilándolo desde la ventana de su cuarto. A las once vio al General acomodarse en la máquina y oyó el golpe seco de la portezuela al cerrarse.

Entonces, se vistió un sencillo traje de seda negra y echándose un espeso velo sobre el rostro tomó el primer tranvía que cruzaba en dirección al cementerio —actualmente la Morgue habanera— con el propósito decidido de ver a la muerta.

Una muchedumbre compacta se amontonaba frente a la plancha donde la víctima del crimen yacía cubierta por una sábana blanca.

Reina avanzó resuelta hasta el cadáver y alzó el lienzo que ocultaba el bello rostro de la muerta. Un grito se escapó de su garganta. ¡Era su mismo rostro, sus mismos cabellos rizados y negros, su misma barbilla hendida por la gracia de un hoyuelo!

Alguien murmuró a su espalda:

—¡Pobrecita! Es su madre y la abandonó muy niña para seguir a un hombre que fue el que la asesinó...

No pudo escuchar más. Una nube le enturbió los ojos. Sus oídos zumbaban y perdiendo la noción de las cosas, se desmayó.

Cuando recobró el conocimiento estaba de nuevo en su lecho. A través de los estores se filtraban los últimos rayos de la tarde. Junto a ella, su padre sollozaba en silencio.

Una infinita ternura le inundó el alma. Comprendió entonces el sombrío drama de su vida y sintió más dura que nunca su orfandad. Por entre la niebla de sus recuerdos surgió otra vez el bello rostro de la muerta —ahora sabía que era su madre—. ¡Su madre, que había preferido el amor de un aventurero a su ternura!

Lágrimas de fuego le escaldaron los ojos. Su padre, adivinando tal vez sus pensamientos, estrechó su mano y suspiró:

—¡Perdónala, hijita, para que Dios le perdone el daño que nos hizo!



## VEINTE AÑOS

Traspasó el umbral de aquella casa llevado por la mano del destino, 20 años atrás había conocido en ella a una linda vendedora de amor y el recuerdo de aquellas horas fugazmente vividas, se clavaba en su cerebro como un garfio de fuego.

¡Angélica! ¿Dónde estaría? Evocaba ahora el resplandor ardiente de sus pupilas claras y la sombra oscura de los cabellos alrededor del rostro moreno y voluptuoso. La había amado locamente con toda la violencia de sus veinte años aventureros y bohemios. ¡Tan distintos a éstos de reposado y opulento burgués!

Cerró los ojos; en el fondo de su retina surgió su propia imagen tal como fuera veinte años antes: los cabellos negros y rizos en melena romántica y sedosa; los erguidos mostachos borgoñones sombreándole la boca de labios finos y sonrosados. Todo él, airoso y gentil, como un Don Juan lleno de ambiciones y de sueños.

Fue entonces cuando la conoció. Una noche de aquellas en que él deambulaba por la ciudad desierta tejiendo sus sueños de poeta. Angélica atravesaba la calle envuelta en una modesta manta de lana negra que ceñíale el busto juvenil y hermoso. Iba destocada y la luna que brillaba en toda su plenitud iluminaba los rizos de su cabellera bruna sujetos en la nunca con un sencillo broche.

Contemplola él hechizado y la siguió hasta aquella casa donde ella penetró con paso rápido y seguro.

Entró tras ella. Así supo que era una vendedora de amor arrastrada demasiado pronto por la vorágine del vicio a un ambiente que en el fondo repudiaba, hostigada por la dura necesidad.

Se llamaba Angélica y un ángel parecía por la expresión casi virginal de su mirada y la suavidad exquisita de su sonrisa; le contó su vida llena de incidentes vulgares; una vida igual a otras muchas que él había escuchado de labios de bellas cortesanas en sus noches de orgía. Fingió creerla por galantería, pero en realidad daba poco crédito a estas historias casi siempre falsas, ribeteadas de un sentimentalismo enfermizo y morboso.

Abel tenía escasamente veinte años, pero era escéptico a pesar de su juventud. Sin embargo, las palabras de Angélica hallaron eco en su corazón. La sinceridad vibraba en ellas y resolvió desde luego liberarla de aquella existencia infamante.

Un día formaron su nido. Alegres y felices, los dos enamorados vivieron olvidados del mundo su dulce idilio.

—¿De dónde eres? —le preguntaba ella abriendo sus grandes ojos llenos de lejanas visiones.

Y él, entonces le contaba su infancia triste y le describía con lujo de detalles los paisajes maravillosos de su país. Era colombiano, tierra de poetas y de artistas. Le recitaba en voz baja estrofas de Julio Florez, el infortunado bardo melancólico y huraño que amara tanto el ajeno porque tenía el color de los ojos de su amada. Y Angélica le escuchaba embelesada acariciando sueños maravillosos para el mañana.

Diez meses más tarde les nació una niña rubia como las espigas maduras; sus ojos tenían la limpidez encantadora de los lagos y era tan blanca como un copito de nieve.

—La llamaremos Pureza —dijo ella.

Y nunca un nombre estuvo mejor adaptado a su dueña. Todo en ella era puro, desde la expresión de la mirada, hasta el contorno de la boca sonrosada y fina.

Una noche, él no vino a cenar. Poco a poco, fue cambiando. Llegaba de prisa y sus maneras iban siendo cada vez más bruscas. Angélica sufría en silencio sin atreverse a reprocharle su extraño proceder, siempre esperanzada en un cambio súbito. Comenzó a zaherirla con crueles palabras. Enfermo de nuevas inquietudes, comenzaba a cansarle aquella plácida vida de hogar a la que no estaba acostumbrado.

Una tarde, atraído por el canto del mar, tomó pasaje en un vapor que zarpaba rumbo a la vieja Europa y Angélica no volvió a tener noticias del extranjero que en una noche de luna le había enseñado el camino florido de la ilusión.

\*

\* \*

Abel recuerda todo esto y un vago remordimiento le tortura el alma; es esta la misma casa; nada ha cambiado en ella al parecer. Todo está igual que hace veinte años cuando él traspasó sus umbrales persiguiendo un sueño.



Lo mismo que entonces, empuja levemente la cancela de cristales y penetra. Hay muchas mujeres semidesnudas que, al verle entrar, le tienden los brazos acogedores. Adivinan la llegada de un millonario —el porte de él así lo hace presumir— y todas le sonríen entornando voluptuosamente las pupilas brillantes, que la sombra del *khol* hace misteriosas...

Sólo una parece no dar importancia a la presencia del extranjero. Es una muchacha alta, de pupilas azules y cabellos tan rubios como las espigas maduras. Su tez es blanca como la nieve y tiene una boca delicada y fina.

Abel se deja reducir por su bello rostro y la atrae hacia él. La muchacha acepta sus requiebros y lo arrastra hacia el fondo de su alcoba decorada de sedas azules y encajes.

Una simpatía misteriosa ata su corazón a esta muchacha tímida que se deja acariciar sin oponer resistencia. Un poco silenciosa se limita a hablarle las palabras más indispensables, pero no hace, como sus compañeras de profesión, historias sentimentales y amargas.

\*  
\* \*

Es a la mañana siguiente, cuando al abandonar aquella casa, Abel siente curiosidad por conocer la vida de ella. Entonces la interroga:

—¿Cómo te llamas?

—Pureza —responde ella enrojecida súbitamente ante el contraste de su nombre y el de su profesión.

¡Pureza! Aquel nombre despierta en Abel todo un mundo de recuerdos desvanecidos y lejanos. Quiere saber cómo se llama su madre. Dónde nació, si vive todavía...

—Ha muerto hace mucho tiempo —responde la muchacha extrañada de tantas preguntas.

—¿Que edad tienes?

—En mayo cumpliré veinte años.

No le cabe duda; esta cortesana es su propia hija, a la que él ha profanado en una noche de placer y de vicio.

¿Qué hacer? Del otro lado del mar tiene esposa e hijos. Ha alcanzado una brillante posición social. Es dueño de una casa de Banco allá en Bogotá y el egoísmo le dice con su voz sorda:

—Olvídala. Te traería demasiadas complicaciones.

Su conciencia parece adormecida. Abel se mira los dedos donde brillan dos claros diamantes.

Y sacando de su bolsillo dos billetes de banco de a mil duros, los pone en manos de Pureza, que lo mira sin acabar de comprender.

—Tómalos —le dice— y procura ser buena.

Después toma su sombrero y se va calle arriba caminando al puerto donde el vapor que ha de conducirlo a su patria lo espera...

## LA PROMESA

La tarde desfallece como una rosa de sangre. A lo lejos, la línea dorada del horizonte esfuma sus pálidos contornos por entre la ligera gasa de unas nubecillas rosadas y lilas.

Finaliza junio. La primavera pródiga vuelca en el jardín la ofrenda de sus rosas. Los árboles abren sus copas verdes como enormes sombrillas y ocultos entre las ramas los pájaros se arrullan dulcemente.

Sentada frente al inmenso ventanal que se abre sobre el jardín, Isis aspira ávida la frescura de la tarde. Sus mejillas pálidas tienen el tono de los marfiles antiguos. Sus largos cabellos rubios le caen sobre los hombros formando en torno a su rostro un suave nimbo de oro.

Junto a ella, Leonor, su amiga más íntima, contempla los estragos del mal que silenciosamente mina la existencia de la enferma. No se atreve a hablar para no romper el silencio casi religioso del crepúsculo. Además tiene miedo de que la mirada perspicaz de Isis descubra asomada a sus ojos la inmensa compasión que la embarga. Involuntariamente deja escapar un suspiro. Evoca el bello rostro de su amiga cuando dos años atrás ambas contrajeron matrimonio en la hermosa Iglesia del Ángel.

Compañeras inseparables desde la infancia, habían celebrado juntas la ceremonia de sus bodas. Leonor, con un poco de melancolía, vuelve los ojos al pasado y torna a verse con el albo traje de desposada, el largo velo de tul y el oloroso ramo de frescos lirios entre sus manos dichosas.

Habíase quedado atrás el tibio hogar paterno con sus dulces afectos familiares. Por un momento le parece escuchar de nuevo la voz maternal:

—¡Que la dicha sea siempre tu compañera, hijita!

Las pupilas se le enturbian. Un vaho vela su cristal luminoso. ¡Ay! ¿Por qué dejaremos de ser niñas? Se pregunta con un amargo sollozo.

Este sollozo hace que Isis vuelva el rostro hacia ella. También siente una emoción extraña; pero esta emoción es de origen distinto. Hay en ella un vago sedimento de melancolía y una gran cantidad de remordimiento.

—¡Si ella supiera! —se dice a sí misma.

El recuerdo de su traición le oprime ahora como una plancha de hierro las ardientes sienes. Leonor la ha querido tiernamente. Le ha probado su

lealtad en todos los momentos. Isis está segura de que jamás la desconfianza o la duda han tocado su corazón. Tiene en ella una fe ciega y uno a uno le ha ido descubriendo sus secretos más íntimos.

En cambio, ella ha cerrado el arca de su corazón a las miradas de su amiga. Ha velado cuidadosamente su secreto y este secreto terrible es el que la agobia con su peso, la ahoga, la llena de una sorda desesperación, porque no se atreve a revelarlo.

La noche ha caído. Las altas siluetas de los pinos y los copudos cipreses que llenan el jardín —un jardín bellissimo de estilo romano— se recortan sobre el fondo del cielo que todavía conserva su tono azul, ya oscurísimo, que se va tornando negro.

Isis, cuya respiración se va volviendo más trabajosa, alarga su mano pálida y toca ligeramente el brazo de Leonor.

—¡Escucha; necesito de ti un gran favor!

La interpelada responde pronta:

—Habla, querida.

La voz de Isis suena cada vez más débil. Sus grandes ojos azules se clavan ansiosos en las pupilas negras de su amiga como si trataran de horadar su pensamiento.

—Toma esta llave —al decir esto, le alarga una pequeña llavecita dorada que extrae de su pecho—. Abre mi armario y dame una caja que está en la gaveta del frente.

Leonor se levanta presurosa. No sabe por qué siente un vago temor y hace girar el conmutador de la luz. La estancia se llena de claridad y lentamente la tranquilidad vuelve a su espíritu.

Abre el armario en silencio y saca la pequeña cajita. Es roja, llena de extrañas molduras y la alarga hacia la enferma.

Ésta la mira llena de una rara inquietud. La oprime contra su pecho y con sus finos dedos acaricia las molduras de la tapa.

Cuando yo haya muerto, ¡no me mires así, porque sabes perfectamente que estoy condenada a muerte!, pues bien, cuando yo haya muerto tú abrirás esta caja y quemarás las cartas que contiene. Júrame que no tratarás de leerlas y que las destruirás sin vacilar.

Un poco asombrada, Leonor extiende el brazo solemne:

—Te lo juro, Isis.

Un sollozo conmueve a ésta. Se siente desfallecer. Leonor ve cómo su cabeza vacila y le presta el apoyo de sus brazos fuertes.

—Voy a llamar a tu marido

—No lo llames todavía —replica la enferma.

El viento que entra por la ventana agita sus cabellos rubios. Isis los aspira ávida con verdadera desesperación. De pronto una ola de sangre le llena la boca, resbala a lo largo de su vestido blanco y forma en la alfombra como un reguero de rosas rojas...

Leonor, asustada, comienza a pedir auxilio y cuando la enfermera entra, la cabeza de Isis, como una flor tronchada, se ha doblegado sobre su pecho exangüe. Ha dejado de respirar.

\*

\* \*

Es una semana más tarde cuando Leonor ha recordado la promesa hecha a la muerta. Abre pues la caja y extrae de su fondo un paquete cuidadosamente atado con una cinta azul.

Enciende un cirio. Una a una, las va acercando a la llama. Las cartas se retuercen convulsas como si se negaran al sacrificio. De pronto el rostro de Leonor se cubre de mortal palidez. Ha visto al pie de una carta el nombre de su marido y ha reconocido su letra firme de rasgos elegantes.

Entonces comprende. ¡Aquel extraño miedo de la moribunda encubría la horrible traición!; Ella, que nunca sospechó nada! Su marido la engañó, pues, con esta amiga en cuya lealtad confió siempre.

La curiosidad murmura a su oído:

—Léelas y así lo sabrás todo.

En su corazón se libra por un segundo una lucha sorda. Pero Leonor recuerda su juramento. Ella prometió no tratar de leerlas y sofocando la tentación que comienza a nacer en ella, extiende la última carta hacia la llama que la va devorando poco a poco, como una inmensa lengua roja...



## NECESIDAD DE AMAR

Había visto llegar el otoño de su vida sin un afecto desinteresado y sincero. Sentía horror por la vejez, porque es más amarga que la muerte. La muerte corta de un sólo tajo nuestra vida. Le vejez, en cambio, la va rompiendo poco a poco, como un trágico verdugo que se goza en nuestra agonía y se divierte prolongándola...

Nunca se preocupó del dinero. Rica en los primeros años de su vida, se vio en plena juventud despojada de su fortuna por parientes poco escrupulosos que, llenos de ambición, quisieron aumentar sus riquezas a costa de la huérfana.

Dios había compensado más tarde su pobreza, otorgándole a cambio hermosura y talento. Tuvo halagos. Muchos hombres deslumbrados por el hechizo de su sonrisa se inclinaron a sus pies rendidos y dóciles. Pero Lucrecia jugaba con el amor, como los niños con sus juguetes, sin concederle importancia. Era alegre como un rayo de sol. E instintivamente, su espíritu optimista rehuía el dolor, como el niño bien vestido que teme ensuciar su traje con los harapos de los mendigos.

Su juventud había volado como una inquieta mariposa dejándole en los ojos la desoladora visión de un porvenir huérfano de ternura. Seguía siendo pobre, porque habiendo nacido desinteresada, no trató de explotar ni su hermosura ni su talento. Pero el tiempo implacable y cruel le hizo comprender un día que los sueños, como las monedas, se acaban a fuerza de derrocharse.

Ya no tenía sueños. Y su juventud marchaba en línea recta hacia el ocaso.

Fue próximamente en esa época de su vida —la transición del ensueño a la realidad— cuando Lucrecia se dio cuenta, llena de perplejidad, de que su corazón latía con un latir apresurado y violento, y sin poder explicarse la causa, sus manos se enfriaban súbitamente, ante la presencia de Roger.

¿Sería el amor tan cantado por los poetas este sentimiento irresistible que la poseía, llenándola de una dulce ansiedad? Un poco avergonzada recordó que acababa de cumplir 38 años. Pensó en huir. No importaba a dónde; pero ella sabía que el amor sólo complicaciones le traería. Acos-

tumbrada a su libertad, se consideraba incapaz de atar su vida a la quietud. Sus pies andariegos se resistían a estarse quietos. Roger, temperamento apacible y sereno, seguramente le exigiría lo que la mayoría de los hombres exige a sus esposas y esto era precisamente lo que no estaba dispuesta a aceptar.

No pensaba en él, sino como en un marido. No cruzó por su cerebro el pensamiento de convertirse en su amante. Sus ideas de libertad parecían limitarse en este orden. Todo el atávico sentimiento de la honradez burguesa que hasta entonces vivió replegado en las profundidades de su espíritu, como un fantasma que no se atreve a salir a la luz, pareció agitarse dentro de su ser.

Su madre había sido una santa, lo mismo que sus hermanas. Recordaba la historia de su abuela, una hermosísima mujer a quien su marido abandonó en la flor de su juventud y que sin embargo, se había mantenido honrada trabajando en un taller de costura, para lograr su subsistencia.

Sabía, con esa fina intuición femenina, que Roger la amaba. No necesitaba oírlo de sus labios. La amorosa solicitud de él velaba en torno suyo como el fiel lebrél que vigila el sueño de su amo. La envolvía en su ternura, como en una onda voluptuosa de perfume para impedirle escapar. Y Lucrecia se dejaba arrastrar por este encanto misterioso, cerrando los ojos ante el mañana.

Así habían transcurrido los meses. Ella sabía que él asechaba la oportunidad de deslizarse en su oído la amorosa solicitud. Presentía la voz acariciándola con su cadencia suavísima y por primera vez comprendió que el amor es algo necesario en la vida.

Se contempló en el espejo y un suspiro de angustia le taladró el pecho. Sus mejillas, hasta entonces tersas, comenzaban a estirarse ligeramente hacia las sienes. En su cuello redondo y mórbido ligerísimos surcos iban formándose en torno un triple collar de Venus...

La espesa mata de sus cabellos negros íbase opacando y algunos hilos de plata asomaban indiscretos en la sien izquierda. ¿Dos? ¿Cinco? ¿Sus años de juventud estaban contados y era inútil pretender rebelarse contra la horrible verdad!

Abrió al azar una de las gavetas de su armario; las cartas formaban legión amontonadas en pequeños grupos. Eran todas las cartas de amor que los hombres le habían enviado; volcando en ellas su sinceridad con frases llenas de pasión y de fuego. Ella se había burlado de todos, creyendo que podía vivir sin necesitar del amor, esquivando siempre su herida y prestando oídos



a la lisonja y al halago, con un temor egoísta de entregarse. Pero la hora de las meditaciones había sonado en el reloj de su vida. Le faltaba el valor para sacrificar su libertad y al mismo tiempo sentía el pavor de la vejez próxima a envolverla como una eterna tiniebla.

Pasó revista a su existencia anterior. ¿Qué le había dejado? Nada. Su coquetería no le había proporcionado sino momentos efímeros de placer. Su vanidad había gozado con la admiración de los hombres. Su talento le había proporcionado elogios cálidos. A su alrededor, una atmósfera de simpatía parecía protegerla para resguardarla de la envidia y de la maledicencia de las demás mujeres.

Pero ahora, todo esto que hasta entonces le pareció indispensable se le antojó hueco y banal.

De pronto se estremeció. Alguien había empujado ligeramente la puerta, y una niñita sonrosada y rubia, humildemente vestida de harapos, le tendió la manita suplicante:

—¿Por dónde entraste, pequeña, y qué es lo que quieres?

La chiquilla se puso a sollozar. Luego con voz entrecortada le contó que su madre había muerto la víspera dejándola sola en el mundo.

—¿No tienes parientes, amigos, que se interesen por ti?

— Mi mamá y yo no somos de este país.

Lucrecia la contempló sintiendo un irresistible sentimiento de compasión y atrayendo sobre su pecho la rubia cabecita, comenzó a arrullarla con dulces palabras.

Un pensamiento acababa de nacer en ella. Adoptaría a esta huérfana. Era demasiado tarde para el amor; pero no para conquistar la ternura de aquel corazón infantil.

Y como aquel que se quita de encima un peso, Lucrecia renunció desde el fondo de su alma a sus tardíos sueños de felicidad y alzando a la pequeña la estrechó en sus brazos y le susurró en voz baja:

—¡No llores más. Yo seré tu mamá!...



## UN RAYO DE SOL

Luciano Esquivel empujó la verja del jardín y entró. Las hojas secas que el viento áspero de octubre arrastraba con fúnebre gemido habían formado una espesa alfombra que crujió levemente bajo sus pisadas, rompiendo el silencio sepulcral. El cielo estaba turbio y gris y una ligerísima llovizna comenzaba a caer. Luciano se subió el cuello de su grueso abrigo de paño y recorrió los senderos donde la yerba inculca y salvaje crecía invadiendo las baldosas libremente. En los arriates no había una sola flor. Las rosas encarnadas y blancas que él amara tanto en otro tiempo, se habían marchitado faltas de cultivo y de riego, mostrando sus troncos amarillentos y secos, hórreos de follaje. Al verlas, experimentó la sensación de su propia vida. Al igual que ellas, Luciano sentía en su corazón la tristeza de las ilusiones muertas y sabía que era muy difícil hacerlas nacer de nuevo.

Buscó en el fondo de su bolsa la llave que había conservado a través de sus andanzas por el mundo. Estaba enmohecida y a duras penas logró hacerla girar en la cerradura. Después de unos violentos esfuerzos, la puerta cedió. Los goznes chirriaron al ser movidos y una ráfaga de aire húmedo y caliente le azotó el rostro pálido y demacrado. Subió la gran escalera de roble que también crujió débilmente y llegó al *hall* donde se detuvo para tomar aliento. El polvo había dejado una espesa copa de blancura sobre el barandal y el tapiz de las paredes, roto a trechos, se desprendía hacia los rincones, mostrando debajo el muro cubierto de humedad. En el testero principal lo sorprendió el reflejo de su propia imagen, copiada en un ancho espejo Veneciano. Con un grito de asombro, se contempló a sí mismo. Ya no quedaba en él nada de aquel elegante y gallardo Luciano Esquivel, cuya esbelta silueta habían envidiado todos sus amigos de treinta años atrás. Sus cabellos, antaño sedosos y oscuros, habían encanecido por completo y en las comisuras de su boca dos pliegues anchos y profundos contaban el secreto de pasadas amargas y vigias. La ropa le caía con abandono sobre los hombros escuálidos y su piel antes rosada y tersa tenía una coloración cetrina y verdosa. Con un gesto instintivo, se pasó las manos sobre las mejillas flácidas y sintió que un sollozo le subía a la garganta...

Deslizándose a lo largo del *hall*, llegó hasta la alcoba de Inés. Nuevo chirriar de goznes y la puerta se abrió con alguna dificultad. Al principio la oscuridad reinante no le permitió orientarse para buscar las ventanas, pero una vez que sus ojos se acostumbraron a la penumbra, los objetos fueron apareciendo con toda precisión. Ahí estaba el lecho estilo Luis XV con colgadura de seda azul y encajes de Malina, las sábanas primorosamente bordadas, la colcha de Damasco de seda... todo se hallaba en un estado de abandono y desorden que recordaba la tragedia desarrollada seis lustros atrás, cuando al llegar a su casa intempestivamente sorprendiera a la adúltera esposa en brazos de su mejor amigo. Ciego de cólera, había disparado su revólver cinco veces sobre el cuerpo de la infiel. Su cómplice logró escapar amparado por la oscuridad de la noche y cuando los criados llegaron atraídos por el rumor de las detonaciones, encontraron a su señora desnuda sobre el lecho y ya muerta, mientras, arrodillado a sus pies, Luciano lloraba sin consuelo.

Aquel crimen, uno de los más sensacionales, dada la alta posición social de los protagonistas, llenó las páginas de los periódicos durante muchas semanas. El abogado defensor, uno de los más famosos del Foro mexicano, logró sacarlo absuelto. Había vengado su honor como los caballeros y el jurado compuesto de personas sensibles rindió su veredicto absolutorio. El palacete del Paseo de la Reforma, donde se desarrollaron los sucesos, fue cerrado. Luciano no quiso volver a él. Dueño de una vasta fortuna, prefirió embarcarse rumbo al extranjero donde permaneció por espacio de veintinueve años. Una carta urgente de su Administrador le hizo emprender el regreso. Su fortuna estaba reducida a la tercera parte. La Revolución había devastado tres de sus más ricas haciendas situadas en el estado de Michoacán. Un temblor de tierra destruyó varias casas que poseía en la calle de Mesones. El cambio de la moneda contribuyó a mermar su renta ya escasa y resolvió volver con el objeto de liquidar sus bienes. Después ya vería la determinación que tomaba.

Abrió de par en par las ventanas. La mortecina luz de una tarde de octubre bañó la estancia de amplias proporciones. Luciano paseó la mirada en derredor. El ropero de tres lunas le devolvió su imagen nuevamente. Sobre el tocador, los frascos de perfume, entre los cuales abundaba el “Corazón de Juanita”, favorito de Inés, veíanse con profusión, así como el agua de Melila, que ella consumía siempre en el baño... el pulverizado, los polvos de color de rosa tenue, con su borla de piel de cisne ostentando un gracioso lacito de listón azul...

Después, ya más dueño de sí, contempló el retrato de la culpable, pintado por el artista más celebre de entonces, que la había representado envuelta en la blancura de un abrigo de armiño, con cuello Médicis, que descubriría la pompa de sus seno desnudo, velado apenas por una levísima gasa. Los ojos de un verde profundo, de agua, tenían una expresión de ingenuidad adorable... y sin embargo, lo habían traicionado. ¡Sus cabellos espesos, de un tono de caoba, peinados en lo alto, lucían por entre la gracia de los bucles una camelia blanca!... ¡Qué hermosa era! Luciano se confesó que aquella mujer era capaz de trastornar al hombre más ecuánime con la seducción de su sonrisa. Recordaba la envidia de sus amigos cuando lo veían llevándola de su brazo orgulloso y feliz y más tarde, las malévolas sonrisas con que acogían su llegada en el Club, sabedores del engaño de que era víctima... la visión de todo aquello hizo que las mal cerradas heridas volvieran a abrirse. Sintió unos deseos locos de morir... después de todo, ya la vida no le reservaba sino desilusiones y amargas. Sus amigos de otro tiempo, unos habían muerto y otros andaban dispersos... su madre había fallecido casi a raíz de su viaje, agobiada por el pesar... su juventud estaba marchita. Ya no le quedaba ni la satisfacción de la riqueza porque casi era pobre. ¿A qué seguir por una senda donde sólo abrojos le aguardaban?

De pronto, la lluvia cesó y la tarde empezó a aclarar. El cielo fue limpiándose de nubes. Un rayo de sol entró alegremente por la ventana y se deslizó hasta su mano derecha que oprimía ya el cañón del revólver...

Y sintió de súbito una grata sensación de calor que fue invadiendo sus venas, llenándolo de un dulce bienestar. Afuera el viento había cesado. Las ramas de los árboles se movían suavemente, doradas por la luz. Y el instinto poderoso de conservación despertó violento en el alma de Luciano Esquivel...

—Después de todo —pensó— ¡caso el mañana me reserva alguna sorpresa agradable todavía!

Volvió a guardar su revólver en el fondo de la bolsa, cerró cuidadosamente las ventanas y descendió al jardín. En sus ojos apagados y tristes resplandecía ahora una chispa de esperanza.



## ABANDONADA

Era la obrera más fea del taller. Sus compañeras de trabajo la miraban con cierta lástima, mientras los hombres no se dignaban siquiera volver el rostro, cuando Germana pasaba junto a ellos. Conocían el eco de su paso reposado. Sabían demasiado su falta de atractivos físicos. Nadie se había detenido a mirarla ni nadie le había dirigido una palabra de ternura. Había visto llegar sus veintiocho años virgen de todo afecto.

Huérfana desde su infancia, había venido de su lejana provincia a luchar a París. La gran ciudad le atraía. En su pueblo se estaba muriendo de hambre. Encontró trabajo en una fabrica de hilados donde, desde el amanecer, manejaba las grandes máquinas cuyo funcionamiento conocía a la perfección. No tenía nadie que la esperase a la salida y se quedaba a comer en algún tenducho de los alrededores, donde por unas míseras monedas le servían un plato de sopa caliente y un guisado burdo, que bastaba a matarle el hambre.

Procuraba ahorrar de su sueldo, porque previsora como todas las francesas, se preparaba para la vejez con la debida anticipación. Germana sabía que el trabajo gasta, que al cabo de unos años sus fuerzas habrían disminuido y que ya no podría ganarse el mismo jornal. Trabajaba horas extraordinarias y era infatigable y silenciosa.

Los domingos, sus vecinas se iban de paseo colgadas del brazo de sus novios o de sus amantes. Germana escuchaba sus risas y oía los chicoleos de los mozos del barrio, que la miraban burlonamente cuando se asomaba tímida a su ventana. En dos macetas había sembrado un rosal y una mata de claveles rojos. Eran todo su cariño. Aquellas matas le daban en la primavera flores que ella vigilaba con un amor casi maternal. Tenía también un gato negro y retozón, que se restregaba voluptuoso contra su falda y erguía el lomo al verla llegar, para pedirle la pitanza acostumbrada.

Vivía en una casa de vecindad, sórdida y pobre, de un barrio apartado, donde el sol entraba pocas veces. Apenas si se divisaba desde el espacio cuadrado del patio, un pedazo de cielo gris y tristón que pocas veces se alegraba con la luz del sol. Gentes de todas cataduras habitaban las vivien-

das cercanas. Una rusa de pelo colorado y tez pecosa vivía enfrente. Más allá, un matrimonio de polacos emigrados. Algunas muchachas alegres, que por la noche salían muy peripuestas y durante el día dormían para reponer las energías gastadas. Un matrimonio burgués compuesto de varias hijas bonitas y jóvenes. Germana las miraba cuando vestidas con sus trajes planchados atravesaban el patio, alzando insensiblemente la mirada hacia su balcón donde casi siempre había una flor abierta.

Un día y otro día, su vida era siempre igual. Nada rompía aquella rutina. Ni un suceso que viniera a alegrar su existencia... Germana soñaba por las noches con ese amor que en el corazón de toda mujer vive y alienta, como una llama ardorosa. Envidiaba a ratos la belleza que las otras poseían y que ella no había tenido nunca. Se miraba al espejo con tristeza, comprobando que su talle era demasiado frágil, y su rostro demasiado insignificante y vulgar. Tal vez el único don que tenía que agradecerle a la Naturaleza, era la soberbia diadema de sus cabellos rubios, de un rubio brillante. Como lo sabía, se los peinaba con esmero, recreándose en aquella sedosa mata que como un manto la envolvía por entero. Pero nada más. El resto de su persona no tenía un solo detalle digno de ser tomado en consideración.

Un lunes a medio día, Germana salió de su trabajo para dirigirse al tenducho en busca de su almuerzo. Iba como de costumbre ensimismada y melancólica. Buscó su asiento y se disponía a pedir su ración de sopa caliente cuando advirtió frente a ella a un hombre cubierto de harapos, pero joven y no mal parecido. A pesar de su rostro demacrado, Germana se fijó que tenía unos ojos castaños llenos de mansedumbre y una piel blanca y fina.

Aquel hombre le tendió la mano implorando una dádiva. Ella sintió vergüenza de comer en su presencia y lo invitó a compartir su almuerzo. Aceptó el desconocido sin esperar a que le repitieran el ofrecimiento y en pocos segundos devoró lo que le sirvieron. Después dio cortésmente las gracias y se alejó en silencio.

La escena se repitió al día siguiente y llegó a hacerse diaria. Cuando Germana llegaba lo encontraba esperándola. Poco a poco, sus mejillas habían ido tomando color. Ya no tenía aquel aspecto demacrado y triste. En sus ojos castaños brillaba una luz nueva que Germana descubrió alborozada. El desconocido le había ido ganando insensiblemente el corazón. A retazos le había contado su vida. Era parisién y una larga enfermedad hizo que perdiera el empleo que tenía en una oficina de comercio. Estaba cesante, desde muchos meses atrás. No tenía familia tampoco...



Una noche, Germana lo invitó tímidamente a su cuarto. Acepto él. La perspectiva de un lecho tibio y de una taza de café caliente le seducía.

Los vecinos del barrio contemplaron con asombro a Germana cuando llegó acompañada de aquel hombre joven que, aunque mal vestido, tenía una figura atractiva, pero como la moral era cosa desconocida entre ellos, después de un simple comentario se abstuvieron de decir nada. Después de todo, era libre y a nadie debía de importarle lo que hiciera.

Pablo —así se llamaba— se quedó desde entonces en casa de Germana. Cuando ella se iba a la fábrica después de besarlo apasionadamente, él se quedaba muellemente tendido en el lecho que conservaba todavía la huella tibia del cuerpo de ella. Le dejaba preparado el desayuno y el pan para que pudiera tomarlo cuando quisiera. Después, se iba a recorrer la orilla del Sena y a buscar trabajo, según le decía. Le daba pena abusar de la generosa hospitalidad de aquella compañera que se había convertido en su amante, sin saber cómo. No la amaba. Sentía hacia ella una profunda gratitud, pero nada más. Germana era demasiado fea para satisfacerle, pero le había cobrado cariño y como no tenía además a dónde ir, aceptaba aquella situación, sin detenerse a pensar en sus futuros resultados.

Transcurrieron seis meses, Germana observó que Pablo se hallaba fuerte. Bien podía trabajar y ayudarle, pero no se atrevía a decírselo. Lo amaba demasiado y no quería perderlo. Pensaba que si se iba de su lado, otra mujer podía conquistarlo. Era el único hombre que le había dicho palabras de ternura, el único que la había besado, y le había hecho conocer el amor. Se sentía atada a él... para toda la vida. Si Pablo la hubiera golpeado, hubiera aceptado sus golpes como el perro sumiso y fiel...

Sus compañeras de trabajo se dieron cuenta de que Germana no era la misma. Trabajaba con más gusto y poco a poco fue engrosando. Su vientre se redondeó y los síntomas de la gravidez fueron haciéndose visibles poco a poco. Ella no se había atrevido a contárselo a Pablo, impedida por un extraña timidez. En el fondo, se sentía invadida de una suave felicidad. Iba a tener un hijo de él, una prolongación de aquel amor, que los uniría seguramente en un lazo más estrecho. Tal vez Pablo se casaría con ella. Viéndola imposibilitada, la ayudaría. Era joven y había recobrado las fuerzas, gracias a sus cuidados... en el pequeño cuarto había colgado una fotografía de Pablo que él le había regalado con una amorosa dedicatoria. En un rincón, había un viejo baúl donde él guardaba su ropa. Dentro, conservaba algunas cartas de unos tíos lejanos y una cartera de cuero, que

ella nunca había abierto. Tenía una confianza absoluta en Pablo. Llevaba más de un año a su lado y nunca le había dado motivo de queja...

Cuando él se enteró de la noticia no pareció muy satisfecho, pero ocultó su disgusto para no herir los sentimientos maternos de su compañera. Midió en toda su extensión aquel acontecimiento que venía a complicarle la vida. Germana, una vez que fuera madre, no podía continuar en la fábrica. El tendría que sostenerla. Además, un hijo no era cosa que a él le interesara. Su egoísmo cuidadosamente velado fue despertándose en lo profundo de su ser, pero se abstuvo de mostrarlo y continuó fingiendo una tierna solicitud a Germana, que loca de alegría, creyó llegado el fin de sus amargas penalidades...

\*

\* \*

Un día, se sintió enferma y no pudo ir al taller. Pablo comprendió que había que llevarla al hospital y se hizo cargo de conducirla. Pidió una cama y la dejó internada, prometiéndole volver al día siguiente. Le habían ofrecido un empleo y no quería dejar pasar la ocasión...

Pero no volvió. Ella lo esperó inútilmente, durante una semana. Su hijo nació un sábado a medio día. Los agudos dolores que martirizaban sus entrañas eran menos crueles que el dolor que sentía en su alma ante la inexplicable ausencia de Pablo. No encontraba disculpa a su conducta... ¿Le habría sucedido algo? ¿Acaso una riña callejera? ¿Una desgracia?... con el corazón oprimido de angustia, esperó a que el médico le diera de alta. El niño era el vivo retrato de su padre. Tenía como él los ojos oscuros y la piel blanca y fina. Germana lo acarició dulcemente contra su pecho, recordando al hombre que le había hecho conocer la felicidad... No experimentaba desconfianza alguna. Hizo proyectos para cuando saliera del hospital. Seguramente él volvería. Tal vez había sentido vergüenza de que lo vieran... su corazón de mujer lo perdonaba de antemano. Se sentía tan insignificante ante él, ¡que era tan joven y tan guapo! pero la quería... aquel hijo era la prueba de su amor... entre los dos lo educarían. En un futuro más o menos cercano sería su sostén y su ayuda... y Germana se adormecía feliz con la engañosa esperanza de que Pablo estaría aguardándola en el pequeño cuarto, preparándole el lecho, entibiándole la leche...

Diez días después, salió del hospital. Llevaba envuelta en su mantón al pequeño que dormía confiado en los brazos maternos. Los vecinos la vieron llegar con aquel hijo y se miraron sin decir nada. Habían visto

a Pablo sacar todos los objetos de su pertenencia, al día siguiente de que Germana se había ido al hospital. Como no hablaba con nadie, ninguno supo dónde se dirigía ni los proyectos que albergaba en su imaginación.

Cuando Germana abrió la puerta, le sorprendió el abandono total que reinaba en la pobre habitación. El lecho estaba sin hacer, la vajilla, sucia, el polvo había formado una copa sobre los humildes muebles. Sus ojos angustiados se dirigieron instintivamente hacia la cabecera de la cama: el retrato de Pablo había desaparecido, lo mismo que su baúl... No quedaba rastro alguno de su presencia. Con un sentido práctico y egoísta había procurado borrar todas las huellas para que no quedara nada suyo en aquel mísero cuarto... inútilmente registró, ella, los rincones con la vaga esperanza de encontrar unas líneas donde él le explicara su ausencia... se negaba a aceptar aquella felonía, aquella ingratitud, después de que era a ella a la que le debía la vida. Sin su ayuda, sin sus cuidados amorosos, seguramente hubiera perecido de hambre y de abandono... El niño rompió a llorar como si comprendiera su desgracia. Por la vidriera empañada, un débil rayo de luz entró a posarse en el atribulado rostro de la madre abandonada. Ahora comprendía que Pablo no regresaría nunca... había esquivado prudente toda responsabilidad. No quería compromiso. Mientras su vida se deslizó fácil había permanecido a su lado. No quería trabajar para el niño cuya llegada no había previsto en su inconsciencia... soportar sus gritos, sostenerla a ella, no entraba en sus propósitos... y había borrado todas las señales que pudieran delatarle. Germana no le había preguntado nunca su apellido. Él le dijo que se llamaba Pablo, pero nunca le había ocurrido comprobarlo... tal vez aquel nombre era falso también, como falso había sido aquel amor que le mintiera...

Y la sacudió un sollozo hondo, que le brotó del pecho, un sollozo que estremeció su cuerpo deformado, sus hombros débiles, su boca pálida y sin gracia... seguramente en el taller otra ocupaba ya su lugar... todo cuanto había ahorrado se le había ido en procurarle a Pablo ropa y alimentos. No tenía nada. Ante ella, el porvenir era como la boca negra de un precipicio... ¿A dónde ir? ¿Qué hacer?... ¿Cómo iba a mantener a aquel hijo, engendrado en un instante de amor y de inconsciencia?...

La noche cayó sobre ella con su manto de silencio. Afuera, se oían las risas de sus vecinas que llegaban del brazo de sus novios o de sus amantes, la vida, como una carcajada de burla, desbordaba su alegría jocunda. Mientras ella lloraba su abandono, los otros gozaban su amor tranquilamente. Y Germana sintió que su noche era más densa que las tinieblas que la envolvían.



## EL DOMADOR

Era de complexión robusta y vigorosa y poseía unos ojos del color de la miel que se entornaban a ratos bajo la sombra espesa de las pestañas, como si le pesaran los párpados. Bajo el traje de casimir oscuro se adivinaba su cuerpo ágil y musculoso de proporciones perfectas.

Estudiaba medicina cuando le conocí. Fue un amigo quien nos presentó en una reunión familiar. Aquel muchacho me agradó, desde luego, por no sé que extraña fascinación que se desprendía de toda su persona. Tenía cultura suficiente y sabía hablar de arte y literatura con un conocimiento exacto de los valores.

Había nacido en Puerto Rico, hijo de padres ricos y su educación había sido bastante esmerada. Un día sintió el acicate de la aventura. En la hacienda de su padre, se había ejercitado ampliamente en el conocimiento de los caballos. Montaba a los más salvajes y los llevaba fácilmente de las riendas. A veces los montaba en pelo y cuando se desbocaban, cosa que ocurría con frecuencia, él los agarraba fuertemente de las crines hasta que el bruto se doblegaba bajo la fuerza de sus puños poderosos.

Se hizo domador. Al estallar la guerra europea, se marchó a los Estados Unidos y entró en el ejército para domar a los caballos salvajes. Los soldados le veían diariamente galopar a lo largo de los caminos, con la negra melena despeinada y la frente sudorosa y ardiente. Era generalmente querido de sus compañeros porque era espléndido y sabía gastar el dinero que ganaba en su profesión. Una tarde de agosto le llevaron un caballo para que lo domara. Saltó sobre él y le hundió las espuelas en los ijares. La bestia se lanzó a carrera tendida y a los pocos instantes lo lanzó a tierra a pesar de los desesperados esfuerzos del domador. Quedó en tierra tendido largo rato hasta que un soldado dio aviso y le recogieron, con la frente rota y el brazo derecho dislocado. El hueso se había salido del hombro. Lo curaron rápidamente, pero aquella dislocación lo dejó inútil para seguir ejerciendo su peligroso oficio y lo licenciaron con una pensión para el resto de su vida. Le dieron también un certificado donde contaban sus años de trabajo. Se encontró de nuevo en una ciudad. Hasta entonces había vivido

en pleno bosque, en contacto con la Naturaleza. La ciudad lo desorientó un poco. Sus ojos miraban con tristeza las cosas y el optimismo que cinco años atrás le rebosaba en el corazón se había apagado como una llamarada.

Volvió a su patria. Puerto Rico acababa de ser azotada por un furioso ciclón y la población estaba en ruinas. Su padre había muerto al ver devastadas sus fincas y destruida su riqueza. Muchas de las casas que poseía se habían derrumbado bajo la fuerza del huracán.

Lo recibió su hermana Lucha, llorando amargamente. Con la voz entrecortada por los sollozos, él reclinó la frente sobre los hombros tibios que lo amparaban maternales como a un niño desvalido y triste. Lucha había sido para él una hermana excepcional. A veces se preguntaba si no existía algo más que una ternura fraternal en este cariño que le invadía toda el alma como un perfume turbulento y bello.

Recordaba que, cuando vivía en Puerto Rico, su hermana Lucha hacía de él su compañero favorito para que la acompañara a los bailes y a las fiestas. Su madre no podía llevarla debido a sus achaques, pero la dejaba ir con Emilio y él sentía una especie de orgullo al darle el brazo a aquella morena escultural y arrogante que arrastraba detrás de sí las miradas codiciosas de los hombres. Lucha se sabía bonita y era coqueta, cosa que ponía de mal humor a su hermano. No le gustaba que ella fijase la mirada en los hombres. Le permitía flirtear siempre que ello no extrañase un peligro para la libertad de su corazón. Lucha se reía cuando su hermano estallaba en frases violentas y se empeñaba en que salieran del salón inventando un pretexto cualquiera. Pero la dulce voz de Lucha acabada por desarmarlo y la obedecía fielmente conformándose con bailar con la primera muchacha que se presentara a servirle de compañera, hasta que su hermana le manifestaba su deseo de retirarse. Luego, en el interior del automóvil, el tibio perfume que se escapaba de su carne satinada le encendía los sentidos y experimentaba un deseo loco de besar aquella boca tentadora y fresca. La razón acababa por imponerse y recobraba el dominio de sus nervios rápidamente, procurando dar a su rostro una absoluta impasibilidad. Lucha no sospechaba estas torturas de Emilio. ¿Cómo iba a creer que su hermano abrigara hacia ella sentimientos pecaminosos?

Cuando él se marchó a los Estados Unidos, ella lo extrañó mucho al principio. Vinieron luego las tribulaciones familiares, la muerte de los seres queridos y la ruina total. La pretendió un muchacho de la localidad, rico y de buena presencia. Viéndose desamparada y pobre, lo aceptó y la boda se celebró al cabo de unas semanas, en la parroquia, sin ostentación y sin bulla porque la novia estaba de luto. Emilio supo del matrimonio de Lucha media hora después, cuando al entrar en su casa vio al esposo que salía a darle la bienvenida desde una de las habitaciones interiores. Sintió que algo se le rompía dentro, pero calló su angustia y procuró sonreír.

Después de la cena familiar debajo de la gran lámpara del comedor, contó sus aventuras y la luxación que le impedía dedicarse a su antigua profesión. Su cuñado le ofreció trabajo en su oficina. Tenía vastos terrenos y se dedicaba al negocio de compra-venta de terrenos en las afueras de la ciudad, donde había construido ya dos colonias hermosísimas, pero Emilio no quiso aceptar la oferta. En su cerebro comenzaba a madurar el proyecto de ausentarse de nuevo. Iría a Cuba, país donde la temperatura es cálida como en su país y los habitantes optimistas y risueños. Quería estudiar, abrirse camino en la vida y no depender de nadie. Y una semana más tarde, a pesar de las súplicas de su hermana, tomó el vapor y se embarcó rumbo a La Habana. Tenía su pensión que le permitía vivir modestamente en una casa de huéspedes. Con esta cantidad buscó alojamiento en una casa de la Calzada de Infante. Se inscribió en la Universidad y comenzó a estudiar la carrera de medicina. Como era inteligente, hizo grandes adelantos. Al terminar el tercero año sus conocimientos eran bastantes y muchos vecinos del barrio le consultaban acerca de sus enfermedades. Tenía aciertos definitivos. Poco a poco, se fue haciendo de clientela. Le querían porque sabía ser delicado y compresivo con todos. No exigía nunca honorarios exagerados y se conformaba con lo que podían darle los pobres. En la Universidad logró intimar con un muchacho de buena familia que lo presentó en su casa donde fuè cordialmente acogido. La hermana menor se enamoró de él y se lo dio a entender con miradas y sonrisas. Emilio acabó por apercibirse. Como se sabía pobre no se atrevía a decirle nada, pero una tarde la muchacha lo fue a visitar a su habitación y allí, entre caricias y besos, le dejó vislumbrar la facilidad de una boda. Su familia no se opondría. Emilio era trabajador y estudioso. Podían casarse y él seguiría su carrera hasta terminarla.

Emilio aceptó. La boda se celebró con rumbo inusitado, pues la posición social de sus suegros lo permitía. Pero a las pocas semanas, se convenció de su equivocación. Su espíritu, refractario a la rutina, desdeñaba la calma del hogar. No le agradaba llegar a hora fija a su casa. Prefería vagar por callejuelas y plazas, sin rumbo fijo, bajo la caricia de la luna tropical que parecía de plata... Era rebelde por naturaleza y se resistía a que se le hicieran observaciones y reproches. La esposa, cansada de emplear toda clase de artimañas para convencerlo, acabó por dejarlo en paz. Se entabló entre ellos una especie de separación íntima. Apenas se dirigían la palabra. Seis meses después, él, francamente aburrido, le propuso el divorcio que ella aceptó como una medida salvadora para ambos.

Emilio volvió a la casa de huéspedes. Su carrera proseguía sin dificultades. Le faltaba poco para terminar sus estudios. Acaso, en el fondo de su alma, el recuerdo de la pasión que sintiera por su hermana Lucha era la culpable de todas sus inquietudes. Ninguna mujer lo satisfacía plenamente. Era frío y desdeñoso para la mayoría de las muchachas que se dejaban enredar en las redes de su mirada lánguida y de su sonrisa de vencedor. En las playas, cuando su arrogante silueta se destacaba sobre la arena, las mujeres fingían volver las miradas distraídas, pero en realidad lo miraban de reojo para no despertar los celos de sus maridos. Aquella piel dorada, aquellos músculos ágiles, aquella presencia despertaban los deseos de todas las concurrentes a los balnearios.

Cuando veía un caballo se ponía triste. Evocaba inmediatamente su antigua profesión, cuando montaba sobre las bestias lograba domarlas hasta tornarlas flexibles y suaves... pero su brazo, que aunque curado en apariencia, se mantenía débil para todo esfuerzo violento, lo volvía a la realidad.

Me contó su historia una tarde en que los tintes del crepúsculo ejercían sobre él su melancólica tristeza. Me habló de su eterna inquietud y de su rebeldía. Luego, con un poco de temor, sacó de su cartera un retrato diminuto de Lucha y me lo enseñó. Era una mujer de labios carnosos y rojos, de mirada profunda y sonrisa voluptuosa. Se lo devolví en silencio sin atreverme a hacer comentario alguno para no abrir de nuevo la herida de su corazón, que yo sabía no cicatrizada por entero. Él agradeció mi discreta actitud y suspiró.

Cuando obtuvo su título de médico, fui yo la primera en saberlo. Me invitó a que cenáramos juntos para celebrar el fausto acontecimiento y nos dirigimos a un restorán modesto, donde las horas se deslizaron agradablemente mientras una orquesta de cuerdas ejecutaba melodías cubanas y sonos extranjeros.

Recuerdo que, al despedirnos, lo felicité efusivamente por su triunfo. Le recomendé tranquilidad y calma y vi sus grandes ojos dorados estremecerse ligeramente bajo los párpados pegados.

Los periódicos de la mañana siguiente dieron una extraña noticia. Emilio Calderón se había suicidado en su habitación. No había dejado ninguna carta como es usual en estos casos. Cuando le registraron la ropa, sólo encontraron un retrato diminuto de mujer que muchos atribuyeron a alguna amante esquiva. Sólo yo sabía la tristeza infinita de aquel corazón que supo domar a las bestias y que, sin embargo, no logró domar sus propios sentimientos...



## SHANGAI

Era noche de Navidad y los escaparates de las tiendas ostentaban, lujosamente presentados, mil objetos propios para regalar en esa fecha, según es costumbre en todo el mundo, desde el lindo bibelot, el frasco de esencia raro, la joya valiosa que, sobre el rojo terciopelo de su estuche, era una tentación irresistible...

Hacia frío, pero la noche estaba despejada y serena. En el firmamento brillaban las estrellas luminosas y claras. En las calles, un público numeroso se aglomeraba frente a las tiendas y cruzaba con las manos llenas de paquetes. Los grandes restaurantes se aprestaban para la clásica cena haciendo los preparativos necesarios. No pocos mendigos contemplaban detrás de la vidriera los apetitosos pavos y las golosinas y, a través de algunas ventanas abiertas, oíase el ruido y la algazara de los moradores que festejaban el nacimiento del Hijo de Dios.

Yo iba también camino de mi casa; había adquirido todo lo necesario para preparar mi cena y me disponía a llamar a un auto que me condujera cuando, al cruzar frente al café “Ritz”, divisé sentado cerca de la puerta a mi amigo Jaime de Fresneda, marquesito de Córdoba, al que había perdido de vista desde muchos años atrás. Estaba absorto contemplando su copa en la que un licor levemente sonrosado mostraba una ligera capa de espuma. La curiosidad me hizo cambiar de idea.

En vez de irme a mi casa, entraría un momento a charlar con él, pues ambos habíamos sido discípulos y nos habíamos profesado siempre una tierna y sincera amistad.

Entré y le puse la mano sobre los hombros. Pareció no advertirlo. Entonces, pronuncié claramente su nombre:

—¡JAIME!...

Como si volviera de un sueño, alzó las pupilas veladas hacia mí y sonrió con tristeza, indicándome el asiento que estaba vacío, a su lado.

—Siéntate y pide lo que quieras —me dijo—.

—Gracias. Te he visto al pasar, y como hace más de cinco años que no nos encontrábamos, he querido saludarte. ¿Qué has hecho durante este tiempo, dónde te metiste hasta hoy?

El rostro varonil de mi amigo se ensombreció. Vi que su boca se contraía en un rictus doloroso y respondió en voz baja:

—Sería largo de contar todo. ¿Dispones de tiempo suficiente para escucharme?

—Sí —contesté— puedo quedarme toda la noche, si lo deseas.

Y Jaime Fresneda habló así:

Hace cinco años que, como recordarás, me fui con mis padres a Nueva York. Quería estudiar la carrera de medicina y practicar en los grandes hospitales de la Babel de Hierro. Acababa de cumplir la mayoría de edad y me sentía lleno de ambiciones y de sueños. Nos instalamos a nuestra llegada en uno de los mejores hoteles y, desde luego, me inscribí en una de las universidades para comenzar mis estudios. Era lo bastante rico para satisfacer todos mis caprichos y la vida se me aparecía envuelta en celajes de color de rosa. Un golpe de buena suerte hizo que mi padre ganara, en una jugada de bolsa, medio millón de dólares, fue algo inesperado que colmó nuestra dicha, aunque no lo necesitábamos. Acostumbrado a gastar sin tasa ni medida, me entregué de lleno al placer. Asistía a los cabarets y centros nocturnos de diversión, y comencé a dejar de asistir a la Universidad. Mis padres me reconvenían frecuentemente, haciéndome ver mi equivocación, pero yo les prometía a diario corregirme y no lo cumplía. Llegaba, la mayoría de las veces, de madrugada al hotel, completamente borracho.

Tenía, por desgracia, un número de amigos que eran los que me arrastraban por el camino del vicio. Una noche, hacia las cuatro de la mañana, me fui a un cabaret situado en la calle 42. La noche estaba como hoy, fría y despejada, y uno de mis amigos se empeñó en llevarme con él a los muelles, me aseguró que era un magnífico espectáculo el que ofrecían a esa hora...

—Creo que es el lugar menos apropiado para ir con este traje de etiqueta— le respondí.

Pero su insistencia en que valía la pena contemplarlo y el ver el mar bajo el resplandor de las últimas estrellas, acabaron por convencerme. Me puse el abrigo y la bufanda y nos fuimos en la dirección que él me indicó. Los muelles estaban sumidos en la oscuridad y el silencio. No hacía aún dos minutos que habíamos llegado, y tratábamos de orientarnos, cuando media docena de marineros hercúleos nos abordaron, lanzándose sobre nosotros. Sentí en la cabeza un golpe brutal y perdí el conocimiento cayendo en medio de la sucia callejuela. Cuando volví en mí, miré a mi

alrededor desconociendo el lugar en que me hallaba. Era una sórdida y oscura bodega y a la luz vacilante de una lámpara me encontré vestido todavía con el traje de etiqueta. En el ojal del frac un clavel rojo se había quedado prendido. Tenía la camisa arrugada y alguien me la había desabrochado. Al registrar mis bolsillos, me apercibí que había sido robado. La cartera llena de billetes de banco había desaparecido del pantalón. Sin embargo, palpé con alegría un billete de cincuenta dólares que, por estar guardado en el bolsillo del chaleco, había escapado a la rapiña de mis secuestradores, que no se dieron cuenta. Me dolía todo el cuerpo, y sentía la cabeza pesada y la boca amarga. Durante diez minutos traté en vano de recordar, hasta que al fin pude reconstruir en mi memoria la escena del muelle...

Traté de salir, pero no pude. Las puertas estaban fuertemente cerradas y, de pronto, advertí que el piso se movía comprobando que me encontraba a bordo de un buque. Experimenté un pánico horrible y quise gritar, pero me contuve y preferí esperar la llegada del nuevo día. Cuando aclaró, un marinero rudo y fuerte entró y me tomó del brazo sacándome a cubierta. Supe entonces que había sido víctima del “Shangai”, que debe su origen al puerto de este nombre, que fue donde empezó a ser practicado por los capitanes de los barcos que se dedican al contrabando para reunir así una tripulación suficiente y al mismo tiempo segura, ya que de otro modo pueden ser descubiertos. El “Shangai” tiene algo de la antigua “leva” que se practicaba para reunir hombres y destinarlos al ejército, y los que caían bajo el terrible golpe eran utilizados como simples marineros sometidos a los más rudos tratos y obligándolos a desempeñar los más bajos menesteres. Se me dio un traje de tela burda y se me ordenó hacer la limpieza del buque. Nunca había tomado en mis manos una cubeta de agua, y tuve que sufrir empujones e injurias por mi ineptitud. Callé no obstante, comprendiendo que rebelarme sólo serviría para traerme peores consecuencias y resolví armarme de paciencia y esperar...

Aquel barco, como había sospechado, llevaba un gran contrabando de alcohol, opio y tabaco y supe después que navegaba rumbo a las islas de Tahití. Una tarde divisamos la tierra cercana y el capitán dio a la marinería las instrucciones necesarias para evadir la acción de la justicia. Buscamos un sitio apropiado y atracamos. Se nos dio orden de bajar a tierra y llevar agua, de la que estábamos escasos. Recuerdo que era la hora del atardecer, y los tintes del crepúsculo fingían llamaradas rojas en la lejanía. Soplabla una brisa deliciosamente fresca y vivificante. Atendiendo la orden que se me

dio, me dispuse a cumplirla. Tomé por un camino bordeado de palmeras y árboles coposos. Este camino desembocaba en una especie de puente rústico de bambú. De pie en este puente, lánguidamente apoyada en él, divisé a una mujer cuya maravillosa hermosura me dejó estático. No podría describírtela exactamente cómo era, porque a semejanza del sol, deslumbraba la mirada, pero sí puedo asegurarte que cautivó mi corazón desde ese instante. Tenía la piel morena y las pupilas verdes y extrañas brillaban como dos estrellas en el cielo de su cara. Sus labios, admirablemente dibujados, eran sensuales y frescos como una fruta madura. Tenía los cabellos, de un suave color castaño, sueltos sobre la espalda desnuda...

—¿Cómo te llamas? le interrogué.

Ella entornó las radiosas pupilas y sonriendo tímidamente suspiró con una voz que a mí me pareció acariciadora como el susurro de la brisa:

—Soy Isse.

¡Isse! Aquel nombre me sonó a música encantada. Tal vez ella se dio cuenta de lo que pasaba por mí y su vanidad de mujer se sintió halagada, porque la vi descender del puente y llegar tendiéndome las manos, tibias y suaves. Así, de cerca, me pareció mucho más hermosa todavía y quedé locamente prendado de ella. Sin embargo, recordé la comisión que se me había confiado, y le rogué esperarme dos horas más tarde, lo cual ofreció dócilmente. Lleno de una emoción que no cabía dentro de mi alma adquirí el agua suficiente, que manaba de una fuente cercana y cristalina, y la conduje al buque, solicitando permiso para quedarme en tierra tres horas más. Se me dijo que el buque tardaría dos semanas más en aquel lugar, lo cual colmó mi alegría. Corrí con toda la velocidad de que era capaz al puente de bambú donde ya Isse me estaba esperando llena de impaciencia. Me contó que era la hija de un jefe y pertenecía a una tribu venida de una isla muy lejana. Era romántica, y poco trabajo me costó adueñarme de su albedrío. Nos citamos para el día siguiente en el mismo sitio y a la misma hora y regresé al buque forjando mil fantásticos proyectos.

Aquel idilio se prolongó las dos semanas que tardamos anclados. La víspera de hacernos a la mar le confié al capitán mi secreto rogándole que me permitiera llevarme conmigo a Isse...

—Te prometo quedarme contigo siempre y trabajar mucho, sirviéndote fielmente si me complaces.

Pero él fue implacable. Aquel buque no tenía comodidades y además la disciplina no lo permitía. Jamás una mujer había sido admitida entre ellos, porque lo consideraban de mal agüero. Loco de dolor, corrí al lado

de mi adorada Isse, y le conté mi pena. Ella se retorció los brazos con desesperación y me juró que jamás me olvidaría y esperaría el tiempo que fuera necesario para ir en su busca. Puedes imaginarte la emoción terrible que me sacudía cuando nos separamos y le prometí que, tan luego llegara a puertos americanos me escaparía y volvería a ser libre para ir en su busca y llevármela a mi lado para el resto de mi vida.

Me parece aún verla de pie en el puente de bambú agitando su pañuelo blanco en señal de despedida, como una gaviota inquieta...

La vi hasta que perdimos de vista el paisaje y la línea del horizonte se fue esfumando hasta desvanecerse...

Los días se sacudieron monótonos y yo los viví como un autómata. Ejecutaba las órdenes que se me daban sin despegar los labios. Una invencible tristeza se había apoderado de mí y cuando el buque atracó en el muelle de Nueva York, obtuve permiso para comunicarme por teléfono con mi familia. Le dije a mi padre que tenía una deuda que saldar y me hizo entrega de la cantidad que el capitán pedía por mi rescate ofreciendo que guardaría silencio. Fue así como regresé al lado de mi madre que, vestida de luto, me daba por muerto y fue grande su alegría al recobrarne.

Pero yo no fui ya el mismo. Mi alegría había desaparecido. Nada me interesaba y mis amigos no lograban ya llevarme a los centros de diversión. Dejé de beber y permanecía las horas enteras sumido en mis pensamientos. Veía continuamente ante mis ojos el verde paisaje y el puente de bambú donde por vez primera encontré a Isse, la dueña de mi corazón, acabando por confesarle a mi padre aquella aventura y rogándole me permitiera ir en su busca; mi padre me escuchó atento y ofreció que me complacería, pero me suplicó que antes le acompañara a México, donde sus negocios andaban mal y reclamaban su presencia urgentemente. La revolución había estallado en el norte de la República, y sus haciendas estaban situadas en la zona tomada por los revolucionarios. Sin renunciar a mi proyecto le acompañé. Llegamos a Veracruz e inmediatamente tomamos el tren que nos condujo a la capital. Los informes eran ciertos. Mi padre resolvió trasladarse solo a sus posesiones y me dejó instalado en nuestra vieja casa de la calle de Cordobanes. Mi tristeza persistía cada vez más profunda a medida que transcurrían los días.

Una semana más tarde llegó mi madre y nuestra casa fue abierta para ofrecer en ella recepciones y fiestas. En una de éstas conocí a Lupe, la que es ahora mi esposa.

Era una muchacha bonita y distinguida, además muy inteligente y muy comprensiva. Simpatizamos desde el primer momento y yo le confíé mi historia. Insensiblemente me acostumbré a su compañía. La buscaba en todas las fiestas, y al verme en sus oscuros ojos brillaba una luz de alegría. La imagen de Isse no se había borrado de mi alma, pero dejó de constituir para mí un tormento. Una noche, tomé entre mis manos las manos de Lupe y ella las abandonó sin resistencia. Otra noche, a la luz de la luna me atreví a besarlas y, para no contarte todo el proceso, acabé por pedir su mano y nos casamos.

Mi padre logró vender sus haciendas a un rico americano que poseía propiedades cerca y resolvimos quedarnos en México. Los primeros días de matrimonio fueron relativamente dichosos. Lupe era una esposa ideal. Cuando el recuerdo de Isse asaltaba mi memoria, ella lo comprendía y evitaba hablarme o causarme alguna pena. Conocía mi secreto y sabía que sólo el tiempo podía curarme de mi melancolía. Jamás me interrogaba. Se limitaba a mostrarse conmigo más dulce y cariñosa que nunca. Estoy seguro de que si Dios nos hubiera dado un hijo, tal vez hubiera podido olvidar a Isse, pero nuestros mutuos deseos no fueron complacidos.

Yo había concebido el loco deseo de un hijo y, para olvidar un poco mis preocupaciones, resolví hacer un viaje de recorrido por todo el mundo en uno de aquellos enormes trasatlánticos que partían de San Francisco. Manifesté a mi familia mi resolución. Estaba enfermo y necesitaba viajar y cambiar de aires.

Lupe no me replicó nada según su costumbre, limitándose a prepararme el equipaje con todo cuidado y esmero y preocupándose de los más ligeros detalles.

Ella misma me acompañó a la estación donde tomé el tren que debía llevarme hasta la frontera para continuar la ruta...

El vapor "Reina del Pacífico" atracaría en San Francisco una semana más tarde y yo había mandado separar por cable mi pasaje.

Jaime Fresneda calló un momento. Apuró su copa de licor y reanudó el relato interrumpido:

Me embarqué, pues, y me dispuse a pasar una temporada de descanso. Mis nervios estaban todavía rotos. Pregunté el itinerario del barco y supe que pasaría por las islas de Tahití donde iba a dejar un valioso cargamento de maderas preciosas. A partir de aquel instante no tuve sosiego ni paz, el rostro de Isse se me representaba continuamente y cuando divisé de

lejos el paisaje verde y familiar sentí el loco deseo de bajar a tierra, lo cual hice en una lancha que me fue proporcionada por el capitán. Temblando de emoción llegué al puente de bambú. No había nadie. Un silencio profundo reinaba en torno y sólo la brisa al pasar estremecía blandamente la copa de los árboles...

Me detuve indeciso, cuando de pronto, apareció ante mis ojos la erguida silueta de un hombre de largas barbas plateadas que llevaba de la mano a un lindo pequeño. Aquella criatura era morena y tenía los ojos del color de la miel. Sus cabellos castaños se rizaban cayendo sobre los hombros. Una simpatía inexplicable me atrajo hacia él y le tendí los brazos con un impulso incontenible. El anciano, extrañado de mi actitud, me interrogó entonces:

—¿Quién eres y qué buscas por estos parajes?

No supe que responderle, pero él pareció fijarse en mis facciones detenidamente y después de un momento de meditación exclamó:

—Te he reconocido, aunque tú no sabes cuál es mi nombre. Soy el padre de Isse, a la que juraste desposar un día...

—¡ISSE! Repetí como en un sueño... ¿Dónde está Isse? ¡Llévame a su presencia!

Inclinó la frente dolorido y contestó con apagada voz:

—Isse no existe ya. Después de tu marcha aguardó inútilmente...

Creyó en tu palabra y nueve meses después vino al mundo este niño.

Mi hija era algo sagrado para mi tribu. La guardábamos como una diosa...

Tú mancillaste su pureza, y este hijo es ahora nuestro Tabú. Nadie sería capaz de posar sus manos sobre su tierna cabeza sin llevar el castigo consiguiente. Mis compañeros lo adoran como algo inviolable y sagrado.

El niño se me había acercado y fijándome en su rostro descubrí que tenía los ojos exactos a los míos. La boca y el color, en cambio, eran de Isse, así como los cabellos. Como ella, era esbelto y fino y sabía sonreír con la misma gracia. Con el corazón rebosante de gozo pretendí abrazarlo, pero el anciano me lo impidió:

—¡Es un TABÚ, recuérdalo!

Un presentimiento me asaltó entonces. Recordé que para los hombres de ciertas tribus la maldición es el castigo que imponen a los extranjeros que se atreven a provocar su ira. Pero al mismo tiempo, mi amor de padre se despertó impetuoso y violento. Comprendiendo que era mejor mostrarme indiferente volví la espalda, pero concebí el proyecto de

robarlo. Cuando llegué al barco le confié al capitán mi proyecto. Oyome atentamente y prometió ayudarme. El barco había retrasado su salida para el día siguiente. Iba rumbo al Japón y yo resolví cambiar de ruta. Una vez que tuviera en mi poder a mi hijo continuaría rumbo al primer puerto donde pudiera hallar un vapor que me llevara a México.

Escribí a mi esposa relatándole todo y pidiéndole su autorización para llevarme al niño.

Mediante una respetable suma de dinero, seis hombres se prestaron a complacer mis deseos. Esa noche me quedé en cubierta sin atreverme a bajar a tierra. Hacia las dos de la madrugada una lancha atracó al vapor “Reina del Pacífico” y me fue entregada la preciosa carga que estreché en mis brazos delirante y convulso... pagué la cantidad que me pidieron y tan pronto llegamos al primer puerto, desembarqué para tomar un vapor que me condujera a mi patria. Mi hijo se llamaba Yali. Le produgué toda suerte de caricias hasta lograr que perdiera el miedo y le ofrecí llevarlo a una ciudad muy grande donde tendría muchos juguetes... parecía no comprenderme, pero era dócil y obediente y mientras más lo contemplaba encontraba que el parecido era más notable.

Nos embarcamos en el “Princeton”, barco inglés que zarpaba a Veracruz. Pensé al llegar a puerto mexicano, poner un telegrama a mi esposa avisándole mi regreso. La fecha debía ser más o menos a mediados de diciembre. Dependía del tiempo reinante. La navegación se deslizó sin novedad alguna. El tiempo había sido espléndido y el mar parecía un balsa de aceite. La víspera de nuestra llegada sentí un temor inexplicable. Algo como un terrible presentimiento.

Dormí con Yali entre mis brazos, sin atreverme a dejarlo solo en la litera baja. Hacia la media noche escuché un ruido imperceptible y me incorporé. Encendí la luz y advertí, lleno de angustia, que mi hijo no estaba conmigo. Di gritos desesperados levantando a toda la tripulación. Mandé registrar el buque, pero todo fue en vano...

Nadie había advertido nada anormal. Los pasajeros, interrogados uno por uno, confesaron que no sabían nada. Pensé regresar a Tahití, pues mi primer pensamiento fue que el abuelo era el único que podía habérmelo robado, pero el capitán se encargó de hacerme desistir de mi propósito:

—Lo matarían primero —me dijo— antes que permitir que vuelva a poder de usted. Si como le dijeron es un TABÚ, los nativos de la isla tratarán de conservarlo a toda costa...



Cuando el barco atracó en el muelle, divisé los rostros de mi esposa y de mis padres. En mi alterado semblante comprendieron que algo terrible me había sucedido. Les conté mi tragedia y estuvieron de acuerdo en que algún espía había abordado el buque...

Tal vez habían comprendido que ya en México les sería más difícil y habían aprovechado la víspera para consumir su proyecto.

Tomamos el tren hasta la capital. Era el día 24 de diciembre, y la ciudad estaba como hoy, alborozada y alegre.

En los escaparates de las tiendas, lo mismo que hoy, estaban expuestos regalos y golosinas. En mi casa mi mujer había preparado el árbol de Navidad lleno de juguetes de adornos. La alcoba de Yali estaba dispuesta con todo lo necesario. Y yo estallé en sollozos desgarradores cuando vi la cuna llena de encajes y de lazos que mi hijo no llegaría a ocupar nunca...

¿Te explicas por qué, siendo esta noche de alegría y de algazara, he preferido venir a esta café, solo? En mi casa me están esperando hace una hora. Mi esposa siempre comprensiva no me ha hecho un sólo reproche. Sabe que no puedo olvidar a Isse, pero también sabe que a ella la respeto y la quiero con una ternura diferente. Hace un año que mi hijo me fue robado. Jamás podré consolarme de su pérdida y vivo aguardando a que un día el destino me depare reunirme de nuevo con él...

\*

\* \*

Jaime de Fresneda se quedó silencioso. A nuestro alrededor, el bullicio y la alegría reinaban. Cruzaban por la acera los hombres y las mujeres cargadas de paquetes, camino de su hogar para celebrar la cena de Nochebuena, Jaime se puso de pie y me invitó afectuosamente:

—¿Quieres cenar conmigo? Mi mujer te tratará bien.

Pero yo rehusé la amable invitación. Lo vi alejarse en dirección al auto que estaba estacionado en la acera de enfrente y me fui calle abajo, para aspirar el aire fresco de la noche. Los luceros brillaban en lo alto y, al verlos, pensé en esa Isse, la amada de mi amigo, y en aquella extraña historia de amor...



## EL PAÍS NATAL

Cuando María Mercedes regresó a su patria después de veinticinco años de ausencia, todos los dulces recuerdos de su infancia se agolparon violentos a la puerta de su corazón. La gran plaza de Armas, con sus altísimos laureles centenarios llenos de misterio y de sombra, en cuyas espesas ramas los gorriones piaban alegremente en las mañanas perfumadas con el azahar de los limoneros. Los bancos de hierro, un poco desteñidos por la acción del tiempo, las antiguas y cómodas casas coloniales, con sus amplios zaguanes embaldosados, sus jardines con perfumados arriates, las calles rectas y tranquilas, toda aquella serena paz se le metió en el alma como una ráfaga de fresca brisa matinal.

Venía sedienta de descanso, agobiada por el peso de innumerables infortunios. Despojada de su fortuna y de sus sueños, predispuesta a luchar todavía contra la fatalidad que se empeñaba en perseguirla...

Estaba sedienta de reposo. Se hospedó en una vieja casa de arquitectura colonial que ostentaba en su fachada media docena de bellísimas cariátides de piedra. Una de esas casas de techos abovedados, de largos corredores, y de amplias habitaciones donde parecía dormir el eco de palabras olvidadas...

Por las noches, cuando el sueño le cerraba los párpados, gustaba de rememorar antes los sucesos de su infancia y contar las vigas olorosas de cedro del altísimo techo.

Recordaba a Doña Domitila, aquella viejecita tan pulcra y risueña que se pasaba las horas tejiendo labores de croché junto a su ventana. De vez en cuando alzaba la vista para contestar el saludo de los vecinos y proseguía su tarea. Aquella mujer fue en su juventud guapísima y durante la Guerra de Castas había contribuido con su heroísmo a salvar la vida de muchos soldados. También recordaba a las muchachas Maldonado, a las Rosado, a las Cortes... habían jugado juntas de niñas y más tarde cada cual había tomado rumbos distintos. También se acordaba de las Rivas, aquellas muchachas tan traviesas que por divertirse a costa de su confesor simulaban que una de ellas estaba en agonía y lo enviaron a llamar violentamente fingiendo una gran pena. La “enferma” se metió en el lecho para

representar su papel, pero con profunda sorpresa, cuando el criado le dio el recado al sacerdote, este pareció apenarse profundamente y alzando los ojos al cielo exclamó:

—¡No podré llegar a tiempo porque la niña Paulita acaba de morir en este instante!

Y como el criado le confesara que se trataba de una broma, a pesar de ello insistió y se puso en camino. Cuando llegaron, efectivamente, Paulita acababa de morir víctima de un síncope cardíaco...

—Con la muerte no es bueno jugar hijitas, —dijo el sacerdote.

Todas estas cosas lejanas acudían a su memoria. El silencio envolvía la solitaria calle y ella se quedaba dormida para despertar con el alegre repique de las campanas de la catedral...

Los domingos iba a misa siguiendo una vieja costumbre familiar.

Y cuando entraba a la iglesia, se acordaba de su madre... ¡Su madre! Había sido bella y virtuosa y le había inculcado los sentimientos de honradez y de generosidad que la adornaban. No había podido cerrarle los ojos. Murió durante su ausencia, y aquel pensamiento le dolía como una espina en el corazón. María Mercedes había echado a caminar por un poderoso imperativo. A raíz de su matrimonio con Arsenio Ramos, un joven disoluto que dio al traste con la herencia de su padre dejándola en la pobreza y escapando más tarde sin saberse a donde...

Ella había residido en Europa y en los Estados Unidos, marchó después al Brasil y a la Argentina. Por último, viuda ya, había pensado en el retorno a su ciudad natal. Allí moriría, y pasaría sus últimos días frente al paisaje que habían contemplado sus ojos infantiles...

Era hermosa todavía en el esplendor de su dorado otoño.

Su figura atraía la atención de los espectadores cuando entraba a los espectáculos públicos. Cuando cruzaba la calle erguida y majestuosa para dirigirse al templo...

Por el día salía poco, entregada a escribir su propia historia que un editor le había pedido. Frente a su máquina de escribir trabajaba afanosamente con el objeto de terminarla cuanto antes. Después, tal vez emprendería otro corto viaje para buscar emociones nuevas.

No era rica, pero sus antiguas amistades la recibieron bien y le abrieron la puerta de sus casas. Encontró pues acogida y cariño. Nadie le hizo preguntas indiscretas ni nadie la molestó con murmuraciones. Su primera novela, "Sumisión", publicada en Chile, le había dado nombre. Después,

le siguieron “Confesión de un moribundo” y “Atalayas de marfil”, que le conquistaron un sólido prestigio en el mundo de las letras.

Un año se fue sin sentir. María Mercedes había dado cima a su labor. Se había familiarizado con este ambiente. Pero su espíritu inquieto comenzaba a agitarse ya...

Una mañana, se despertó con el deseo loco de viajar. Se fue al cuarto de los trastos viejos y buscó sus maletas empolvadas para llenarlas. Se iría a Buenos Aires donde un periódico le hacía proposiciones ventajosas para colaborar en él...

Su novela estaba terminada.

La víspera de su viaje alguien llamó tímidamente a su puerta. Era Pedro Irabien. Toda su divina juventud pareció resucitar de súbito. Habían sido novios. Pero ella había preferido a Arsenio y se había casado con él. Pedro, a su vez, había casado también y había enviudado. Ambos eran libres...

Él la había adorado y su recuerdo estaba vivo aún en su memoria. Al verla después de tantos años de ausencia, había sentido de nuevo la inquietud invadir su alma...

—¿Por qué irse otra vez María Mercedes? ¿Por qué abandonar su país para correr detrás de la aventura? Deténgase. Todavía podemos ser dichosos. No la he olvidado. Ahora puedo ofrecerle un porvenir seguro y un brazo en el que podrá apoyarse confiada... ¡Cásese conmigo!...

Los ojos de María Mercedes recorrieron la estancia dismantelada, las maletas abiertas, los cuadros colgados de las paredes y un sentimiento vago la poseyó...

Nunca había tenido en realidad un hogar como lo había soñado. Su vida conyugal estaba llena de amargas experiencias... Pero Irabien representaba para ella el mañana seguro y la paz que tanto había perseguido inútilmente...

—¿No me responde nada? preguntó él desconcertado.

El perfume de los lirios entraba por las ventanas abiertas.

Un pájaro cantaba entre las ramas del alto fresno que sombreaba el jardín. La brisa era perfumada y tibia. Todo era como una dulce invitación al amor y a la esperanza.

Y María Mercedes sintió que una nueva emoción le sacudía el alma. Tendió sus manos hacia Pedro Irabien y respondió en voz tan baja que él apenas si la oyó:

—¡Me quedaré, Pedro!...



## CHANTAGE

El gran diario “La Crítica”, reputado como el más importante de la ciudad, ocupaba una extensión de mil metros cuadrados en la amplia Avenida de los Cerezos. Su director y propietario, un italiano de apellido Bocana, había llegado a América veinte años atrás en un buque mercante. En su tierra había vivido al margen de la ley. De sus actividades anteriores no se tenía noticia. Bocana evitaba cuidadosamente hablar de su vida pasada; nadie le conocía familia ni amores.

El edificio en que estaban instaladas las oficinas de “La Crítica” era del más puro estilo moderno, con fachada de mármol gris que destacaba majestuosamente por entre los numerosas cerezos floridos que daban nombre a la avenida. Constaba de siete pisos lujosamente decorados y amueblados con el mejor gusto. Los ascensores bajaban y subían continuamente; grupos de redactores, críticos de arte, literatos, pintores y artistas de todas las categorías invadían los salones de la redacción charlando amigablemente con Bocana, que los pasaba a su despacho obsequiándolos con prodigalidad y procurando sacarles la mayor utilidad posible más tarde...

El director contaba además —y esto era absolutamente secreto— con un cuerpo de policía privada destinada a informarse minuciosamente de la vida íntima de las esposas de los altos personajes. Las esposas de los ministros extranjeros, de los secretarios del Gabinete, de los senadores y de los industriales ricos no daban un solo paso sin que éste fuera cuidadosamente vigilado. De este modo, sus debilidades y sus adulterios se hallaban registrados y fichados no faltando el dato más insignificante.

Cierta vez la esposa de un alto funcionario del gobierno recibió el siguiente aviso:

“Señora: Anoche a las ocho en compañía del señor Luciano X tomó usted un automóvil en la Plaza Mayor y los dos se fueron juntos a cenar al reservado de un café en la calle del Ciervo. Tenemos testigos presenciales de todo; ahora bien; su marido nos ha confiado la misión de observar sus

actos de usted y por tratarse de una mujer le daremos la preferencia. Con toda reserva trataremos directamente con usted este asunto, si se digna venir a hablar con nosotros”. Al pie de estas líneas venía la dirección del diario “La Crítica” y el nombre de Bocana.

Loca de terror, la aludida se presentó media hora más tarde. Iba con las mejillas enrojecidas y los ojos llenos de lágrimas. El director en persona salió a recibirla amablemente. Sin pronunciar palabra la señora se despojó de los pendientes de brillantes que adornaban sus orejas y del collar de perlas. Estas joyas no valían menos de mil duros. Luego extendió la mano para pedir la información que le fue inmediatamente entregada...

En otra ocasión, el señor Parrol, dueño de una fábrica de fósforos y acreditado en el comercio por sus largos años de honrada labor, recibió la visita del señor Bocana que, rigurosamente vestido de negro, pidió cortésmente hablar con él. Fue inmediatamente pasado al despacho del industrial quien le preguntó el objeto de su visita.

—¡Querido señor Parrol!, necesito cien mil duros y vengo a que usted me los facilite!

—¿Pero señor mío —replicó indignado el señor Parrol— no tengo por qué regalar a usted una cantidad de la que no dispongo en estos momentos!

Bocana sonrió malicioso y apoyando el dedo sobre el timbre que estaba en el escritorio aguardó. El secretario del señor Parrol apareció en seguida.

—Tráigame usted un paquete de fósforos de una gruesa —ordenó.

Parrol no se atrevía a hablar. El secretario retornó trayendo lo pedido que depositó sobre la mesa y se retiró discretamente.

Bocana deshizo el paquete y, con la mayor naturalidad, como si jugara con palillos de dientes, se entretuvo en volcar los fósforos contándolos escrupulosamente.

—Esta caja contiene 78; esta otra, 69, aquella ochenta y uno. Usted ha escrito en cada caja una cantidad: cien fósforos. Como no ha querido mostrarse razonable conmigo, mañana aparecerá en mi periódico una información donde se dirá que el honorable comerciante señor Parrol estafa miserablemente al público, ¡vendiéndole cajas de fósforos de setenta y ocho en vez de los cien que debe contener! ¡Buenas tardes, querido señor!

—Lívido de espanto, con los ojos desorbitados, el señor Parrol había escuchado aquella terrible amenaza. Su ruina era completa si se le hacía la acusación presentando las pruebas. ¡Podría acaso llegar a los tribunales de justicia y entonces estaba perdido!

Se levantó violentamente de su asiento y suplicó.



—No se vaya; voy a extenderle un cheque por la cantidad que desea.

Sacó su libreta y escribió la cifra completa. Bocana lo miraba con su eterna sonrisa de ironía. Lo guardó cuidadoso en el bolsillo de su americana y después de una solemne reverencia, se despidió.

Por este estilo, los chantajes llevados a cabo por él eran innumerables; su poder era grande y nadie se atrevía a rebelarse contra él. Aquel que se resistía podía tener la seguridad de que “La Crítica” abriría una información privada y averiguaba cuanto pudiera perjudicar a la víctima. Reunía las pruebas pacientemente y una vez con ellas la pérdida era segura...

Durante muchos años Bocana vivió de este modo; había logrado amasar una regular fortuna. Poseía un espléndido palacio, automóviles y criados de galoneada librea que se inclinaban respetuosamente a su paso. En cambio, no poseía amigos porque era generalmente temido.

Una noche la esposa de un ministro del gobierno, cuyas debilidades constaban en poder de Bocana, fingió acceder a la petición que éste le hiciera de una crecida suma de dinero. Tomó la dirección y subió la escalera privada que conducía a su despacho. Bocana la aguardaba con su inseparable sonrisa en los labios. La dama empezó a flirtear graciosamente. Luego, extendió la suma pedida en un cheque y se lo alargó al director, pero cuando éste intentó tomarlo, la dama sacó de su bolsa de piel un diminuto revólver con puño de nácar al que previamente había puesto silenciador, y lo disparó a quemarropa sobre el chantajista que, sin exhalar un gemido, se desplomó sobre las ricas alfombras de Persia, donde todo ruido quedaba amortiguado. Después, con perfecta sangre fría registró los bolsillos del muerto y se apoderó de los papeles que tanto le interesaban. Bocana no respiraba. El tiro había sido certero.

La dama se arregló un poco para reparar los afectos de la emoción, y luego, con la mayor naturalidad, descendió las escaleras y se perdió entre la muchedumbre que llenaba la Avenida de los Cerezos a esa hora.

Tal fue el fin de Bocana, uno de los hombres más audaces y perversos que vinieron de la bella isla de Sicilia a estas tierras de sol y de oro...



## TINIEBLAS

El doctor Hessel se pasó las manos por la frente; luego se restregó fuertemente los párpados. En sus pupilas, hasta entonces muertas, la visión resurgía. Como a través de una gasa los objetos iban perfilándose vagamente en retina. Una sombra se alzaba frente a él. Débilmente iba tratando de reconocerla. ¿Quién era esta mujer de rostro bondadoso y afable, de nevada cabellera rizada que le miraba con una dulce ansiedad? Extendió las manos trémulas y otras manos cordiales y tibias estrecharon las suyas mientras una voz familiar le interrogaba afanosa.

—¿Ves algo? ¡Dí!

El doctor Hessel volvió a restregarse los párpados. Le parecía mentira aquella felicidad inesperada. Durante treinta años había vivido sumido en las tinieblas atacado de una enfermedad que los médicos diagnosticaron de incurable. Sus sentidos se habían afinado hasta la hiperestesia. A distancia percibía por los olores la presencia de las personas y su oído conocía los más leves sonidos imperceptibles para los demás. Durante aquellos treinta años había acabado por resignarse con su horrible destino. Recordaba confusamente la visión de las cosas, tal como las viera antes de cegar; el suave colorido de las flores, el verde brillante de los árboles, la azulada transparencia del agua... su espíritu poeta se había embriagado durante mucho tiempo con el espectáculo de la Naturaleza bendiciendo al Creador, que ponía al alcance de su visita tanta hermosura.

A todos sus amigos los conocía por la voz. Sus viejas amistades seguían visitándolo, cultivando su trato encantador, ya que el dolor no había logrado agriarle el carácter de ordinario manso y apacible. Aquella tarde de julio, llena de luz, todos estaban reunidos en el antiguo salón familiar deseosos de conocer sus primeras impresiones. Un sabio oculista llegado tres meses atrás a la ciudad, había ofrecido operar el milagro. Aquella tarde le serían retirados los vendajes y el doctor Hessel, con el corazón lleno de ansiedad y de fe, aguardaba el resultado de la cura.

Las ventanas abiertas al poniente dejaban penetrar los ardientes rayos del sol. Trepando por las rejas, las clemátides blancas y rosas colgaban

coquetonamente sus festones inundando la atmosfera de un suave perfume. Desde su jaula dorada, un canario desgranaba su canción. En el silencio apacible, se escuchaba el monótono tic-tac del gran reloj de bronce colocado sobre la cómoda.

Ahora iba reconociéndolo todo. El ancho sillón de Damasco verde con sus blandos cojines de raso bordados de seda, cuidadosamente confeccionados por las hábiles manos de Tina, su mujer. Los viejos grabados alemanes que decoraban las paredes; el ancho tapiz gobelino que cubría el testero principal...

Sus grandes ojos azules iban llenándose de luz; un grito ahogado se escapó de su garganta... ¡Veía! Volvía a vivir de nuevo...Y en su corazón el agradecimiento, como un rocío divino, resbalaba mansamente.

—¿Nos reconoces? —le preguntaron algunas voces.

Sí; uno a uno iba distinguiéndolos a todos. Marcelo Perol, su antiguo condiscípulo. Luis Robledal, Marino Arnus... los encontraba un poco cambiados, envejecidos; pero a pesar de todo, los reconocía.

—¿Y a mi, no me conoces? —le preguntó Tina con los ojos húmedos por la emoción.

¡Su mujer! ¡Aquella señora de cabellos blanco era su mujer! ¡Cómo la había transformado el tiempo! Él guardaba en su memoria la imagen dulce de una mujer menuda y fina de grandes pupilas negras y cabellos abundantes y oscuros cayendo en graciosos bucles sobre los hombros juveniles. Aquella mujer que estaba frente a él no conservaba un solo rasgo de la otra. Sólo la voz acariciadora y tierna era la misma que lo había alentado en las horas de la desesperanza, la que le había infiltrado la llama divina del optimismo, la que lo había ayudado a resolver sus problemas económicos y espirituales durante aquellos treinta años de tinieblas.

Con un gesto instintivo la atrajo y reclinó su cabeza sobre aquel pecho maternal y tibio que sólo había latido por él...

El doctor Gravet, autor del milagro, sonreía satisfecho; aquel caso era de los difíciles y a él se debía que el doctor Hessel recobrase la vista; sería restituido a su cátedra para bien de la humanidad y de sus amigos, que lamentaban sinceramente su desgracia.

Conmovido, estrechó sus manos repitiéndole sus parabienes.

—Ahora, un poco de cuidado —recomendó— ¡No hay que abusar de la vista!

\*  
\* \*

Los amigos se fueron despidiendo uno a uno. Todos lo felicitaban efusivamente. La luz del sol iba palideciendo en el horizonte. El doctor Hessel con la frente apoyada en el seno de su mujer, se sentía invadido por una dulce paz. ¡Qué hermosa le parecía ahora la vida! Reanudaría sus clases en la Universidad. Volvería a sus antiguas actividades. De pronto se pasó las manos por la barba áspera.

—Quisiera afeitarme, suspiró.

Tina, diligente, le preparó el agua y lo condujo al baño; encendió la luz y le alargó la toalla.

El doctor Hessel se contempló en el espejo, un amplio espejo ovalado colocado sobre el lavabo. ¿Quién era este anciano de barbas grises lleno de arrugas, que lo miraba fijamente? Sus manos palparon instintivamente sus mejillas flácidas, su boca marchita, su frente llena de surcos profundos...

Un gemido se escapó de su pecho:

—¡Oh, Tina, qué viejo estoy!

Aquellos treinta años eran su juventud, su dulce y hermosa juventud que al igual que una flor se había marchitado y él sabía que jamás volvería a recobrarla...

Cerró los ojos un segundo: dos lágrimas resbalaron por su rostro hasta perderse en la barba hirsuta y gris... Su mujer sollozó a su lado:

—No eres tú solamente. Mírame a mí también. ¡Nuestra juventud se ha ido, pero hemos conservado intacto nuestro corazón!



## PIEDAD

Armando Losada y yo éramos amigos inseparables; compañeros en las aulas de la Universidad, nuestra amistad se intensificó notablemente, al extremo de que nuestras familias, unidas igualmente por los lazos del afecto, me permitían todos los años pasarme un mes de vacaciones en su casa. Nuestros gustos eran idénticos, así como nuestros placeres. Nunca tuvimos una sola discrepancia. Hasta coincidíamos en la misma opinión cuando se trataba de alguna muchacha.

—¡Qué linda es Leonor! —dije un día elogiando a nuestra vecina.

—En efecto, es preciosa —me respondió.

Cuando llegaba la temida fecha de los exámenes, Armando y yo nos consagrábamos con ahínco al estudio. Cursábamos las mismas asignaturas, y nos ayudábamos mutuamente, llenos del mejor deseo de obtener nuestros títulos de abogados, aspiración suprema de mi padre que, habiendo ejercido esta carrera su padre y su abuelo, consideraba como un deber que su primogénito siguiera el mismo camino.

A mí, en verdad, no me gustaba mucho esta profesión; pero como Armando la había elegido resolví seguirla; así complacía a mis padres y estaba en compañía de mi amigo el mayor tiempo posible.

Faltaban pocos días para que llegara la fecha de los últimos exámenes cuando se recibió en mi casa un cablegrama de Santiago de Chile dando cuenta de la gravedad de mi abuelo paterno. Como era lógico, la mayor consternación se apoderó de todos nosotros. Papá, en el colmo de la aflicción, resolvió que nos embarcamos en el vapor que debía zarpar dos días después y olvidando mi carrera me ordenó prepara mi equipaje y disponerme a acompañarle. Mi madre —hecha un mar de lágrimas— arregló las maletas y lo dispuso toso a fin de que pudiéramos llegar a tiempo. Mi abuelo residía en Chile hacía muchos años y había hecho una enorme fortuna con la cría de ganado. Poseía tres grandes haciendas y se le calculaban no menos de diez millones de dólares. Yo apenas le recordaba muy vagamente, pues era un niño cuando dejé de verle. Había emigrado por su mala situación económica, pues la baja del azúcar lo

había arruinado y, aconsejado por un compatriota que se embarcaba para aquel país, y que logró convencerle. Desde entonces recibíamos a menudo noticias suyas y siempre en los días de Pascuas y Año Nuevo nos mandaba de regalo flamantes cheques por valor de muchos dólares que a nosotros nos ponían locos de contento.

Cuando se lo dije a Armando, exclamó lleno de pena:

—¡Cómo voy a extrañarte, Luis!

Pero como era buen hijo encontró muy razonable que papá quisiera ver a mi abuelito. Además, pensábamos regresar lo más pronto posible.

—Tal vez no estemos ni tres meses fuera —suspiré.

Desde el muelle a donde fue a despedirnos estreché por última vez sus manos recomendándole que no me olvidara y me escribiera con frecuencia; pero como dice un sabio refrán: “El hombre propone y Dios dispone”. Ocurrió que al llegar a Chile la gravedad de mi abuelo era extrema y falleció antes de completarse la primera semana de nuestra llegada. Siendo mi padre el único familiar, se vio obligado a hacerse cargo de los negocios. Quería liquidar aquella cuantiosa fortuna ya que su solo afán era regresar a Cuba; pero el país atravesaba entonces una aguda crisis política y los valores estaban en bancarrota, por lo cual había que esperar mejores tiempos y así entre unas cosas y otras transcurrió un año sin que pudiéramos salir de Chile.

Armando me escribía en todos los correos y por sus cartas supe que había obtenido su título de abogado. Algún tiempo después me participó que se ausentaba a la vecina república de Santo Domingo para defender un valioso pleito que le había sido confiado por un influyente personaje de ese país. Nuestra correspondencia comenzó entonces a ser menos frecuente y cuando transcurrió algún tiempo y regresamos de nuevo a Cuba, las cartas de Armando me llegaban de tarde en tarde hasta que un día dejé de recibirlas causándome esto una verdadera pena.

\*

\* \*

Al fin me doctoré en leyes y a mi vez resolví viajar por Europa. Antes de encerrarme entre las paredes de mi bufete quería correr mundo y conocer de cerca las bellezas del viejo continente. Mi padre no opuso resistencia alguna y me entregó una cantidad suficiente a fin de que pudiera satisfacer mis gustos recomendándome prudencia.



Cuando volví a mi país era ya un hombre serio. Había viajado mucho y aprendido más. Regresé lleno de buenas intenciones dispuestas a trabajar al lado de mi padre y seguir todos sus consejos. Pregunté por Armando; pero nadie supo informarme de su paradero. Era el único pesar que amargaba mi vida pues en mi corazón el cariño que le profesaba no se había extinguido.

Me casé más tarde con mi vecina Leonor y me consideraba el más dichoso de los mortales cuando una tarde del mes de diciembre al cruzar por una de esas calles coloniales de La Habana antigua oí que alguien pronunciaba mi nombre:

—¡Luis!

Volví el rostro sorprendido y advertí una gran ventana abierta. El interior estaba débilmente alumbrado y hacia la parte del fondo divisé a mi amigo Armando que me sonreía tristemente sentado en un gran sillón. No hizo el menor movimiento para levantarse limitándose a invitarme con la mirada a que entrara.

Empujé la cancela de hierro primorosamente forjada que cerraba el paso y me encontré en un vasto zaguán. Loco de alegría me precipité a su encuentro. La angustia me dejó paralizado. Armando estaba tullido y además sufría un horrible cáncer en el estómago. Al enterarme de sus dolores me eché a llorar. Entonces, él me rogó que volviera al día siguiente pues quería pedirme un favor del que dependían su tranquilidad y su paz.

Volví dispuesto a complacerlo. Llegamos hasta su habitación, lujosamente amueblada. Yo arrastraba el sillón sintiendo que mi corazón se oprimía angustiosamente. Me indicó un asiento a su lado y me dijo:

—Como ves, mi suerte no es nada envidiable. Estoy condenado a una muerte lenta y espantosa y mis torturas físicas alcanzan un grado tal que ya no me es posible soportarlas. ¡Es preciso que alguien me libre de este suplicio de vivir y sólo una persona como tú puede hacerlo!

—¡Lo que me propones es un asesinato!— repliqué.

—Llámalo como quieras; no es sino un acto de caridad. Estoy imposibilitado de todo movimiento para cortar yo mismo el hilo de esta existencia; pero tú puedes librarme de ella. Bastará que oprimas mi cuello y luego abras las gavetas de los armarios y del escritorio para simular un robo. He despachado a todos los criados a fin de que nadie pudiera sorprenderte. ¡No regresarán hasta la noche! ¡Por el cariño entrañable que siempre nos tuvimos te ruego que me libres de este suplicio!

No supe nunca cómo realicé su deseo... llorando copiosamente recliné su pobre cabeza sobre mi pecho ¡y apreté su cuello como el de un pajarito! ¡No exhaló ni un solo gemido!

Cuando me convencí de que estaba muerto le anudé un pañuelo en la garganta, saqué las gavetas del escritorio, revolví el armario y me eché en el bolsillo los billetes de banco que encontré para hacer creer en un robo. Luego, sin volver el rostro, escapé como un criminal. En el fondo de mi conciencia no me encontraba culpable. La vida de Armando no era sino una carga demasiado dura que él ya no podía soportar.

¿Cometí con ello un delito? No. Fue la voz de la piedad la que gritó en mi alma y yo no hice sino obedecerla.

\*

\* \*

Las páginas que anteceden fueron encontradas en la habitación de un loco que al ser conducido al manicomio gritaba desesperadamente:

—¡Le maté por piedad!

## LA SOSPECHA

Salió cerrando tras sí la puerta de la calle. Afuera, la noche, de una negrura intensa, le salió al paso y un instante después se había tragado al transeúnte silencioso y pálido que avanzaba sin rumbo fijo. La luz de los faroles, demasiado escasa, proyectaba a trechos un débil resplandor amarillento y triste.

Lucas Riverol se internó en una callejuela sórdida. Le era indiferente ir por cualquier parte. La cuestión era andar. Recordó los versos de Núñez de Arce:

*Porque a veces pesa más  
un pensamiento que un mundo.*

A él le pesaba el pensamiento. Se sentía incapaz de coordinar sus ideas. Su fe se había desplomado como un edificio en ruinas. Desde que supo la traición de Rosa, su mujer, su corazón conoció la puñalada de los celos. No se sentía con valor para matarla, la había querido demasiado. Además, se resistía a aceptar su desgracia. La evidencia del engaño era manifiesta, pero Lucas poseía un carácter bondadoso y una credulidad innata. Siempre había sido honrado. Su mujer era santa. Su hogar, un modelo. A menudo escuchaba comentarios sobre la belleza y la virtud de su esposa, y esto le enorgullecía, sabiendo que era él solo dueño de aquella real moza de pupilas verdes como el océano, y labios rojos como la misma grana.

¿Cómo era posible que lo engañara? Primero fue un anónimo cobarde, luego otro y otro fueron insinuando en su alma la pavorosa sombra de la sospecha.

Al principio, se negó a dar crédito a la acusación, después, el maldito gusano de la duda comenzó a roerle el corazón.

Una noche, se fingió dormido, Rosa, a su lado, reposaba. Lucas percibía su respiración acompasada. Al filo de la media noche, la sintió levantarse. El siguió fingiendo que dormía. Rosa se calzó en silencio las chinelas y a oscuras se dirigió al laboratorio, que estaba en la habitación inmediata. Entonces, procurando no hacer ruido, él la siguió. Procuró no hacer ruido y a través de la entornada puerta, que dejaba pasar un débil rayo de luz,

distinguió a su mujer registrando afanosa entre los anaqueles. Entonces, la llamó:

—Rosa ¡Qué estás haciendo a estas horas aquí?

Sobrecogida de pavor, ella respondió con trémula voz:

—Me dolía la cabeza un poco y busco una pastilla para el dolor de cabeza.

El pretexto era pueril, pero Lucas, queriendo asirse a la esperanza, como el náufrago a la tabla de salvación, no insistió. Rosa regresó a la alcoba y encendió la luz. Estaba demacrada y pálida, con las rubias trenzas deshechas, cayéndole sobre los hombros de raso. Lucas la contempló un momento y la atrajo sobre su pecho, oprimiéndola convulso...

—Si llegas a engañarme alguna vez —suspiró—, ¡te mataré!

La esposa se estremeció a su pesar y tratando de sonreír, le besó en los labios.

—¡No sé de donde te nacen tan extrañas ideas!

Luego, apagó la lámpara. Lucas la sintió suspirar y de nuevo los celos mordieron su corazón enamorado, pero el sueño acabó por cerrarle los párpados y con la llegada de la aurora sus pensamientos cambiaron de rumbo.

Un tercero y cuarto anónimo acabaron por exacerbarle. Los detalles eran precisos:

“Todas las noches, al dar las doce, su mujer abre el postigo de la sala y deja caer un paquete que debe ser una carta. Un hombre la recoge y desaparece. Vigílela”.

Resolvió espiarla. Desde un cafetín cercano, se puso en acecho media hora antes. Inventó un pretexto para salir. Un negocio ventajoso...

Agazapado en la sombra, esperó.

A las doce en punto, sintió ruido de pasos en la acera. El postigo de la ventana se había abierto y la sombra de Rosa se dibujó en las tinieblas. Su mano dejó caer algo al suelo, un hombre se inclinó rápidamente y lo recogió perdiéndose en el extremo de la calle...

Ya no podía dudar. La traición era manifiesta. Lucas, con el alma transida de pena, tomó una resolución:

Se iría. No sabía dónde, pero ya no podía permanecer más bajo aquel techo donde la deslealtad tejía sus redes.

Atravesó la calle y entró en su casa procurando no hacer ruido. Llegó a su despacho, abrió las gavetas y recogió el dinero que tenía guardado en ellas, volviendo a salir silenciosamente, sin entrar a la alcoba donde Rosa

dormía plácidamente, ignorante de la tragedia que se desarrollaba en el alma de su marido.

\*

\* \*

Trascurrieron dos años. Lucas no había dado señales de vida. La botica, administrada por Rosa, seguía su vida próspera, dejándole un buen margen de ganancia para sus necesidades.

La guerra de Independencia había finalizado. Cuba era una república libre y soberana. Y los buenos patriotas fueron llamados para recibir su recompensa. Todo el que había contribuido con su esfuerzo a aliviar la suerte de los mambises y había trabajado por la causa de la libertad, fue citado. Los nombres fueron dados a conocer. Entre ellos figuraba el de un hermano de Rosa, quien durante cinco años había prestado sus servicios como médico en el ejército libertador. La quinina tan indispensable para combatir el paludismo que diezaba a los soldados, no había faltado un solo día.

Rosa era la que robaba del laboratorio de su marido, que siendo español nunca lo hubiera proporcionado voluntariamente. Era Rosa quien en pequeñas dosis la sustraía, dejándola caer al paso de su hermano, valiéndose de las sombras de la noche. De este modo, miles de vidas habían sido salvadas.

Todo esto lo publicaron los periódicos de la capital. Se citó la abnegación de Rosa, y el vecindario que había esquivado su saludo, juzgándola culpable, se deshacía ahora en elogios a su patriotismo y a su virtud.

\*

\* \*

Del otro lado del mar, Lucas supo esta historia. Profundamente arrepentido de su injusto proceder, resolvió regresar a su hogar abandonado.

Rosa lo recibió llorando. Lágrimas sinceras de alegría nublaron sus ojos; sin explicarse la extraña conducta de su marido, le había perdonado de antemano.

Y un estrecho abrazo y un beso apasionado, sellaron la reconciliación.



## EL PACTO

El doctor Planchard posó la mirada pensativa en los grabados que decoraban el salón de consultas. Una escena del “Fausto” de Goethe, donde aparecía Mefistófeles sonriendo en el jardín de Margarita, le hizo pensar en el Diablo. Muchos autores famosos han hecho de este personaje el héroe de sus obras. La Iglesia le llamó siempre “espíritu del mal”, culpándolo de todas las desdichas de la Humanidad.

Sin embargo, antes de ser demonio, Luzbel fue ángel y los que le invocaron en secreto por temor a los anatemas obtuvieron de él la gracia anhelada... después de todo, ¿qué es la Humanidad sino una manada de lobos dispuestos a devorarse los unos a los otros...?

El doctor Planchard suspiró. Hacía un año que se había doctorado después de unas reñidas oposiciones para alcanzar una beca, pues sus padres eran pobres de solemnidad. Una vez que obtuvo su título, se había dedicado con verdadero ahínco a las investigaciones de carácter científico. Amaba su carrera con amor sincero y deseaba que el mal que asuela a tantos seres pudiera ser remediado. Estudiaba afanosamente el proceso y origen del cáncer, esa terrible plaga que tantas víctimas causa y el resultado de sus esfuerzos le había granjeado felicitaciones de sus colegas y honores en varios congresos médicos. Sin embargo, no había podido aún estabilizarse económicamente. Su vida era precaria y escasa su clientela. Sufría mil privaciones que le agriaban el carácter y empañaban a menudo la limpidez de sus pupilas azules.

Frente a su mesa de trabajo, una redoma llena de un líquido rojo brillaba a los pálidos rayos de un sol de diciembre. Era el resultado de sus investigaciones. Pero careciendo de fe en el triunfo, meditaba tristemente en la inutilidad de su afán. Aquel líquido, lo mismo que el licor que ofrecía Mefistófeles a Fausto, poseía la virtud de devolver al gastado organismo las energías perdidas. Nadie había querido prestarle atención y muchos menos someterse a la experiencia. Él tenía la certeza de haber obtenido el elixir verdadero de la juventud, pero ¿cómo conseguir que la gente creyera en él y probara su eficacia?...

Su mirada se fijó obstinada en el garbado que representaba a Fausto y una idea loca germinó en su cerebro...

¿Por qué no invocar al Diablo? Aferrado a esta idea reconcentró su pensamiento llamando desde el fondo de su alma al Espíritu de las Tinieblas. Transcurrieron unos minutos antes de que observara nada extraordinario. Un rayo mortecino de luz se filtraba a través de los cristales de la ventana. Afuera, silbaba el viento, y el rumor de la calle llegaba hasta él, pagado y débil. Un sopor extraño paralizaba sus miembros y sus ojos se cerraban, a pesar del esfuerzo que hacía por mantenerlos abiertos.

De pronto, se estremeció. Frente a él se alzaba la figura de un hombre alto y moreno, envuelto en amplia capa de raso negro, que clavaba sus pupilas de mirar profundo en él.

—Me has invocado y acudo a tu llamada. ¿Qué es lo que deseas? —le dijo, y añadió:

—La mayoría de los hombres sienten por mí un miedo terrible. Cuando quieren que le ocurra algo a sus enemigos, les desean que el diablo los lleve. Sin embargo, no soy tan malo como parezco, y para probártelo, estoy dispuesto a concederte la gracia que me pidas, pero será con una sola condición.

—¡Habla! —exclamó el Dr. Planchard.

—Que a cambio de ella me permitas llevarme, dentro de veinte años, a contar desde el instante en que obtengas lo que quieres, aquello que te sea más caro. Fíjate bien: durante estos veinte años disfrutarás de todos los dones, tendrás fama y riqueza, obtendrás el amor de la mujer deseada, el mundo te llamará sabio y la gloria aureolará tu frente. Durante veinte años serás todo lo feliz que se puede ser en este pícaro mundo y el halago y el triunfo escoltarán tus pasos... ¡Decide!

El doctor Planchard contempló con los ojos del espíritu la visión de su futuro. Sus compañeros reconociendo su triunfo. La Academia otorgándole lauros y honores, los periódicos difundiendo a los cuatro vientos sus experiencias y llamándolo salvador de la Humanidad... las mujeres rindiéndose ante él, y las riquezas y el poderío en sus manos...

¡Veinte años! Pensó: son muchos años. ¡En este tiempo buscaré el modo de burlar mi juramento!

—Acepto —dijo.

Extendió el Diablo su diestra y oprimiendo la mano del Doctor replicó a su vez:

—¡Hasta dentro de veinte años!



Luego, en silencio, lo mismo que había entrado, desapareció como una sombra.

\*  
\* \*

Desde aquel día, su suerte cambió por completo. Los clientes comenzaron a invadir su consultorio. El tiempo no le alcanzaba ahora para atender a sus enfermos cada vez más numerosos. La Academia de Ciencias le nombró miembro de honor tomando en cuenta su portentoso descubrimiento. “El Elixir de la juventud”, preparado bajo su dirección, se vendía por docenas. Todo el mundo quería ser joven y recobrar los perdidos atributos de la juventud. Las arcas antes vacías del médico estaban repletas de oro. Las mujeres se lo disputaban. Y su fama crecía como la espuma.

Antes de cumplirse un año, se casó con una muchacha de la mejor sociedad y su vida se transformó en un maravilloso sueño, si alguna vez el recuerdo del Diablo y del pacto hecho con él cruzaba por su cerebro, se repetía sonriendo:

—¡Faltan aún diez y nueve años!

\*  
\* \*

Le nacieron dos hijos que colmaron su ventura. Por las noches, cuando sus deberes profesionales le dejaban libre, recorría satisfecho con la mirada su espléndido palacio lleno de obras de arte, sus criados galoneados, sus jardines colmados de raras flores, Raquel, su esposa, linda y frágil como un bibelot, y sus hijos, que jugaban con él en el hermoso salón familiar. Entonces, su corazón se ensanchaba de júbilo, y se consideraba el más afortunado de los hombres. Pero como no hay plazo que no se cumpla, como reza el adagio, los veinte años de plazo transcurrieron sin que el doctor Planchard se apercebiera de ello, absorto en su sueño de amor y de felicidad.

La noche en que este plazo se vencía, era víspera de Navidad, y su mujer preparaba el árbol tradicional llenándolo de farolitos y globos de colores. Las alegres risas de sus hijos resonaban entre la charla. Ambos eran ya dos apuestos jóvenes que formaban su orgullo.

Frente al espejo de su armario el doctor Planchard se arreglaba tranquilamente la corbata, cuando vio reflejarse en la luna del espejo la temida

figura de Satán. Iba vestido como la lejana noche de su pacto y sus ojos penetrantes y profundos se clavaron en él como dos estiletes agudos:

—No podrás quejarte. He cumplido mi promesa. ¡Ahora vengo a reclamarte el cumplimiento de la tuya! Como lo que más amas es tu hijo mayor, ¡es el que he elegido para llevármelo conmigo!

Lívido de estupor el médico se volvió suplicante hacia el Diablo y sollozó:

—No te lo lloves. Él es joven y tiene derecho a la vida. ¡Llévame a mí que soy ya un viejo y permite a mi hijo disfrutar de su maravillosa juventud!

—¡Te dije que me llevaría aquello que te fuera más querido!

En aquel momento, Armando, su primogénito, entró para buscar a su padre, pues alguien reclamaba su presencia. Apenas había cruzado el umbral, cuando una mano se posó sobre sus hombros y antes de que el atribulado padre pudiera impedirlo, las figuras del Diablo y la del joven habían desaparecido en la sombra...

\*

\* \*

Un reloj dejó escapar siete campanadas. El doctor Planchard se restregó los parpados para convencerse de que no había estado dormido. A su alrededor, todo estaba en el más perfecto orden. La redoma llena del líquido rojo brillaba sobre su mesa de trabajo.

—¡Qué sueño tan espantoso! —se dijo.

Y levantándose de la butaca se dirigió al balcón y abrió las vidrieras. Las luces eléctricas estaban encendidas en la calle, y la gente desfilaba tranquilamente a su regreso del trabajo, camino de sus casas...

## ROSARIO SANSORES: UNA MIRADA CRÍTICA A SU OBRA NARRATIVA Y PERIODÍSTICA

Por Ruskin Chádez

“Nada puede borrar lo pasado. Nada puede destruir lo que nuestra inconsciencia levantó. Nada. Lo hecho, hecho está...”<sup>1</sup>

Rosario Sansores Pren

### ANÁLISIS DE LOS CUENTOS POÉTICOS

La poesía de Rosario Sansores Pren se conoce principalmente por los poemas musicalizados que varios artistas, tanto mexicanos como extranjeros y seducidos por el valor literario de la pluma poética de *La alondra*, han regalado al público actual.<sup>2</sup> La poesía es el género por antonomasia que caracteriza a Rosario; ella ante todo es *La poeta*, como bien quería que se le llamara el poeta yucateco Antonio Mediz Bolio<sup>3</sup> e incluso, la poesía se filtra y respira en todas sus obras. Es indiscutible también la labor periodística que Rosario Sansores desempeñó en varias revistas y periódicos, tanto en México como en el extranjero, principalmente en la sección de sociales del periódico *Novedades* de la Ciudad de México.

Sin embargo, no hay que dejar a un lado la narrativa de Rosario, ya que la conforman, como les he decidido llamar, los cuentos poéticos recogidos

<sup>1</sup> Rosario Sansores. “Rutas de emoción”. *Novedades* [Ciudad de México] 8 enero 1972: 1. Se respetará la acentuación y la puntuación de la autora.

<sup>2</sup> Destaca, en este sentido, el trabajo encomiable de varios artistas yucatecos, entre ellos, Ligia Cámara. Ver: Colectivo de autores. *Rosario Sansores: canciones de la alondra*. México: Ediciones Pentagrama. 2004.

<sup>3</sup> En el prólogo de la antología poética de Rosario Sansores, *La novia del sol* (1933).

en la antología *Diez años de juventud* (1946)<sup>4</sup>. Los mismos cuentan con un inmenso caudal literario tanto en la forma como en el contenido, que no se han estudiado con la debida profundidad que merecen. Lo antes dicho es el objetivo que persigue este estudio, es decir, mi intención es tratar de hacer un acercamiento a la labor periodística y narrativa de Rosario Sansores, deteniéndome con especial énfasis en sus cuentos poéticos. En total, la antología antes dicha, la conforman veintiséis cuentos. Es probable que Rosario Sansores haya escrito otras antologías de cuentos, porque ella menciona en su crónica autobiográfica, “Una carta de mujer”, recogida en la antología *Dulzura en el recuerdo*<sup>5</sup>, que había encontrado una carta en el ómnibus en el que viajaba. La misiva estaba firmada por Alborada, lo cual hace reflexionar a Rosario, y le dice al lector que: “¡Alborada! Yo recordé el nombre de la protagonista de uno de mis cuentos”. En la antología de *Diez años...* no hay ningún personaje protagónico con ese nombre, por tanto, esto permite deducir que Rosario escribió otros cuentos, que todavía no se han encontrado, o por lo menos yo no los conozco. En este sentido, ella le comenta a la escritora mexicana, Elena Poniatowska, que en la Ciudad de La Habana le “publicaron más de quinientos cuentos, artículos, poesías, todo, todo”.<sup>6</sup>

He decidido llamarles cuentos y no “narraciones” como aparece en la edición que se está analizando, porque la misma Rosario así los etiqueta en *Rutas de emoción*<sup>7</sup>, en “El olvido”, donde se aprecia una intratextualidad<sup>8</sup> con el cuento poético “El hombre que mató al recuerdo”, de la antología *Diez años...* Rosario está cavilando sobre una película que acababa de ver y le dice al lector: “Y pensando en estas cosas, he recordado un cuento que escribí hace dos años. Le titulé: *El hombre que mató el recuerdo*”. Con lo que es evidente que ella los considera cuentos.

<sup>4</sup> Rosario Sansores Pren. “Diez años de juventud: narraciones”. *Obras selectas*. México: Editorial IMPA, 1946. 1-173.

<sup>5</sup> Rosario Sansores Pren. “Dulzura en el recuerdo: prosas sentimentales”. *Obras selectas*. México: Libros y revistas, 1951. 1-192.

<sup>6</sup> Elena Poniatowska. “Rosario Sansores”. *Todo México/IV*. México: Editorial Diana, 1998. 51.

<sup>7</sup> Rosario Sansores Pren, “El olvido”. *Rutas de emoción*. 19. Esta edición no tiene página legal, porque fue una publicación que hizo el Club Rotario de la Ciudad de México al alimón con varios amigos de Rosario Sansores, para rendirle un homenaje a ella, bajo la dirección del Dr. Mario González Ulloa.

<sup>8</sup> A grandes rasgos, la intratextualidad son las relaciones entre los textos literarios del mismo autor.

<sup>9</sup> En la antología de *Diez años...* dice: “El hombre que mató al recuerdo”.

Asimismo, si consideramos las características formales de un cuento tradicional, inmediatamente nos percatamos que estos relatos de Rosario cumplen con lo supuestamente establecido. La brevedad, la escasez de personajes, la sucesión de hechos en una línea argumental e incluso, la estructura argumentativa de introducción, nudo y desenlace, entre otras, se constatan en estos cuentos. En “La sospecha”, por sólo citar un ejemplo, los rasgos antes mencionados afloran desde las primeras líneas, es decir, Sansores presenta a los personajes principales, Rosa y Lucas Riverol, y acto seguido plantea el conflicto, que mantiene la tensión durante todo el cuento. Sólo se sabe el desenlace del motivo de la traición hasta el final, que por cierto es un final inesperado.

Las acciones de este cuento y de los demás, ocurren en un lapso breve, es decir, éstos presentan una velocidad acentuada que atrapa la atención del lector. Las descripciones abundantes de la naturaleza no están de más, o sea, nos hablan de un estilo y refuerzan la psicología y el estado de ánimo de los personajes; claro que desde la mirada moderna pueden parecer cursi, pero hay que recordar, a la hora de hacer un análisis, que es recomendable ponerse las botas de la época y del estilo literario que está usando el autor en sus obras.

Por otro lado, hago uso de las ideas de Julio Cortázar para señalar lo difícil que resulta la definición de este género narrativo, según él, “hermano misterioso de la poesía”. Cortázar dice que para definir al cuento no hay leyes concretas, “a lo sumo cabe hablar de puntos de vista, de ciertas constantes que dan una estructura a ese género tan poco encasillable”.<sup>10</sup> Por tanto, no es necesario demostrar con lujo de detalles que las narraciones de Rosario son cuentos o no, ya que el mismo género en sí es prácticamente indefinible por la variedad de formas, estilos, temas, etcétera, que presenta.

En cuanto al adjetivo poético, me he tomado la libertad de adoptarlo, porque en todos los cuentos la brevedad de sus párrafos es una constante, y el hecho de presentar oraciones sueltas a manera de versos, remarca una forma poética de los mismos. En este sentido sobresalen las cadenas metafóricas, las alteraciones en el orden gramatical (hipérbatos), las adjetivaciones constantes, las repeticiones de sonidos que le confieren un ritmo poético a los cuentos (aliteraciones), las exageraciones retóricas, entre otras características.

---

<sup>10</sup> Julio Cortázar. “XXI. Algunos aspectos del cuento (1962-1963)”. *Obra crítica* 2. Madrid: Alfaguara, 1994. 369.

Otro argumento que sustenta la decisión de llamarlos poéticos es para diferenciarlos de la literatura popular o más específicamente de la “novela rosa”, que no tengo nada en contra de la misma, sólo que considero que la narrativa sansorina está por encima en cuanto a rigor literario, a pesar de que en una primera lectura parezcan semejantes. La literatura popular tiene un valor indiscutible, ya que, como dice Gerardo Kloss Fernández, sostiene económicamente a las editoriales. Kloss comenta que para hacer sobrevivir la industria editorial mexicana hay que hacer tirajes grandes y costosos de títulos “que se vendan como *pan caliente*, para que el dinero de la inversión regrese pronto: manuales y libros de texto, *bestsellers*, *paperbacks*, fotonovelas e historietas, de las que tenemos un tiraje nacional que se mide en cientos de millones al año”.<sup>11</sup> Es incuestionable que la literatura popular sostiene a las grandes editoriales, y si no fuera por ella, no se podría seguir editando libros como *El Quijote*, por sólo citar un ejemplo conocido.

Los cuentos poéticos de Rosario beben tardíamente de la tradición romántica; ella se nutrió de este movimiento cultural para darle forma a su quehacer literario, a pesar de que escribía en una época en que habían surgido las vanguardias artísticas y literarias. Ella estaba consciente de ser romántica, así lo manifiesta en una de sus crónicas autobiográficas de *Dulzura en el recuerdo*, “¡Mis versos!”, cuando reflexiona sobre el romanticismo y sus años mozos; ella dice que en ese tiempo “escribí las estrofas más sentidas y las más melancólicas, porque el romanticismo es patrimonio de la juventud, y la mía, alboreaba...”. En la obra de Rosario se constata una preponderancia de los sentimientos sobre lo racional y el carácter mimético de sus cuentos contrasta la naturaleza con los sentimientos y estados de ánimo de los personajes.

Me parece acertada la visión del investigador yucateco, Rubén Reyes Ramírez, de que la obra sansorina “pudiera ubicarse en una forma de post-modernismo neorromántico”<sup>12</sup>, ya que es indudable que los cuentos se nutren de esa corriente literaria conocida como Modernismo hispanoamericano también. En este sentido, el cronista mexicano José Joaquín Blanco nos dice, en relación con la poesía de Rosario, que:

---

<sup>11</sup> Gerardo Kloss Fernández del Castillo. *Entre el oficio y el beneficio: el papel del editor. Práctica social, normatividad y producción editorial*. México: Universidad de Guadalajara, 2007. 140.

<sup>12</sup> Rubén Reyes Ramírez. *Rosario Sansores: el crisantemo y la alondra. Antología esencial (1921-1951)*. Mérida: Ediciones de la UADY, 1997. 48.

Se trata de poemas efectivamente anticuados, como detenidos en 1900, en el aspecto más sentimental de Nervo y Darío. Pero no están mal hechos. La señora Sansores sabía su castellano, y conocía las audacias modernistas de sintaxis, léxico y versificación. ¿Anticuados? Urbina seguía escribiendo igual en 1930 [...] ¡Nada mal! Mucho sabía del modernismo la Sansores: [...] hasta un perejilito de Lugones. Algo del dandismo del *Duque Job* también asoma en su manera de celebrar La Habana [...] de repente la encontramos a punto de dirigirse hacia los rumbos prosaístas y cotidianos de Salvador Novo, pero sólo echa un vistazo, y vuelve a su trayecto habitual.<sup>13</sup>

El lenguaje de los cuentos revela una exquisitez estilística que raya en lo poético, en cuanto al contenido, porque en la forma, de repente, se descuidan un poco las construcciones sintácticas y la puntuación. Da la impresión de que Rosario puntúa dejándose llevar por el ritmo de la emoción de su inspiración, pero lo anterior es pura especulación de mi parte; esto puede ser un tema interesante para investigar. Los personajes evaden la realidad y el cosmopolitismo de los espacios es marcado, ya que hay una tendencia a subrayar lo exótico de los diferentes lugares donde se desarrollan las acciones. Temas como la melancolía, la angustia, la nostalgia..., son frecuentes y aflora una idealización del amor y la mujer en los cuentos poéticos. A pesar de que generalmente se habla de una idealización de la mujer por su hermosura, también aparece la mujer estereotipada, o sea, la mujer abnegada, la buena madre, la sumisa, por sólo citar algunos ejemplos. Sin embargo, Rosario no pierde de vista a las prostitutas, a las infieles, a las desdenosas, a las feas, a las obreras, entre otras.

Por otro lado aparece una manifiesta intención didáctica en la obra de Rosario, es decir, ella quiere que sus lectores aprendan de los errores de los protagonistas de sus cuentos poéticos para que no los vuelvan a cometer. Aunque no lo dice como tal en ninguno, se infiere, ya que en uno de sus poemas titulado *Sinceridad* se puede apreciar esta idea cuando dice: “pero es dulce a las almas revelar su amargura y enseñar a otras almas la ignorada verdad”.<sup>14</sup>

Además, en su crónica autobiográfica, “¿Quién no fué joven?”, ella reflexiona sobre el ser inteligente, es decir, aquel que se ha procurado una

<sup>13</sup> José Joaquín Blanco. “La tenaz inmortalidad de Rosario Sansores”. Crónica dominical, suplemento del periódico *La Crónica* [Ciudad de México] mayo de 1999.

<sup>14</sup> Rosario Sansores. “Sinceridad”. *La novia del sol*. México: Ediciones Botas, 1933. 50.

vejez tranquila y segura, y dice que las experiencias vitales sirven de aprendizaje a los jóvenes, cuando asevera lo siguiente: “trataremos de que los que vienen detrás de nosotros, aprovechen nuestra experiencia traducida no en reproches amargos, no en profecías trágicas. Sino en bondad, en dulzura, en sabiduría”. Una de las enseñanzas que Rosario quiere advertir es que hay que aprovechar la juventud, porque el tiempo pasa implacablemente. Para puntualizar lo anterior recurre al uso frecuente de refranes, sentencias y reflexiones. La autora generalmente suicida a sus personajes protagónicos siguiendo la influencia romántica, pero tal vez haya un afán de encubrir la crítica que subrepticamente hay en sus cuentos.

En los mismos, la técnica de narrar en retrospectiva (analepsis), ya sea dando un salto pequeño hacia atrás en la narración (*flashback*) o dando un salto mucho más atrás en el pasado y volviendo lentamente al punto del presente donde se comienza la narración (*racconto*), es una técnica usual, que conjuntamente con la premonición (prolepsis) son empleadas también para consolidar la intención didáctica. Con base en lo antes dicho es frecuente encontrar la estructura cerrada, o sea, el cuento termina en el punto donde comienza. La intención didáctica está relacionada con la variedad de temas sobre los cuales Rosario reflexiona; los temas más frecuentes son: la pérdida de la juventud, el paso irremisible del tiempo, la vejez, la mudanza de los bienes materiales, lo efímero de la vida, el amor, la infidelidad, la maternidad, etcétera.

Otro aspecto que caracteriza esta antología de cuentos poéticos es el carácter místico, enfatizado por los seres alegorizados como La Muerte, La Fortuna, entre otros. Se suman también los seres mitológicos periódicamente mencionados, que hablan del carácter fantástico, pero a la vez del aspecto modernista. Los motivos son muy diversos también y se centran generalmente en el motivo del viaje, el triángulo amoroso, la pérdida de la fortuna, etcétera; los mismos confieren dinamismo a los cuentos y alrededor de ellos se desarrollan todas las acciones de éstos. El amor es el eje conductor, es decir, es el motivo dominante de sus cuentos poéticos. En ocasiones aparecen motivos ciegos, ya que se plantean pero no se desarrollan las acciones ni se llega a un desenlace de las mismas. Además, en algunos cuentos emergen juegos de narradores que conllevan incluso a una triple autoría; esto se relaciona con las versiones que afloran del motivo del manuscrito encontrado<sup>15</sup>, aunque generalmente el narrador que más es

<sup>15</sup> Es un motivo principalmente de los libros de caballerías, donde, *grosso modo*, el autor real está narrando los hechos de una obra encontrada y traducida que pertenece a otro



empleado en tercera persona, que está fuera de la narración (extradiegético) y conoce cómo piensan y actúan los personajes (omnisciente).

Las características anteriormente mencionadas son un panorama general de los cuentos poéticos de Rosario Sansores. A continuación se examinan tres cuentos, que a mi juicio, son de los más representativos de la antología. Los mismos servirán para analizar y ejemplificar sus características particulares, pero también constituirán un puente, para adentrarnos en el análisis de los demás cuentos.

### DIEZ AÑOS DE MI VIDA

El cuento “Diez años de mi vida” da nombre a la antología y cuenta con una estructura de relato marco y relato enmarcado, es decir, aparece Alfonsina Loy, la protagonista, contando su historia dentro del relato general que está contando un narrador implícito en primera persona. Éste es un narrador implícito diferente del narrador real (Rosario) porque, en primer lugar, encontró los papales ficticios de un personaje ficticio, cosa que Rosario no podría haber hecho en la vida real; en segundo lugar, porque sabe cómo piensa el público ficticio seguidor de Alfonsina Loy y es por este público que decide revelar el secreto de Alfonsina Loy.

Lo antes dicho es evidente cuando el narrador implícito del relato marco dice que “la casualidad las puso en mis manos y yo revelo este secreto al público que no supo explicarse entonces la causa de su desesperada resolución.” Con base en lo anterior, se desprende la posibilidad de plantear un juego de triple autoría para este cuento: el primero y autor real sería Rosario Sansores, el segundo y autor ficticio sería Alfonsina Loy y el tercero, sería el autor implícito, o sea, el narrador del relato marco. Los dos últimos autores son producto de la imaginación de Rosario. Otra cita que permite demostrar la versión del tópico literario del manuscrito encontrado en el mismo cuento es: “las páginas que anteceden, fueron encontradas por mí en el fondo de un rico cofre cincelado de oro”.

No es la primera vez que se emplea la técnica literaria de la múltiple autoría o juego de narradores; otros autores la han experimentado en sus obras, recordemos el caso de *Don Quijote* que también cuenta con este

---

autor; esto permite hacer ciertos juegos narrativos y autorales e incluso servía para proteger al autor real de las censuras.

juego de autores y narradores. Además, Cervantes en esta misma obra usa el tópico del manuscrito encontrado. Tengo la certeza de que Rosario Sansores leyó *El Quijote*, porque así lo demuestra en el relato “Un poco de locura”<sup>16</sup>, y que por tanto pudo haber sido una de sus influencias, pero solamente lo menciono como un ejemplo de obra literaria canónica para señalar que Rosario está haciendo uso de tópicos y técnicas literarias tradicionales en sus cuentos poéticos también.

Sansores emplea una versión del tópico literario del manuscrito encontrado para dar mayor veracidad a los hechos narrados, es decir, sólo está repitiendo lo que dice fielmente el testimonio de Alfonsina Loy. Además es usado para darle una salpicadura de misterio y fantasía, que caracteriza a los cuentos poéticos. En este sentido, otro aspecto interesante que refuerza la idea del misticismo sansorino es la alusión a seres alegorizados como la Muerte o Satán, el caprichoso Azar, la Fortuna en “Diez años de juventud”, etcétera.

Otro cuento que retoma los motivos fantásticos es “La dura verdad”, porque la protagonista, Ninon, se convierte en merecedora de un frasco de cristal de la mano de un anciano menesteroso; éste en agradecimiento, por ser la única persona que le dio una moneda, le regala el frasco que contiene cincuenta gotas. Cada una representa una verdad. A pesar del esfuerzo que el individuo haga para evitar el efecto, “hablará y revelará aquello que tenga más escondido en el fondo del alma.” El cuento “El talismán” también está influido por estos motivos, o sea, la tía Alina le regala un misterioso talismán a la protagonista. En esta línea de análisis destacan, de la misma manera, los cuentos “La bola de cristal”, el elixir de “El hombre que mató al recuerdo”, entre otros.

El aspecto mítico se asocia con la mención de varias deidades en los cuentos, que actúan como “destinadores” para que los personajes protagónicos logren sus objetivos; aunque en ocasiones causan un giro sustancial en la vida de los mismos. En este sentido, Roland Bourneuf y Réal Ouellet, críticos literarios, nos dicen que el destinador es una “especie de árbitro que ordena la acción y propicia que la balanza se incline de un lado o de otro al final de la narración”.<sup>17</sup> El dios más citado, por motivos obvios, es “el dios alado”, o sea, Cupido. En “Diez años de juventud” se invoca

<sup>16</sup> Rosario Sansores Pren. “Un poco de locura”. *Op. cit.* 69-71. Es la edición del Club Rotario.

<sup>17</sup> Roland Bourneuf y Réal Ouellet. *La novela*. Barcelona: Editorial Ariel, 1989. 184.

de la siguiente manera: “tal vez no me hubiera preocupado tanto, si no hubiera estado enamorada, pero la casualidad madre de la Aventura, hizo que la flecha del dios alado tocara en mi pecho y me tornó en esclava”. Alfonsina Loy está reflexionando acerca del paso del tiempo, porque acaba de cumplir treinta y ocho años, los cuales aceptaría con total tranquilidad si no la hubiera perturbado Cupido con una de sus saetas. Cupido aparece en “Tía Perfecta”, Dioniso en “Dulce hogar”, etcétera.

Por otro lado, hay una intención didáctica en “Diez años de juventud”. Rosario trata de dar una lección de vida a sus lectores y especialmente a sus lectoras. Para ello emplea refranes, sentencias, reflexiones o versiones interpretadas de los mismos (paráfrasis); muchos son de su propia inspiración, de un autor de renombre o incluso del conocimiento popular, de esta manera le da cierta autoridad a sus ideas. Destaca, en este sentido, la sentencia de “la casualidad madre de la Aventura” en el cuento “Diez años de juventud”. Además, la intención didáctica o educativa se refuerza con la tendencia a narrar en retrospectiva, o sea, la protagonista está contando su vida desde un punto en que ya tiene experiencia y ha aprendido de sus acciones de joven, de las cuales ha sacado ciertas enseñanzas.

En el cuento “Una cita” hay una reflexión que, además de remarcar la intención didáctica, constituye una crítica profunda a la sociedad que señala y censura a la mujer; la protagonista, Perla, cita a Jacinto Labrit, un poeta famoso de La Habana, al cual quiere conocer, pero éste queda cautivado por la belleza de aquélla. Ante la insistencia del poeta para que la amistad se extienda a una relación más íntima, ella responde: “No siga usted por ese camino. Yo no le he citado para correr una aventura vulgar. Soy libre pero pertenezco a una sociedad que no perdona jamás a la mujer que cae.”

Asimismo, se aprecia en sus cuentos generalmente, porque no es en todos, un discurso que acusa a los hombres a la manera de Sor Juana Inés de la Cruz o de María de Zayas Sotomayor, novelista española, del siglo XVII también. Son muy conocidas las redondillas de Sor Juana Inés de la Cruz donde se denuncia al hombre como el causante de los males de la mujer, ya que éste afanosamente se ha encargado de atribuirlos a la naturaleza femenina. Sor Juana responde de esta manera: “Hombres necios que acusáis / a la mujer sin razón, / sin ver que sois la ocasión / de lo mismo que culpáis.”

María de Zayas reflexiona, en su novela corta *La esclava de su amante*, acerca de la culpabilidad de los hombres con respecto al mal comporta-

miento de la mujeres; para Zayas, los hombres “jamás cuentan los malos pagos que dan, sino los que les dan; [...] ellos cometen la culpa; que lo cierto es que no hubiera malas mujeres si no hubiera malos hombres.” Por su parte, Rosario Sansores, de manera semejante en el cuento “Rocio”, asevera que la protagonista ya no cree en el amor y que “el desengaño le enseñó a cultivar la rosa negra de la ironía [...] ¿Amar? Todos los hombres son iguales: egoístas, necios, vanidosos...”. Sin embargo, Rosario además dice, en su crónica autobiográfica “Un abrigo gris”, que “el hombre tiene vicios grandes, pero también virtudes si se quiere buscarlas...”.

Muy relacionados con la intención didáctica están los variados temas que los cuentos tratan. En este sentido resaltan temas vinculados con el envejecimiento, la juventud, el pasar irremisible del tiempo (*tempus fugit*), la vanidad de la vida (*vanitas*), el aprovechamiento y disfrute de la juventud (*carpe diem*), que a la vez son tópicos literarios muy frecuentes en el Renacimiento, Barroco e incluso el Romanticismo.

La idea anterior la sustentan, en cierta medida, frases como: “todo eso que hasta hoy constituyó tu encanto y el tormento de tantos corazones, será un día polvo, cenizas, nada!”, en el cuento “Diez años de juventud” y en otros más. El espejo generalmente aparece como motivo para desencadenar estas reflexiones en cuanto a la vida, la vejez, la muerte, ya que da cuenta de la implacabilidad del paso del tiempo. Además, la cita anterior nos recuerda la influencia cristiana en Rosario, pero también los versos de Góngora y Sor Juana.

### **EL HOMBRE QUE MATÓ AL RECUERDO**

Este cuento es relatado por un narrador omnisciente en tercera persona. En este caso el protagonista es un hombre y no una mujer, detalle que confirma que Rosario no sólo está escribiendo para lectoras. Además, en este caso, la mujer es la infiel y este motivo de la infidelidad femenina es el principal motor que estimula el dinamismo del cuento. Se puede argüir que Rosario es muy realista y está consciente que en la sociedad de su tiempo los hombres no eran los únicos infieles. Aparece, por tanto, la idea de que su intención moralizante o didáctica no sólo va dirigida al público femenino.

Es indudable que una de las influencias de Rosario Sansores fue la obra de Goethe, uno de los fundadores del Romanticismo. De hecho, en el

cuento en cuestión existe una intertextualidad<sup>18</sup> con el *Fausto* de Goethe, su obra más conocida y uno de los cánones de la literatura universal. En este sentido, Fausto aparece como uno de los personajes en forma de busto, que le aconseja al doctor Azor no experimentar el elixir que por medio de la ciencia acaba de hacer. Fausto actúa como una conciencia para el protagonista del cuento porque posee la experiencia para prevenirle del mal que puede padecer, ya que él está arrepentido por el daño que le ocasionó a Margarita, protagonista también del *Fausto*.

A su vez, Rosario emplea la intertextualidad para darle más rigor a la intención moralizante del cuento y para enriquecer el contenido literario del mismo. En el cuento se pone en tela de juicio a la ciencia, se está reflexionando sobre la sociedad y las desgracias humanas, tal y como se hace en el *Fausto* de Goethe. Además, el tema del suicidio, tan frecuente en los cuentos poéticos de Rosario, está presente tanto en el *Fausto* como en *Las cuitas del joven Werther*, ambos de Goethe. Rosario conoció *Las cuitas del joven Werther*, porque en una de sus crónicas autobiográficas, “Una pámela rosada”, describe cómo estaba vestida la protagonista de la ópera francesa *Werther*, inspirada en la novela de Goethe. La descripción es la siguiente: “en la ópera Werther, Carlota la protagonista, luce un precioso traje color de rosa, y una amplísima pámela de encaje.” Por tanto, es indudable que una de las influencias en la literatura sanseboriana es la obra de Johann Wolfgang von Goethe.

A lo mejor la cuestión del suicidio es para enmascarar ciertas críticas que Rosario hace en sus cuentos poéticos, es decir, los protagonistas generalmente se suicidan para que la crítica no represente un peligro real para la sociedad de su tiempo; por ejemplo, en el cuento “La dura verdad” se critica a los gobiernos que no toman partido con respecto a la mendicidad. Además se refleja la crítica a esa sociedad hipócrita que sólo habla pero actúa muy poco en este sentido. Estas ideas se perciben cuando un caballero “de relucientes botas de charol, comentó con otro: —El Gobierno debía evitar este espectáculo bochornoso de la mendicidad. Pero no sacó una moneda para socorrer al anciano...”. Sin embargo, la crítica no cristaliza y se queda solamente en el ámbito de las ideas ya que generalmente los personajes principales se suicidan.

El carácter poético que Rosario imprimió a estos cuentos va de la mano con las cadenas de metáforas. El narrador de “El hombre que mató al

---

<sup>18</sup> En líneas generales, la intertextualidad es la relación que existe entre un texto de un autor con los textos de otros autores.

recuerdo” describe la puesta del sol a través de una sucesión de colores, que dan cuenta del movimiento, a través de los matices, de ese lapso en que está pronta a caer la noche. El narrador comenta que el paisaje se iba fundiendo como lo hacen los colores en la paleta del artista y “al oro del crepúsculo, iba sucediendo el gris, el violeta, el azul, el ocre...”. El carácter metafórico aflora en “Diez años de juventud” cuando Alfonsina Loy le advierte con estupor al lector que “cuando yo entraba en los dominios del otoño, cruzaba él los dorados umbrales de la primavera”. Es indudable que en la cita anterior está haciendo una analogía metafórica entre las estaciones del año y la edad de una persona.

En la cadena metafórica en cuestión se aprecia que la protagonista era una mujer entrada en años, aunque todavía no anciana, y su amante apenas se había convertido en un hombre adulto. Hay que resaltar la alteración del orden gramatical de las palabras (hipérbaton) presente en la cita anterior, ya que ordenada quedaría: él cruzaba los dorados... La frase “dejó que en sus negras pupilas la coquetería encendiera sus ígneas llamaradas” está tomada del cuento “Rocío” y es otro ejemplo que ilustra los hipérbatos frecuentes. Si se ordena la misma quedaría de esta manera: dejó que la coquetería encendiera sus llamaradas ígneas en sus pupilas negras. En relación con el carácter poético vale la pena puntualizar la brevedad de los párrafos; e incluso, estos cuentos tienen oraciones sueltas de un renglón, que da la impresión de versos insertados en medio de su narrativa.

Hay un ritmo poético presente en estos cuentos que se aprecia por las repeticiones acentuadas de un mismo sonido (aliteración). Alfonsina Loy, en “Diez años de juventud” está compartiendo con el lector cómo Satán le ha cumplido la promesa de no envejecer durante diez años; dice que “ni el tiempo, ni el fuego de esta pasión en que me abraso, lograron destruir la frescura de mi rostro”, es evidente que se repite el sonido de la “r”, que a su vez proporciona a la narración un ritmo poético interno. También se repite el sonido de la r en el cuento “La ocasión” cuando se dice que “las vibrantes notas del órgano, dejaban oír los dulces acordes de la marcha de Mendhelson”. Asimismo aparecen exageraciones retóricas como la de “su juventud ardiente como un rosal desbordado en capullos se apretó al dulce milagro”, en el cuento “Rocio”.

El motivo del triángulo amoroso también es muy usual en esta antología. En “El hombre que mató al recuerdo”, el doctor Azor comienza a recordar, por medio de la técnica del flashback, a la “hermosísima” Aleida a quien

sorprendió un día en brazos de su mejor amigo...”. En este caso, el tercer integrante del triángulo amoroso queda en el anonimato y no se sabe cuál fue el desenlace del mismo, por lo que es un motivo ciego. El triángulo amoroso, como motivo literario, cuenta con un planteamiento del conflicto, el desarrollo y evolución de las acciones y el desenlace de éstas.

La estructura anterior es corroborada por el triángulo amoroso que aparece en el cuento “La sospecha”. Para Lucas Riverol, su mujer lo traiciona con otro hombre. Le llega a sus manos un anónimo que le advierte de estos hechos. En consecuencia, Lucas los constata y decide desaparecer de la vida de su esposa. Él vio cuando la “sombra blanca de Rosa se dibujó en las tinieblas [...] Ya no podía dudar. La traición era manifiesta. Lucas con el alma transida de pena, tomó una resolución”. Existe en este cuento un desarrollo completo del motivo del triángulo amoroso, pero lo interesante es que Lucas y los lectores se enteran hasta el final que no ha existido un engaño como tal. Rosario logra este efecto a través de la incertidumbre y la omisión de datos, a mi juicio, de una manera sorprendente, porque el final es inesperado.

Sansores cita los versos del poema *El vértigo*, cuyo autor es el poeta romántico español Gaspar Núñez de Arce, en el cuento “La sospecha”, para darle un mayor contenido poético al mismo. El narrador le dice al autor que Lucas Riverol va caminando sin rumbo y recuerda los versos de Arce: “Porque a veces pesa mas / un pensamiento que un mundo”. En este sentido se menciona al poeta colombiano romántico Julio Flórez Roa, en el cuento “Veinte años”; esto aunado a la influencia de Goethe en los cuentos “El hombre que mató al recuerdo” y en “El pacto” da cuenta de cómo las intertextualidades enriquecen el contenido literario de los cuentos poéticos. Además, resulta interesante subrayar que algunos de los personajes principales de los cuentos desempeñan la labor poética, como en “Una cita” y en “La dura verdad”.

A todo lo anterior se le suma la adjetivación constante, típica del Romanticismo. En “El hombre que mató al recuerdo” no sólo hay dicha adjetivación, sino que también aflora la doble adjetivación, tal es el caso de “bella palpable realidad”. Su estilo narrativo adornado con muchos adjetivos nos recuerda el estilo de Gertrudis Gómez de Avellaneda, una poeta cubana romántica. Pienso específicamente en su novela *Sab*, que es totalmente mimética al igual que los cuentos poéticos de Rosario, es decir, retrata a la naturaleza y la contrasta con los sentimientos humanos.

Es interesante puntualizar que en los cuentos de Rosario se cuelean algunos temas modernos como la eutanasia y el incesto. En relación con el incesto resaltan los cuentos “Veinte años” y “El domador”. En “Veinte años”, al protagonista, Abel, no le cabe la menor duda que la mujer con la que acaba de tener relaciones sexuales “es su propia hija a la que el ha profanado en una noche de placer y de vicio”. Si bien en este cuento se le da un tratamiento tradicional al tema del incesto, no pasa lo mismo en el caso de “El domador”, donde se aprecia una tendencia a desarrollar este tema de una manera moderna. El protagonista, Emilio, tiene conciencia desde un principio que está enamorado de su hermana, Lucha, es decir, no pasa como en la tragedia *Edipo rey*, donde los personajes sufren este reconocimiento (anagnórisis) hasta el final de la misma.

No es el objetivo de este análisis demostrar que la obra de Rosario sea moderna, ya que se sabe que ella aborrecía este estilo. Sólo se pretende resaltar cómo los rasgos modernos en los cuentos poéticos de Sansores aparecen de una manera inconsciente, o sea, de forma natural, tal vez por la época y las circunstancias que le tocó vivir y escribir.

Ningún estilo o corriente literaria ha existido aisladamente, ni siquiera la poesía moderna que tanto ha tratado de diferenciarse de lo tradicional; en su centro aparecen características del Barroco como bien lo aclara el crítico literario alemán, Hugo Friedrich. Este crítico, en su obra *Estructura de la lírica moderna*, aclara que por el poco espacio con que cuenta no pudo hacer las comparaciones entre la música y la pintura modernas como quería, “ni señalar las innumerables analogías que la lírica moderna guarda con la poesía barroca”.<sup>19</sup>

En este sentido, Leo Spitzer, crítico literario austriaco, nos comparte sus ideas en relación con los vínculos que hay entre la tradición y la modernidad:

Queda probado que la historia de las formas de estilo presenta admirable continuidad. Hasta una gran innovación como la enumeración caótica de Whitman se inserta en una tradición más que milenaria, cristiana, y su fragmentarismo se nos aparece al menos anticipado por los poetas del barroco español [...] Por otra parte, en la historia de los estilos la etapa anterior nunca queda del todo superada, y está pronta a aflorar a la menor ocasión...<sup>20</sup>

<sup>19</sup> Hugo Friedrich. *Estructura de la lírica moderna: de Baudelaire hasta nuestros días*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1959. 10.

<sup>20</sup> Leo Spitzer. “La enumeración caótica en la poesía moderna”. *Lingüística e historia literaria*. Madrid: Gredos, 1974. 232.



Spitzer sostiene que uno de los rasgos que aparecen tanto en la poesía moderna como en la barroca es la enumeración caótica. Es cierto que no estamos analizando la poesía de Rosario Sansores, pero estas características de la poesía moderna también se filtraron a la narrativa. Además, ya se ha analizado el carácter poético de los cuentos de Rosario.

La temporalidad y el espacio están generalmente bien delimitados; aunque en algunos casos no se advierte, como en “Amor a primera vista”. Si bien la mayoría de los cuentos se desarrollan en La Habana, los espacios son disímiles; comprenden lugares como Mérida, la Ciudad de México, Nueva York, París, las islas de Tahití, Egipto, Turquía, etc., donde se describe el exotismo de los mismos. En Tahití el protagonista del cuento “Shangai”, Jaime de Fresneda, conoce a la hija del jefe de una tribu, Isse, cuya hermosura y exotismo lo deja prendado; la describe de la siguiente manera: “tenía la piel morena, y las pupilas verdes, y extrañas [...] Sus labios, admirablemente dibujados eran sensuales y frescos como una fruta madura. Tenía los cabellos de un suave color castaño, sueltos sobre la espalda desnuda...”

### EL PAÍS NATAL

Este cuento opera bajo la mirada de un narrador en tercera persona omnisciente. Usa la técnica del *racconto*, o sea, hay fragmentos narrados en retrospectiva, aunque esta técnica se aprecia mejor en el cuento “Shangai”. El espacio donde se desenvuelven las acciones es Mérida, esto no se dice como tal, se infiere por las descripciones a manera de crónica que hace el narrador y que tienen que ver con los recuerdos y experiencias vitales de María Mercedes, la protagonista. El relato menciona “la gran plaza de Armas”, alude a la Guerra de Castas, entre otras descripciones.

En este sentido, se aprecia una intratextualidad que permite llegar a la conclusión de que se trata de *La Ciudad Blanca*. En el poema “A Mérida”<sup>21</sup>, recogido en la antología *La novia del sol*, Rosario dice que en su ciudad natal los “grandes arriates lucen tendida su alfombra de blancura los limoneros”. De manera semejante, en el cuento “El país natal”, se menciona que “el azahar de los limoneros” y los “jardines con perfumados arriates” le traen recuerdos de infancia a María Mercedes.

<sup>21</sup> Rosario Sansores Pren. “A Mérida”. *La novia del sol*. México: Ediciones Botas, 1933. 28.

Ya se ha hablado de las amplias descripciones en este cuento, que se asocian con el género periodístico de las crónicas sociales. En este sentido, el uso de la voz pasiva nos recuerda la labor periodística de Rosario también, es decir, de repente se permea la voz pasiva en su obra narrativa. Este planteamiento se constata en el inicio del relato marco o relato principal del cuento “Diez años de juventud” cuando se dice que “las páginas que anteceden, fueron encontradas por mí en el fondo de un rico cofre cincelado de oro.” Es interesante puntualizar cómo la crónica social y la voz pasiva, típicas de la labor periodística, aparecen en los cuentos poéticos. El periodismo traspasa su obra literaria y viceversa, lo que demuestra que Rosario tuvo una gran maestría en mezclar los géneros, o sea, hacer híbridos entre su poesía, su narrativa y su labor periodística.

Sin duda, lo más importante de este cuento es la mención a la Guerra de Castas (1847-1901) en la Península de Yucatán. El narrador cuenta que Doña Domitila durante “la guerra de las Castas había contribuido con su heroísmo a salvar la vida de muchos soldados”. En esta cita se da cuenta de un hecho histórico relevante para los yucatecos, es decir, la guerra civil emprendida por los mayas del sureste de Yucatán, pero también se puntualiza el papel decisivo de la mujer en este movimiento social. De lo anterior se desprende cierta preocupación o tendencia de carácter histórico-social que tienen algunos de los cuentos poéticos de Sansores.

Otro de los cuentos que presenta esta característica es el caso de “Un rayo de sol”, cuyas acciones se desarrollan en la Ciudad de México, en una mansión de Paseo de La Reforma. El protagonista, Luciano Esquivel, regresa del extranjero porque su fortuna se había reducido a la tercera parte, debido a que “la Revolución había devastado tres de sus más ricas Haciendas situadas en el Estado de Michoacán. Un temblor de tierra, destruyó varias casas que poseía en la calle de Mesones...”. En el cuento “Shangai” también se menciona la Revolución, porque el protagonista, Jaime de Fresneda, nos aclara que debido a su estallido los negocios de su padre andaban mal. Jaime comenta que “la revolución había estallado en el Norte de la República, y sus Haciendas estaban situadas en la zona tomada por los revolucionarios”. En este cuento, el motivo de la revolución es el que le confiere dinamismo a gran parte de las acciones en el cuento.

Sin embargo, en el cuento “La sospecha”, el acontecimiento histórico junto con el amor son los dos ejes principales que marcan el desarrollo de la narración; por tanto, este cuento sí es histórico. Además, las acciones se

basan en el papel que desempeñó la mujer en la lucha por la independencia de Cuba. Rosa, la protagonista, extrae furtivamente la quinina de su casa, ya que su marido era un boticario español, para curar a los mambises enfermos de paludismo. Su compromiso con la causa independentista queda resumido de la siguiente manera: “la guerra de Independencia, había finalizado [...] Rosa era la que robaba del Laboratorio de su marido [...] De este modo, miles de vidas habían sido salvadas”.

Además, en “El país natal” hay detalles autobiográficos de Rosario; no es el propósito hacer un análisis de los datos biográficos presentes en el mismo, porque en mayor o menor medida en toda obra estos detalles siempre están presentes. Cuando le preguntaron si su novela *Paradiso* era autobiográfica, el escritor cubano José Lezama Lima respondió que toda “novela es siempre algo autobiográfica; todo novelista emplea recursos idiomáticos, factores idiomáticos, recuerdos de infancia, entrevisiones, momentáneas fulguraciones, una visión, una totalidad”.<sup>22</sup> Es de suponer, por extensión, que en los cuentos pasa algo parecido. Sin embargo, hay que tener mucho tacto en este sentido, ya que Rosario aclara en la crónica autobiográfica de “¡Mis viejos versos!” que “yo inventaba desilusiones prematuras. Pensaba en desengaños precoces. Me daba a pensar cosas absurdas y a darlas por consumadas”.

El carácter autobiográfico del cuento “El país natal” se vislumbra desde el mismo título; además dice que después de 25 años la protagonista regresa a su país natal, que no su estado natal, sin duda es muy sugerente este título. Asimismo es uno de los pocos cuentos que termina con un final feliz al igual que “La sospecha”, “Amor a primera vista”, “Dulce hogar”, “Necesidad de amar”, “Tinieblas” y “El pacto”. Otra vez retoma el tema de lo efímero de la vida, y lo transitorias que pueden ser las riquezas materiales. Aparece el motivo del viaje, que es el principal estimulante de las acciones en este cuento. También existen, en “El país natal”, las oraciones sueltas a manera de versos, cadenas de metáforas y símiles como “toda aquella serena paz se le metió en el alma como una ráfaga de fresca brisa matinal”.

Aunque parezca un poco ambicioso este estudio creo que vale la pena que se haya hecho de esta manera, para que el lector tenga una idea general de cuáles son los alcances de la vasta obra sansorina. Además se ha podido percibir que la pluma de Rosario está dirigida tanto a un público culto como

<sup>22</sup> Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas. *Interrogando a Lezama Lima*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1971. 30.

a uno más popular; es una literatura accesible en cuanto a su lenguaje y estilo, pero que también literariamente tiene un inmenso valor que resulta interesante para un lector más especializado. Lo que vale la pena puntualizar es lo armónico de la existencia de estas características contrastadas en su obra; no se ven forzadas, al contrario, conviven en un todo íntegro.

### CRÓNICAS AUTOBIOGRÁFICAS

También forman parte de su narrativa las crónicas autobiográficas, como las he etiquetado, en vez de “prosas sentimentales”, como aparece en el nombre de la antología: *Dulzura en el recuerdo: prosas sentimentales* (1951), para facilitar su estudio y análisis. Además me parece que tanto en la estructura como en el contenido, estos relatos sobrepasan los límites de prosas sentimentales. Asimismo, no es mero capricho de mi parte, ya que la misma Sansores así los denomina en la crónica autobiográfica “¿Debe reanudarse un amor que se rompe?”. Rosario está meditando qué ha sido de su vida y de sus sueños y dice lo siguiente: “quien dijo que todo en la vida es repetición dijo una enorme verdad. La crónica anterior la escribí hace mucho tiempo”. Vale la pena subrayar que algunas veces también las nombra artículos, relatos, narraciones, etcétera. Lo cierto es que Rosario no era muy constante a la hora de encasillar sus obras o no las clasificaba de la mejor manera, o tal vez eso era lo que menos le interesaba. Me he tomado la libertad de ponerles la etiqueta, que a mi juicio, las clasifica mejor con base en un análisis del fondo y la forma de las mismas y de las aseveraciones de Rosario. Lo he hecho de esta manera, como dije anteriormente, para facilitar el estudio.

En este sentido, el bautizarlas de autobiográficas me parece atinado, ya que en las crónicas en cuestión Rosario nos cuenta detalles de su vida. Esto lo afirmo porque menciona cómo fue su infancia en Yucatán, su educación en el Colegio Teresiano, que tuvo dos hijas: Blanca y Beatriz, la muerte del padre, entre otras cosas no menos interesantes. No es mi intención profundizar en los aspectos biográficos de Rosario, porque se va a publicar la antología de *Dulzura...* en esta compilación de su obra, y en honor a la verdad, prefiero que la Alondra hable de su vida con sus propias palabras.

Tengo que aclarar que Rosario mezcla ciertos rasgos ficcionales con los reales, debido a que en algunos casos se habla de una persona, a veces

anónima, en torno de la cual giran sus datos autobiográficos. Rosario era muy discreta con su vida personal, es por ello que sólo deja ver entre líneas las cuestiones amorosas. Aconseja a las personas a ser discretas con sus intimidades como se aprecia en la crónica autobiográfica “Nuestro propio secreto”. Hace una reflexión profunda al respecto, ya que no sólo da argumentos que respaldan el porqué de la discreción, sino dice qué es lo que se debe de hacer. Rosario indica que un consejo acertado nadie lo puede dar, debido a que “sería preciso conocer a fondo el pensamiento de quien nos lo entrega. Y siempre se guarda algo [...] Por lo tanto no pudiendo conocer totalmente lo que hay en realidad, el que aconseja, no puede solucionar el conflicto”. Ella sugiere que lo mejor es consultar el problema con la almohada y después de una profunda meditación tomar una decisión. Si tiene razón o no, la verdad no es lo importante, lo que interesa es que Rosario era muy discreta para revelar sus intimidades y de ahí la razón por la cual aparezca el personaje ficcional.

Las crónicas autobiográficas son narradas en primera persona y se estructuran con base en tres ejes narrativos o líneas argumentales: la crónica, la autobiografía y la reflexión. En una misma crónica autobiográfica se pueden apreciar los tres ejes mezclados de manera balanceada; sin embargo, en ocasiones, Rosario se expresa más en alguno de los tres ejes. Los temas son diversos como en los cuentos poéticos y cita algunos poemas de ella o de otros poetas reconocidos, para darle un matiz poético a sus crónicas autobiográficas. En este sentido, la intertextualidad y la intratextualidad son evidentes. Por ejemplo, cita los versos de Sully Prudhomme, poeta francés ganador del primer Premio Nobel de Literatura en 1901. Los versos citados pertenecen a *El búcaro roto*; están recogidos en la crónica autobiográfica homónima y dicen así, según la traducción empleada por Rosario: “El búcaro en que muere esa flor pura, / un golpe de abanico lo quebró: / Y tan ligera fue la rozadura / que ni el más leve ruido se advirtió...”. También menciona versos de los poetas mexicanos Juan de Dios Peza, Amado Nervo, María Enriqueta Camarillo; del poeta español Gaspar Núñez de Arce; del poeta argentino Evaristo Carriego; retoma un título de un poema de Otilio González, el poeta saltillense, para darle nombre a una de sus crónicas autobiográficas y usa la biografía de Honoré de Balzac para estructurar una de éstas también; en fin, la lista es larga y la misma no hace más que reflejar las influencias y la gran cultura de *Xtupita*, como le decía su madre, que según ella quería decir en maya algo parecido a la benjamina de la familia.

También aparecen versos de ella como el soneto que le dedica a los cines barrioteros en la crónica autobiográfica del mismo nombre, que frecuentaba en La Habana y que dice de la siguiente manera:

Amo los humildes cines barrioteros  
amables y tibios refugios de amor,  
donde con sus claros trajes domingueros  
tejen los amantes su idilio mejor.  
Cines de suburbio, siempre bulliciosos,  
donde los muchachos rompen a gritar  
cuando en la pantalla surgen, belicosos,  
los bravos vaqueros prontos a pelear.  
Aislados los novios, se dicen ternezas...  
Insensiblemente juntan las cabezas  
trenzando las manos con loca ansiedad.  
La mamá bosteza con gesto aburrido,  
y un beso resuena con leve chasquido  
rompiendo el misterio de la obscuridad.

Para Rosario estos cines tenían un encanto particular porque en aquella época todavía pasaban películas románticas. Ella consideraba que el cine era una de las mejores formas para educar al pueblo y por tanto se enojaba cada vez que veía esas películas “insulsas y morbosas” de los cines de lujo y de mala influencia para la juventud. En este sentido decía que “toda película obscena, o cuyo lenguaje es vulgar, debía desterrarse [...] El cine es la mejor escuela. Y hay que depurarlo de lacras”.

Por otro lado, en estas crónicas autobiográficas la Alondra filosofa acerca de la mujer educada. Comenta la revista *Checoslovaquia de hoy* en la crónica “La mujer que lucha” y dice que cada vez más la mujer está desempeñando labores que antes sólo las hacían los hombres. Puntualiza que “actualmente la mujer de todo el mundo ha levantado la bandera de la rebelión. Ha elegido su senda, quiere ser ella y ganarse el pan. Quiere mandar en sus sentimientos. Antes, su misma ignorancia la arrojaba, en los brazos de un hombre”. En este sentido, en la crónica autobiográfica, “El problema de la mujer culta”, Rosario cuenta que estaba en la terraza de uno de los edificios que rodean el Parque Central en la Ciudad de La Habana. Allí, el hombre por el cual ella hubiera dado todo se le ocurrió

insinuar que las mujeres talentosas eran insoportables y que él prefería a la dócil y sin voluntad. Ante esto Rosario le comparte al lector que “un chorro de agua fría sobre mis espaldas no me hubiera producido mayor consternación. Callé mi desilusión y sonreí burlona”. Después dice que renunció a compartir su vida con aquel hombre porque jamás hubiera representado la felicidad.

No me atrevo a afirmar abiertamente que en Rosario haya algún tipo de feminismo, pero tampoco estoy del todo de acuerdo con la frase de que “Rosario no es feminista, es femenina”<sup>23</sup>, que sentencia el periodista y crítico Francis Laguado Jayme en el prólogo a *El breviario de Eros*. Lo cierto es que, a mi juicio, en la obra sansorina se distinguen viñetas de estos conceptos (feminista y femenina), que se mezclan y se complementan, pero eso ameritaría un estudio más minucioso. Sin embargo, en el relato “Las que se juzgan genios”, de las *Rutas de emoción*, Rosario arremete contra la mujer que trata de imitar a los hombres, de las que dice que sólo consiguen quedar en ridículo y que no son aptas para la política. No se queda en este punto y más adelante deja ver su criterio en relación con la homosexualidad. Al respecto dice que “cuando un hombre invierte los papeles y se parece a las mujeres, provoca su burla y su desprecio. Nada tan miserable como esos especímenes que no son ni una cosa ni la otra y adoptan maneras femeniles”.<sup>24</sup> Con estas últimas ideas pareciera que Rosario Sansores se contradice con respecto a estos temas, pero hay que recordar que no se sabe el año de publicación de la edición del Club Rotario y que las crónicas autobiográficas de *Dulzura...* son de 1951. Si asumimos que ésta es posterior a aquélla, cabe la posibilidad de que hubo una evolución en el pensamiento de Rosario para satisfacer todo tipo de público y posturas y así evitar la censura.

En este sentido, José Joaquín Blanco nos dice, en relación con el estilo de Rosario, que él encuentra “mucho menos exagerado o cursi este estilo, que el de las poemáticas feministas-sociológicas universitarias de nuestros días. Sólo que éstas carecen del fraseo, de la música y de los cientos de miles de lectores (y millones de radioescuchas) de Rosario Sansores”.<sup>25</sup> Además, José Joaquín nos comenta que uno de los poemas de Rosario, “Una mujer”, y sin que ella supiera, se convirtió en un himno para la co-

<sup>23</sup> Rosario Sansores Pren. *El breviario de Eros*. La Habana: Molina y Ca., 1930. 7.

<sup>24</sup> Rosario Sansores Pren. “Las que se juzgan genios”. *Rutas de emoción*. México. 75. Es edición del Club Rotario de México.

<sup>25</sup> José Joaquín Blanco. *Op. cit.*

munidad gay desde los años cuarenta. Al respecto señala que si alguien, en un disco de Elvira Ríos, escoge la canción homónima escuchará “el himno sentimental de los gays mexicanos durante todo un medio siglo, al menos hasta el éxito de la ‘¡Queridaaaaa!’ de Juan Gabriel”.<sup>26</sup>

### EL BREVIARIO DE EROS

Los relatos que conforman esta antología están narrados en primera persona y están escritos en prosa poética, aunque en honor a la verdad, toda la narrativa de Rosario es poética. Además tienen la peculiaridad de que se combina el yo lírico con el tú ficcional o sujeto ficcional, donde se aprecia la primera persona en armonía con una segunda persona anónima. Un poco a la manera de la escritora chilena María Luisa Bombal, y estoy pensando específicamente en su novela corta *La amortajada* o en varios escritores del *boom* latinoamericano. Rosario es uno de los pocos autores que trabajan la segunda persona, lo cual merece un estudio más profundo. Los críticos literarios, incluso, prefieren obviar esta persona a la hora de hacer un análisis.

El teórico literario Oscar Tacca da pistas al respecto, cuando dice que: “dejemos de lado el caso, no siempre uniforme, de la segunda persona, que demandaría un largo desarrollo”.<sup>27</sup> Vale la pena mencionar que en la antología de *Dulzura...* hay algunas crónicas autobiográficas que presentan la peculiaridad del tú ficcional: “Un día me quisiste” y “¿Debe reanudarse un amor que se rompió?”. Asimismo, algunos relatos de las *Rutas de emoción* presentan la misma característica. Como dato curioso, la crónica autobiográfica “Un libro de amor” da cuenta del surgimiento de *El breviario de Eros*. A continuación se reproduce una de estas prosas poéticas, recogida en *El breviario de Eros*, donde se constata lo que se ha dicho anteriormente en relación con el tú ficcional:

### LÁGRIMAS

Cuando me conociste, yo era alegre y risueña como una colegiala; llevaba siempre en los labios una dulce canción de juventud y tu me confesaste que

<sup>26</sup> *Ibid.*

<sup>27</sup> Oscar Tacca. *Las voces de la novela*. Madrid: Editorial Gredos, 1978. 72.



fué precisamente el eco de mi canción el que te atrajo a mí en aquella fría lluviosa tarde de Diciembre cuando me viste por primera vez.

Porque soy supersticiosa, —debido seguramente a mi origen maya— siempre he gustado de los collares brillantes, de los amuletos y de los largos pendientes que oscilan a cada movimiento de mi cabeza inquieta. Así me vieron tus ojos entonces, toda adornada de sartas multicolores que rodeaban mi cuello moreno para preservarme de las malas influencias.

Yo era alegre como una mañana de sol y frívola como una de esas ligeras mariposas que revolotean sobre todas las flores sin detenerse en ninguna.

Yo era coqueta como Colombina la pérfida amante de Pierrot y al igual que ella, me gustaba burlarme del dolor de los hombres y reirme de su angustia! Pero llegaste tu y sin apercibirme de ello, comencé a cambiar. Porque a ti no te gustaban mis brillantes collares, dejé de engalanarme con ellos.

Porque no te agradaban mis largos pendientes, dejé de lucirlos en los lóbulos rosados de mis orejas.

Porque te disgustaba mi coquetería, olvidé jugar con el corazón de los hombres. Ahora ya no sé encender en ellos la hoguera roja de los deseos pues ello te desagrada y no quiero proporcionarte el más leve dolor!

Mas ¡Ay! tú me robaste también el dulce secreto de mi sonrisa, porque desde que te amo, vivo presa de una inquietud perenne que me impide reir.

Y ahora cuando por las mañanas me contemplo en el espejo de mi armario, en vez de aquel fresco y risueño rostro de colegiala, veo un triste y pensativo rostro de mujer en cuyas hondas pupilas tiembla en el brillo furtivo de las lágrimas...<sup>28</sup>

### CRÓNICAS SOCIALES

Su prosa se enriquece con las colaboraciones diarias en la sección de sociales, en el periódico *Novedades*, de “Rutas de emoción” y las muy novedosas en aquel entonces crónicas sociales, firmadas por su propio nombre y el pseudónimo de Solange de Morván respectivamente. Las crónicas sociales constituyen un aporte de Rosario al periodismo mexicano, ya que fue un género traído por ella desde La Habana, según sus declaraciones en la entrevista que le hizo Elena Poniatowska:

---

<sup>28</sup> Rosario Sansores Pren. *El breviario de Eros*. La Habana: Molina y Ca., 1930. 47-48.

—Oiga doña Rosario, ¿y ese estilo de escribir, de dónde lo sacó usted?  
—De La Habana, niña, de La Habana. Yo aprendí allá el nuevo sistema de hacer crónicas sociales. Los cubanos le dan una gran importancia a los sucesos de sociedad. Se hacen extensas descripciones de la casa, de la mesa, y con frases halagadoras se describe a cada uno de los invitados. Cuando yo regresé a México, después de colaborar, durante un año en el *Diario de la Marina*, las crónicas sociales eran sencillamente unas largas listas de nombres...<sup>29</sup>

La cita anterior permite concluir que Rosario Sansores no fue la creadora del género periodístico en cuestión, ya que el mismo lo aprendió en La Habana. Sin embargo, lo que sí es cierto es que las crónicas sociales que ella hacía tenían su sello personal y su propio estilo, yo diría que un tanto poético. Además, sí hubo “notas de sociedad” en casi todos los periódicos mexicanos de la época antes de las columnas de Rosario, generalmente anónimas, que comprendían tertulias, bailes, enfermos, matrimonios, etcétera. Dichas notas no se parecían en nada a las crónicas de sociedad de Rosario Sansores, y como ella muy bien dijo, “las crónicas sociales eran sencillamente unas largas listas de nombres...”, por lo menos en el periódico *Novedades*.

Sería interesante hacer un estudio más profundo en relación con la evolución que tuvo dicho género, tanto en La Habana como en la Ciudad de México, después que Rosario lo introdujo. Para el año 1968, el escritor uruguayo Juan Carlos Onetti se burla de este género en su cuento *La novia robada* cuando imita el “hermético y añorante estilo de las decaídas cronistas de notas sociales”, debido a que pretende informarle al lector cómo sería descrito por éstas el vestido de novia de la protagonista de su cuento. Como se apreciará en la cita siguiente, dicho estilo se parece bastante al de Rosario: “el día de su casamiento celebrado en la basílica Santísimo Sacramento, lució vestido de crepé con bordado de strass que marcaba el talle alto. Una vincha de strass en forma de cofia adornaba la cabeza y sostenía el velo de tul de ilusión...”.<sup>30</sup> En una mirada somera me di cuenta, que en la sección de sociales del periódico *Novedades* y después que Rosario introdujo este género aparecen réplicas anónimas del estilo de ella, lo cual me conlleva a pensar que pudieran ser artículos anónimos de la misma Sansores o de otras u otros columnistas influidos por ella.

<sup>29</sup> Elena Poniatowska. *Op. cit.* 51.

<sup>30</sup> Juan Carlos Onetti. *La novia robada*. México: Siglo XXI editores, 1978. 38—39.

La crónica periodística se encarga, en líneas generales, de retratar un lugar, una persona, un acontecimiento, etcétera, con un lenguaje sencillo y accesible para que el mensaje llegue con rapidez al lector. Los hechos son descritos según el orden en que ocurren en un periodo de tiempo. Rosario, con sus crónicas sociales, una vez más quiebra los límites y mezcla la crónica periodística con la crónica literaria. Esto último se aprecia con la adjetivación constante, las metáforas, símiles, el lenguaje exquisito, que adornan sus crónicas sociales. Asimismo, se toma la libertad generalmente de expresar su opinión y de participar como un personaje más, detalle que no admiten ni la crónica periodística ni la literaria. Todo lo antes dicho se podrá constatar en el ejemplo que se incluye en este estudio más adelante.

Una búsqueda que hice en el periódico *Novedades*, en la Hemeroteca Nacional, revela que Rosario comienza con sus aportes de las crónicas sociales y las “Rutas de emoción”, a partir del miércoles 9 de agosto de 1939. Es muy probable que haya colaborado en el mismo periódico antes e incluso, con otro pseudónimo, pero tengo que confesar que no encontré nada al respecto; tal vez una búsqueda más exhaustiva, en este sentido, sería ideal.

El miércoles 9 de agosto de 1939 la sección de sociales se llamó “México social”. La sección de sociales anterior es la del martes 8 de agosto de 1939, cuya sección social se llamaba “De la vida social”, lo cual demuestra que hubo un cierto cambio, es decir, Rosario empezó con sus colaboraciones con un nuevo nombre para la sección de sociales. Lo antes dicho me permite pensar que el miércoles 9 de agosto de 1939 la sección de sociales, incluso con nuevo nombre, inaugura las crónicas sociales y las “Rutas de emoción” de Rosario Sansores. Además, para 1970 Rosario confiesa que “podría contar muchas anécdotas relacionadas con mis treinta años de cronista social”.<sup>31</sup> Si se saca cuenta, efectivamente debió empezar más o menos en 1939, aunque sabemos que desde que vivía en Cuba ella hacía crónicas periodísticas, a partir de la década del veinte, y no crónicas sociales, según la investigadora cubana María Eugenia Meza Olazábal.

Un ejemplo de nota social antes de las colaboraciones de Rosario es la que aparece a continuación:

---

<sup>31</sup> Rosario Sansores. “Rutas de emoción: Futuras periodistas”. *Novedades* [Ciudad de México] 22 enero 1970: 2. Sociales. Segunda sección.

## “Suntuoso matrimonio”

Tuvo lugar en el templo de Nuestra Señora de Guadalupe de la Paz entre distinguidas familias hispanas.

Ayer, a las 12:00 horas, tuvo lugar en el Templo de Nuestra Señora de Guadalupe de la Paz, el suntuoso matrimonio de la señorita Virginia Núñez Amezcua con el conocido caballero Santiago Ontañón Delgado, ambos pertenecientes a distinguidas familias de la H. Colonia Española radicada en esta capital.

Numerosas familias se congregaron en el templo mencionado para presenciar la solemne ceremonia que fue apadrinada por el señor Agapito Ontañón y la señora María Teresa Ontañón Delgado y el señor Roberto Núñez y la señora Amalia Amezcua de Núñez de manos y de velación, respectivamente.

Como madrina de ramo y lazo fungieron la señora Carmen Ontañón de Carriles y la señorita Guadalupe Gutiérrez. La corte de honor la formaron las señoritas Celia Núñez y Sara Bueno y como pajecito la niña Margarita Núñez. El banquete de esponsales tuvo lugar en el salón “Reina Maya” del Hotel Reforma en donde se reunieron distinguidas familias ibéricas y amigos de los contrayentes entre los que se encontraban industriales, comerciantes, miembros de la banca y centros hispanos, así como representantes de varias industrias norteamericanas. Durante el ágape reinó la más franca cordialidad y a la hora del brindis se hicieron votos por la felicidad de los nuevos esposos.

Una conocida orquesta ejecutó lo mejor de su repertorio y se entonaron y bailaron canciones regionales españolas.

El matrimonio civil se efectuó en la residencia de la Calzada México-Tacuba número 649, firmando el acta de rigor, por parte de la novia los señores Manuel Hernández y Roberto Núñez y por parte del novio los señores Antonio Carriles Pagazaurtundua y Pablo Alonso<sup>32</sup>.

<sup>32</sup> Anónimo. “Suntuoso matrimonio”. *Novedades* [Ciudad de México] 4 agost. 1939: 6.

Un ejemplo de crónica social, que sí escribió Rosario Sansores, es el que aparece a continuación:

### EL LUCIDO BAILE, DE ANTENOCHÉ, EN EL CENTRO YUCATECO

Por Solange de Morván.

El baile del Centro Yucateco, que fué ofrecido la noche del sábado en los altos del ex Frontón México, fué todo un acontecimiento. Desde las diez y media comenzaron a llegar las parejas. La orquesta estaba lista. Alguno que otro preludio se escuchaba...

—Tenían deseo de comenzar el programa.

Poco a poco las mesitas se fueron llenando. La primera que se ocupó, fué la del señor Arturo Cisneros Peña, director de “TODO” que iba acompañado de su gentil esposa y de su bella hija Nuri Cisneros, que iba ataviada de rosa y tenía unos ojos tristes y hermosísimos; más allá, vi a Rosita Rodríguez Feo de Gual con su esposo Ramoncito Gual... la linda Ethmida Placeres, con falda negra y blusita de tisú, iba del brazo de un joven...

El doctor Celiano Pérez Vargas, entusiasta director del grupo cultural “Thalia”, había organizado un grupo de mestizas para que bailaran la jarana yucateca...

Había expectación entre las damas.

Ansiedad en los señores...

Judith Sanjenis de Garay, vestida de negro, con ojos lánguidos y sonrisa triste, pasó cerca de mí.

Este baile era en honor del Círculo Cubano. Por lo tanto, la colonia cubana estaba en pleno. La señora Rizo, vestida de negro, con su hija Esthercita Rizo, muy linda; Carmencita González Cordero, iba de azul; Alicia Piña, vestida de amarillo, iba masticando chicle...

—No mastiques chicle, que es muy feo —le dije—

—No lo digas, Solange...

—Sí —lo diré en la crónica— es muy desagradable eso y en una boca bonita como la tuya, más todavía...

Se ruborizó. Y el joven que iba con ella y hacía lo mismo, se sacó con disimulo el chicle de la boca...

De negro, vi a Alicia Alvarez, que estaba muy bonita; Mercedes Hoyo, iba vestida de azul, Lolita Argitelles, de color bugambilia; Ana María de Arzate, de negro y blanco; Guillermina Sánchez de la Rosa, de negro; Aurora Chávez, de azul monísima; Bertha Rubín de Celís, de negro; Alicia Arregui, de negro y blanco, muy mona; Bertha Múgica, de azul natier...

Señora Villamil de Pérez, de verde esmeralda; Ana María Martínez iba de color de rosa.

Alicia Coutiño, preciosa, ataviada de negro y blanco, me llamó aparte:  
—Solange, el día 17 damos una posada y quiero que vengas.

—Iré —le dije.

Rosalía Lucio, vestía de color guinda; Ana Arellano, de azul; Adriana Bastida de Herrera, de palo rosa; Irma Camiles de Arzate, de verde; Ana María de Arzate, de negro y blanco; Bertha de la Rosa, de color de rosa; Elsa Torres, de azul; Aurora Chávez, de azul; Josefina Rojas de Gual, de blanco, muy bonita.

María del Socorro Domínguez, iba de negro; Bertha Rubín de Celis, de negro...

Cuca Lagos, de color gris acero; Mercedes Arregui, preciosa, de negro...

Magdalena Granja, de azul natier; Bertha Hoyos, de tul blanco, parecía una vaporosa nube; Aurora Brown, de negro...

De tornasol vi a Yolanda Urrutia, que estaba monísima; Ana María Mar-

tínez, de color de rosa; Alicia Corral, de verde; Alicia Pedrero, coqueta y linda, pasó vestida de azul. La orquesta había comenzado a tocar danzones y ella, apoyada en el hombro de su compañero, sonreía traviesa; de rosa, iba Martha Ojeda; Ofelia Hernández, de color salmón; Guillermina Salmós, de negro, estaba muy bonita.

Adriana Bastida de Herrera, de palo rosa; Laura del Moral, de color bugambilia...

Uno de los que bailaban con mayor entusiasmo fué Guillermo Sanjenís Jr. También Guillermo Sanjenis Sr.... cada uno llevaba del brazo a una muchacha lindísima....

Víctor Manuel Placeres bailaba con Etta Rizo Campomanes.

Paulino Rizo bailaba con Alicia Piña.

María P. de Sierra bailaba con Manuel Cáceres Novelo; María del Socorro Domínguez iba con el señor Enrique Domínguez; María del Socorro Argüelles bailaba con el señor Julio Beltrán.

A las doce de la noche hicieron su aparición las lindas mestizas. Las recibió una diana...

Y la "Jarana" se bailó en medio de un loco entusiasmo...

El señor Carlos de Alba, se hizo cargo de la mesticita Cecilia Cárdenas, una de las más lindas muchachas de la colonia yucateca, hija del maestro Cornelio Cárdenas, inspirado compositor yucateco...

Las otras mesticitas eran: Ada Elena Alcocer, Noemí Cámara, Elsa Gual, Glin Lozano, Ofelia Gamboa, Imelda Castillo López, Adina Rejón, Dora Aranda, Lady Leal, Carmen Ramos Salido, Merceditas Peón Ginés...

Las dos preciosas hermanas del señor Gustavo Arce, presidente del Centro Yucateco...

El licenciado José de Alba, que bailaba conmigo, exclamó al verlas:

—No sé cuál es más bonita de las dos —una rubia y otra morena.

—A usted le agradan las rubias —dije.

—Sí. —me respondió —Son encantadoras pero también me gustan las morenas...

Por remedar al autor de la canción aquella de “me gustan todas en general”...

La música, seguía tocando...

Y yo me fuí del Centro Yucateco. Eran las doce y media pasadas y en el Casino Español había baile y había ofrecido hacer la reseña<sup>33</sup>.

## RUTAS DE EMOCIÓN

Las *Rutas de emoción* comprenden una antología publicada en 1945<sup>34</sup>, otra publicada por el Club Rotario y la columna del mismo nombre en el periódico *Novedades*, que son las que yo conozco, porque Elena Poniatowska nos dice que en total son tres volúmenes de las *Rutas de emoción*. Además, Rubén Reyes nos habla de una antología que fue publicada en 1942, por lo que faltaría otra para completar los tres volúmenes homónimos de los que nos habla Elena Poniatowska, si es que la de 1942 y la de 1945 son diferentes y no una reedición, o ¿será la edición del Club Rotario el tercer volumen?

Los relatos de las *Rutas de emoción* están narrados en primera persona, generalmente, y comprenden narraciones de estructuras muy diversas. Algunos son parecidos, estructuralmente, a las crónicas autobiográficas de *Dulzura...*, es decir, se estructuran con base en tres ejes argumentales: autobiografía, crónica social y reflexión. Otros acentúan uno de estos tres ejes solamente. Varios de ellos presentan la particularidad del tú ficcional de *El breviarío...* Sin embargo, lo que predomina, a mi concepto, es el aspecto reflexivo, que nos habla de la intención didáctica de los mismos.

A partir del miércoles 13 de mayo de 1970 se nota la ausencia de Rosario con sus columnas de las “Rutas de emoción”. La última que se publicó

<sup>33</sup> Rosario Sansores Pren. “El lucido baile”. *Novedades* [Ciudad de México] 4 dic. 1939: 13

<sup>34</sup> Rosario Sansores Pren. *Rutas de emoción*. México: Libros y Revistas, 1942.



llegó a *Novedades* el miércoles 5 de enero de 1972 y se publicó en primera plana el sábado 8 de enero de 1972, un día después del deceso de la poeta. Aunque se dice que la “escribió la víspera del Año Nuevo”, como se verá a continuación, ya que esta última columna está reproducida íntegramente en este estudio. El mismo día aparece una esquela que dice, en líneas generales, que Rosario falleció a la 1:00 del viernes 7 de enero de 1972; estaban presentes su hija Blanca Sanjenís Elmo, los nietos Beatriz Núñez Sanjenís y Manuel Núñez Sanjenís, algunos sobrinos, sobrinos políticos y demás familiares: María Laura T de Sendra y José Torroella, Armando Suárez Lastra, Serapio, Esteban, el Lic. José de Alba y Luna, etcétera. El duelo fue en el Edificio Gayosso (esq. Félix Cuevas y Gabriel Mancera) y que el cortejo salió a las 15:45 horas hacia el Panteón Jardín, los restos mortales se depositaron a las 17:00 horas. Fernando Gaitán H., jefe de Sociales, publica un artículo este mismo día elogiando el trabajo de Rosario Sansores. En este sentido puntualiza que La Alondra:

“Simboliza una gran época, una etapa sentimental en la sociedad mexicana [...] Ella supo dar impulso y reflejar en sus crónicas [...] a un nuevo movimiento sociológico, al fenómeno de la reintegración social. De ese grupo de las viejas y tradicionales familias del tiempo de Porfirio Díaz y con la fusión de la llamada familia surgida de la Revolución. Su crónica periodística trató de encender y reunir a esos grupos y sus vinculaciones con los residentes extranjeros, particularmente con los libaneses [...] Sus Rutas de Emoción le hicieron ser una de las escritoras más leídas, no solamente en la República, sino en muchos países de Latinoamérica [...] En estas columnas lo mismo expresaba momentos de su vida (podríamos decir que son notas autobiográficas), que se rebelaba contra el ambiente que no tenía el señorío ni la compostura de su tiempo. Siempre daba el mejor de los consejos, se preocupaba mucho por la mujer y por los niños [...] su obra literaria queda como un legado permanente, dentro del florilegio de poetas latinoamericanos. Alguien dijo que Rosario Sansores, dentro de su época, alcanzó el nivel literario de Juana de Ibarborou...”<sup>35</sup>

Gaitán cuenta también que multitudes de personas desfilaron por los funerales de Rosario; entre ellos estaban tanto personajes de socie-

<sup>35</sup> Fernando Gaitán H. “Sentido deceso de la poetisa Rosario Sansores”. *Novedades* [Ciudad de México] 8 enero 1972: 1+. Sociales. Segunda sección.

dad como el mismo presidente del periódico con su familia, Sr. Rómulo O’Farril, como personas humildes, que Rosario había ayudado. Por otro lado, se sabe que Juana de Ibarbourou leyó a Rosario, ya que el Dr. Mario González Ulloa, en el prólogo a la edición de *Rutas de emoción* del Club Rotario, menciona que fue a ver a Juana cuando visitó Montevideo. El Dr. Ulloa agrega que “Doña Juana de América me recitó varios poemas de Rosario Sansores tan conmovedoramente bellos que regresé a México deseando vivamente conocer esa fase de la vida de Rosario Sansores que yo no conocía en la periodista...”<sup>36</sup> Además, en primera plana el domingo 9 de enero de 1972 en *Novedades*, Elena Poniatowska publica una versión de la entrevista que le hizo a Rosario Sansores<sup>37</sup> y que más tarde la incluiría en *Todo México* en el volumen IV.

## RUTAS DE EMOCIÓN

Como presintiendo su muerte, la poetisa y periodista Rosario Sansores escribió la víspera del Año Nuevo esta columna que envió a NOVEDADES. Esta fue su última Rutas de Emoción:

Por Rosario Sansores

Hemos entrado en un nuevo año. Volvemos la mirada hacia atrás y nos preguntamos:

—¿Pero es posible que haya transcurrido ya un año entero?

—Sí, desgraciadamente las horas vuelan vertiginosamente y nadie quisiera que fuera así. Como Josué, muchos quisieran detener el tiempo, porque, a pesar de sus penas, la vida es hermosa.

A pesar de que en ella caben penas, amarguras, desilusiones y angustias, también caben alegrías, esperanzas y sueños.

La vida es como un mosaico. En ella se mezclan todos los colores. Las

<sup>36</sup> Rosario Sansores Pren. “Prólogo”. *Op. cit.*

<sup>37</sup> Elena Poniatowska. “Rosario Sansores última exponente de un romanticismo candoroso”. *Novedades* [Ciudad de México] 9 enero 1972: 1+.

personas sensatas, tratan de aprovecharlos. La gente necia, desperdicia el tiempo lamentablemente en cosas inútiles. Piensa; —Tengo por delante muchos años. Y de pronto, se comprende al mirarse al espejo. ¿Dónde quedaron las mejillas tersas, la luz en los ojos, la frescura en la boca? Día a día los dedos del tiempo duros y crueles fueron destruyéndolo todo, arrugaron las mejillas, apagaron el brillo de las pupilas y marchitaron los labios en flor.

Entonces es cuando nos damos cuenta realmente y sollozamos. Para tratar de retener los encantos de esa juventud, muchos apelan a los cosméticos, a la cirugía plástica, a los remedios caseros. Pero el tiempo es inexorable y se burla de nosotros.

Nada puede borrar lo pasado. Nada puede destruir lo que nuestra inconsciencia levantó. Nada.

Lo hecho, hecho está. De ahí que al terminar el año, hagamos balance de nuestros actos y procuremos reparar los errores cometidos. Así, al menos, acaso nuestra vida tenga mejores satisfacciones si tratamos de sembrar amor y buena voluntad. Si borramos odios y rencores innecesarios. Si nos arrepentimos sinceramente y procuramos no incurrir en las mismas faltas. El año llega preñado de amenazas, de incertidumbres y de zozobras. Pero debemos recibirlo con fe y esperanza.<sup>38</sup>

#### OTROS APORTES EN PROSA

Rosario prologó algunos libros de escritoras nacionales y extranjeras. Al respecto destacan los casos de la antología poética, *Sinfonía de luz*<sup>39</sup>, de la guatemalteca María del Pilar y *Niebla*<sup>40</sup>, de la michoacana Teresa Vázquez Valdovinos (Teresa de Silva). Asimismo, hizo una semblanza para la primera antología poética, *Cosecha*<sup>41</sup>, de la sinaloense Chayo Uriarte. Además prologó el libro de cuentos, *Cuarto de hora*, de la sonorese Enriqueta de Parodi.<sup>42</sup> A Sansores también se le atribuye la autoría del libro-guía *El libro*

<sup>38</sup> Rosario Sansores Pren. “Rutas de emoción: Hemos entrado al año nuevo”. *Novedades* [Ciudad de México] 8 enero 1972: 1.

<sup>39</sup> María del Pilar. *Sinfonía de luz*. México. Ed. de la autora.

<sup>40</sup> Teresa Vázquez Valdovinos. *Niebla*. México: Ed. de la autora, 1955. 5-6.

<sup>41</sup> Rosario Uriarte. *Cosecha*. México: Font, 1935.

<sup>42</sup> Enriqueta de Parodi. *Cuarto de hora*. México: Ed. de la autora, 1936. XI-XIII.

*azul de la sociedad mexicana*<sup>43</sup>, aunque me da la impresión que ese libro se concibió por un colectivo de personas, donde Rosario jugó un papel protagónico.

De esto último no tengo pruebas, sólo me dejó llevar por la extensión y la complejidad del mismo. Además porque se menciona al principio a varias personas con sus cargos, como por ejemplo hay un director. También porque el libro está formado por varios anuncios publicitarios, que me llevan a pensar que Rosario fue una colaboradora más. Sería interesante un estudio más detenido al respecto.

El prólogo que Rosario redactó para la poetisa guatemalteca, María del Pilar, dice de la siguiente manera:

#### PARA EL LIBRO DE MARÍA DEL PILAR

María del Pilar, se llama a sí misma “Árbol solitario”, un árbol en cuyas ramas anida el pájaro azul de los sueños.

Ella ha venido a México. Un viaje rápido, que me ha permitido estrechar sus manos cordiales llenas de lealtad.

María del Pilar, tiene como todas las mujeres un rincón oculto, adonde no llega la humana curiosidad. Todas las que escribimos, las que sentimos, las que damos al público nuestra emoción, somos como ella “Árboles solitarios”. Necesitamos aislarnos para poder crear. En medio del bullicio, las ideas se ahuyentan como mariposas de alas frágiles.

Este libro que ella pone en mis manos, para que yo lo lea, “Sinfonía de Luz” es la expresión de sus más hondos sentimientos. Canta en sus páginas el corazón de la madre, el corazón de la amante el corazón siempre rebosante de ternura que se desborda en estrofas.

Y yo, escribo en el bello libro de María del Pilar, estas breves líneas. La dulce viajera regresa a Guatemala, su patria... Pero se lleva prendida en los ojos, la visión de México, que encerrado en su collar de azules montañas, vive custodiado por el Popo y el Iztaccihuatl, los dos amantes de la leyenda eterna...

---

<sup>43</sup> Rosario Sansores Pren. *Libro azul de la sociedad mexicana*. México: Publicidad Carbac, 1946.

¿Volverá María del Pilar? Sí; regresará un día y tal vez me traiga otro libro escrito en sus horas de soledad y de silencio.

Rosario Sansores.

### OBRAS DE ROSARIO SANSORES

Juan Bautista Delgado, en carta a Rafael Heliodoro Valle, escritor hondureño que vivió gran parte de su vida en México, recomienda la obra de Rosario, para que éste le publique algunos poemas inéditos. Al respecto dice Bautista que los libros que ha publicado Rosario han tenido “gran resonancia: ‘Mientras pasa la vida’ y ‘Versos primigenios’. Acaba de dar a la Casa Herrero<sup>44</sup> de aquí un nuevo volumen y a la Casa Garnier<sup>45</sup> de París otro con el título de ‘Nuestra Señora de la inquietud’<sup>46</sup> [...] En prosa va a publicar ‘Cartas Sentimentales’ o ‘Epistolario Sentimental’: un primor de jirones autobiográficos”.<sup>47</sup> Como se puede apreciar, en la cita anterior, salen a la luz nuevas obras de Rosario, ya que de todas las que se mencionan sólo conozco “*Mientras pasa la vida*”, lo entrecomillo porque se sabe que el nombre real es *Mientras se va la vida*. Si asumimos que las últimas cuatro obras que se mencionan se publicaron, y que son diferentes los “tres volúmenes de las *Rutas de emoción*”<sup>48</sup> que apunta Elena Poniatowska, se puede concluir que existen alrededor de veintinueve obras conocidas de Rosario Sansores. En prosa serían nueve, contando la edición de *Rutas de emoción* del Club Rotario, y en verso serían doce.

### PROSA

*El breviario de Eros*. La Habana: Molina y Ca., 1930.

*Rutas de emoción*. México: Libros y Revistas, 1945.

*Rutas de emoción*. Dir. Mario González Ulloa. Club Rotario de México y amigos, sf.

*Diez años de juventud*. México: Libros y Revistas, 1943\*.

<sup>44</sup> Creo que dice Casa Herrero, porque la carta está manuscrita y casi no se entiende.

<sup>45</sup> *Ibid.*

<sup>46</sup> Escribo una X porque no entiendo cuál es la palabra exacta.

<sup>47</sup> Juan Bautista Delgado. Carta a Rafael Heliodoro Valle. 9 sept. 1925. Fondo Heliodoro Valle, 25. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional. México.

<sup>48</sup> Elena Poniatowska. “El arte de ser cursi”. *Todo México/IV*. México: Editorial Diana, 1998. 59.

\*El libro se publicó en 1946 pero los derechos son de 1943.

*Libro azul de la sociedad mexicana.* México: Publicidad Carbac, 1946.  
*Dulzura en el recuerdo.* México: Libros y Revistas, 1951.

### POESÍA

*Del país del ensueño.* Cuba, Topografías Castro, 1911.  
*Las horas pasan.* Cuba, Topografías Castro, 1921.  
*Mientras se va la vida.* México: Herrero Hermanos Sucesores, 1925.  
*Cantaba el mar azul.* Madrid: Espasa Calpe, 1927.  
*La novia del sol.* México: Ediciones Botas, 1933.  
*Fruta madura.* México: Artes Gráficas del Edo, 1940.  
*Mi corazón y yo.* México: Libros y revistas, 1943.  
*Sombra en el agua.* México: Editorial Olimpo, 1951.  
*Polvo de olvido.* México: Libros y Revistas, 1951.

### AGRADECIMIENTOS

Agradezco sobremanera a todo el colectivo de personas del programa Biblioteca Básica de Yucatán, y en especial a la Licda. Verónica García Rodríguez (Coordinadora del programa Biblioteca Básica de Yucatán) y al Dr. Raúl Godoy Montañez (Secretario de Educación de Yucatán), que han emprendido este laudable proyecto para rescatar la prosa de Rosario Sansores, por brindarme la oportunidad para compartir mis más humildes ideas al respecto; asimismo aprovecho para dar gracias al Dr. Michael K. Schuessler (UAM Cuajimalpa), por todo su apoyo y colaboración. Además agradezco a la Mtra. Alma Leticia Mejía González (UAM Iztapalapa), por sus asesorías, al Lic. Jorge Iván Rubio Ortiz (Dr. Grupo Arpa), al Mtro. Rafael Lope Ávila (BBY), al Mtro. Roberto Sánchez de la Vara (Universidad Iberoamericana), por todo su apoyo con los servicios de la biblioteca de la Universidad Iberoamericana, a la Dra. María José Rodilla León (UAM Iztapalapa), a la Dra Sara Poot Herrera (UCSB) al Dr. Jesús Eduardo García Castillo (UAM Iztapalapa), al investigador Miguel Capistrán, a los servicios de la Biblioteca y Hemeroteca Nacional de México, a la Coordinación Nacional de Literatura “Casa Leona Vicario” y en especial a los investigadores Alejandro Hernández Pedraza y Rodolfo Gea Fuentes. También quisiera agradecer al escritor José Joaquín Blanco, por su artículo sobre Rosario Sansores que me facilitó a través del Dr. Michael K.

Schuessler. La lista es larga y seguramente se me olvida alguien, si es el caso una disculpa de antemano y le agradezco atentamente.

No quisiera dejar pasar la ocasión sin agradecer a Rosario tantas horas de placer y deleite que el estudio de su obra ha incitado en mí; quisiera hacerlo de la manera más humilde, es decir, dedicándole un poema:

### SONETO PARA ROSARIO SANORES

Tus alas, desde el Mayab hacia la ínsula,  
volaron con sombra de azules horas.  
Que si eres de la isla o de la península,  
pues dicen mal, ¡cual musa en el mundo moras!

Por un ayer es fraguada tu herencia  
que al hoy mancebo prefiere arrullar.  
¡Sueño moderno, oíd mi voz!: no hay clemencia,  
cual padre, el hijo envejece a la par.

Atisbo enervante es tu verso humano;  
corteja al sentido con dulce sabor  
y un efluvio de tierra, mar y amor.

¡De la monja es un poema en el rosario  
cada perla, hay una perla para monja  
en todos los poemas de Rosario!





## Bibliohemerografía general

- Anónimo. “Suntuoso matrimonio”. *Novedades* [Ciudad de México] 4 agosto 1939.
- Bautista Delgado, Juan. Carta a Rafael Heliodoro Valle. 9 sept. 1925. Fondo Heliodoro Valle, 25. Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional. México.
- Blanco, José Joaquín. “La tenaz inmortalidad de Rosario Sansores”. Crónica dominical, suplemento del periódico *La Crónica* [Ciudad de México] mayo de 1999.
- Bombal, María Luisa. *La amortajada*. La Habana: Casa de las Américas, 1969.
- Bourneuf, Roland y Réal Ouellet. *La novela*. Barcelona: Editorial Ariel, 1989.
- Centro de Investigaciones Literarias de la Casa de las Américas. *Interrogando a Lezama Lima*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1971.
- Colectivo de autores. *Rosario Sansores: canciones de la alondra*. México: Ediciones Pentagrama. 2004.
- Cortázar, Julio. *Obra crítica*. “XXI. Algunos aspectos del cuento (1962-1963)”. *Obra crítica* 2. Madrid: Alfaguara, 1994.
- Enriqueta de Parodi. *Cuarto de hora*. México: Ed. de la autora, 1936.
- Fernández del Castillo, Gerardo Kloss. *Entre el oficio y el beneficio: el papel del editor. Práctica social, normatividad y producción editorial*. México: Universidad de Guadalajara, 2007.
- Friedrich, Hugo. *Estructura de la lírica moderna: de Baudelaire hasta nuestros días*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1959.
- Gaitán H., Fernando. “Sentido deceso de la poetisa Rosario Sansores”. *Novedades* [Ciudad de México] 8 enero 1972: 1+. Sociales. Segunda sección.
- María del Pilar. *Sinfonía de luz*. México: Ed. de la autora.
- Onetti, Juan Carlos. *La novia robada*. México: Siglo XXI editores, 1978.
- Poniatowska, Elena. “El arte de ser cursi”. *Todo México*/IV. México: Editorial Diana, 1998.
- . “Rosario Sansores”. *Todo México*/IV. México: Editorial Diana, 1998.
- . “Rosario Sansores última exponente de un romanticismo candoroso”. *Novedades* [Ciudad de México] 9 enero 1972: 1+.
- Reyes Ramírez, Rubén. *Rosario Sansores: el crisantemo y la alondra. Antología esencial (1921—1951)*. Mérida: Ediciones de la UADY, 1997.

- Sansores Pren, Rosario. "Diez años de juventud: narraciones". *Obras selectas*. México: Editorial IMPA, 1946.
- . "Dulzura en el recuerdo: prosas sentimentales". *Obras selectas*. México: Libros y revistas, 1951.
- . *El breviario de Eros*. La Habana: Molina y Ca., 1930.
- . "El lucido baile". *Novedades* [Ciudad de México] 4 diciembre 1939.
- . *La novia del sol*. México: Ediciones Botas, 1933.
- . *Libro azul de la sociedad mexicana*. México: Publicidad Carbac, 1946.
- . *Rutas de emoción*. México: Libros y Revistas, 1945.
- . *Rutas de emoción*. Dir. Mario González Ulloa. Club Rotario de México y amigos.
- . "Rutas de emoción: Futuras periodistas". *Novedades* [Ciudad de México] 22 enero 1970: 2. Sociales. Segunda sección.
- . "Rutas de emoción: Hemos entrado al año nuevo". *Novedades* [Ciudad de México] 8 enero 1972: 1.
- Vázquez Valdovinos, Teresa. *Niebla*. México: Ed. de la autora, 1955.
- Spitzer, Leo. "La enumeración caótica en la poesía moderna". *Lingüística e historia literaria*. Madrid: Gredos, 1974.
- Tacca, Oscar. *Las voces de la novela*. Madrid: Editorial Gredos, 1978.
- Uriarte, Rosario. *Cosecha*. México: Font, 1935.

## ROSARIO SANORES, VIVIR Y CREAR EN LA CIUDAD AZUL

María Eugenia Mesa Olazábal

*Llegué un día a tu puerto, frágil, barca,  
azotada por el furor del huracán  
y viví desde entonces segura y resguardada  
libre de todo afán.*

(“Mi adiós a La Habana”<sup>1</sup>)

Los versos que presiden este texto anuncian el sentir de Rosario Sansores Pren cuando arribó a la capital cubana trayendo consigo profunda angustia<sup>2</sup>; explican, cómo vivió durante los años de residencia habanera, ciudad que la acogió y protegió durante veintitrés años (1909-1932). Proveniente de New York<sup>3</sup>, había escuchado que la Isla caribeña era hospitalaria y rica, de clima benigno y suave, y —¡quién sabe!— tal vez les preservara....; era el sitio adecuado para quedar fuera del alcance de las “ráfagas del huracán” que azotaban su vida. Más, una vez establecida con su familia llegaron días de paz y quietud; bajo sus manos hábiles, la pobreza del hogar quedaba disimulada a fuerza de limpieza y de orden, poco a poco la sonrisa tornó, y fue recobrando su antigua alegría.

---

<sup>1</sup> Sansores Pren, Rosario. Poema “Mi adiós a La Habana”, incluido en: *La novia del sol*, México DF., 1933, p. 80.

<sup>2</sup> Rosario Sansores Pren, perdió a su padre en plena adolescencia, a partir de entonces su vida cambió. Familiares cercanos sin escrúpulos le impusieron un matrimonio con el cubano Antonio Sanjenís García y le amañaron su fortuna. La pareja marchó a EE.UU., allí, la miseria los hostigó durante un año y con la ayuda de un pariente pudieron salir de ese país.

<sup>3</sup> Es presumible que la fecha exacta del arribo de Rosario Sansores a La Habana, haya sido el 4 de enero de 1909. Ese día se corresponde con la del poema “En el mar”, registrada en *Del país de los sueños* (La Habana, 1911).

La poetisa era desconocida, aunque por poco tiempo. En mayo de 1910, fue dada a conocer a los lectores de *El Figaro* a través de la página titulada “Una poetisa mexicana”<sup>4</sup>. La redacción de la reconocida revista destaca que “es hija de la noble Yucatán”; y presenta sus antecedentes líricos avalados por una de las principales figuras del modernismo mexicano, el poeta Juan de Dios Peza. El texto revela además, la identidad de la poetisa que firma sus creaciones poéticas con el seudónimo Crysantheme. Esta promoción le abrió las puertas en otras publicaciones, tales como la colega *Alma Latina* y el periódico *La Lucha* donde aparecieron sus poemas de corte neorromántico y modernista; aquellos con una buena dosis de erotismo, provocaron la irritación de mojigatos intransigentes. No obstante, ello no mermó la inspiración sentimental de Rosario, todo lo contrario, aceleró la publicación, en 1911 de dos libros de poesía: *Ensueños y Quimeras* y *Del país del ensueño*, impresos por Tipografías Castro. Inversamente a lo esperado por sus detractores, las críticas adversas suscitaron la curiosidad femenina y dichos títulos se agotaron en breve, baste decir que el segundo volumen apenas llegó a estar tres meses en librería. Estos álbumes le ganaron a Rosario el beneficio de la popularidad entre sus lectoras, esencialmente capitalias. Luego de esos éxitos, Rosario, permanecerá en silencio durante ocho años de intimidad doméstica, dedicada en la paz de su hogar a hilar versos en la rueca de sus fantasías.

Cuando fallece el esposo, en junio de 1918, comienza su vida independiente determinada por una intensa actividad literaria. La imperativa situación económica, sumada a la incontenible necesidad espiritual de expresar sus emociones “Porque nací poeta” -dice en uno de sus versos- provoca su reaparición pública en la prensa periódica a comienzos del año entrante. Al parecer, es *Social* la propiciadora de la ruptura de ese mutis para con el público lector; en la edición del 4 de marzo de 1919, aparece la página cuyo contenido podemos estimarlo como el inicio de la colaboración con la revista; inserta su fotografía con el siguiente pie: “De la bella señora Rosario Sansores, la admirable poetisa yucateca, publicamos estos tres lindos versos, para deleite de los espíritus refinados que leen nuestras páginas”: “La marcha del caballero”, “Madrecita mía” y “Para entonces”

Meses después, su imagen de ojos tristes y semblante melancólico, aparece fotografiada en el centro de la página de *Bohemia* (No. del 24 de agosto) donde también se reproduce “Una historia de amor”; un relato autobiográfico con el cual la redacción de la revista anuncia el comienzo

<sup>4</sup> Redacción de *El Figaro*. “Una poetisa mejicana”. *El Figaro*. Año XXVI. No. 18 1° de mayo, 1910, p. 212.

de la colaboración de Sansores Pren, que durará hasta enero de 1932. Buena parte del patrimonio literario creado en Cuba por ella, se encuentra publicado en *Bohemia* acompañado de una interesante iconografía que muestra la permanente belleza de una mujer siempre sensual, alabada por amigos y poetas. Una ligera ojeada estadística da fe de la presencia de Rosario en 255 números, distribuida en 122 poemas y más de 145 títulos en prosa, léase: cuentos, artículos, crónicas y páginas de un abultado *Epistolario Sentimental* iniciado en marzo de 1923.

Las contribuciones de Rosario para con las revistas *Social* y *Bohemia* se mantuvieron de manera sistemática hasta 1932<sup>5</sup>. Y es grato conocer como los poemas divulgados por *Social* calaron hondo entre los defensores de la República Española luego de terminada la contienda bélica. Una página de gloria de la poetisa está testimoniada por el escritor español-exiliado en el D. F. Celso Amieva, en la antología *Rosario Sansores y su poesía* (México, 1966).” Amieva comenta que los internados en el campo de concentración de Borconés, clamaban los poemas de Rosario que él había copiado de la revista cubana, entre los años 1926 y 1927; se los recordaba -en aquella improvisada universidad del mediterráneo francés- con viva emoción a los alumnos quienes se los pasaban de mano en mano y eran leídos y releídos, escamoteados, escondidos, buscados y recuperados por los reconcentrados.

Otras publicaciones de la década del veinte contaron con trabajos de Rosario, entre ellas: los rotativos *El Mundo*, *El País*, *El Diario de la Marina* y, las revistas *Castalia*, *Mundial*, *Carteles*, *Archipiélago*, *Láminas*, *Siglo XX* y *Smart*. Después de su regreso a México, envió colaboraciones a las revista *Grafos*, *Ellas*, *Carteles*, y *Souvenir*. También, aparecen sus álbumes de poesía *Las horas pasan* (La Habana, 1921), *Mientras se va la vida* (México, 1925), *Cantaba el mar azul* (Madrid, 1927), y a inicios de la siguiente: *El breviario de Eros* (La Habana, 1930) y *La novia del sol* (México, 1933), contenido en su mayoría de poemas recogidos en libros anteriores o dados a conocer previamente por la prensa.

Las publicaciones seriadas mencionadas dan cuenta de las promociones culturales y comerciales de sus libros de poesía, así como varias críticas valorativas y algunas noticias de los recitales ofrecidos en librerías, entre los

<sup>5</sup> Es necesario aclarar que en el caso de la revista *Bohemia*, aún no está concluida la investigación, por ello no descarto la posibilidad de otros descubrimientos literarios en la ya centenaria revista,

más, aquellos auspiciados por La Moderna Poesía (Semana de la autora), y el Teatro Principal de la Comedia; uno de ellos, “Mi vida en prosa y en versos”, de 1928, alcanzó gran éxito de público y de crítica. Otro de gran cobertura fue -el 7 de enero de 1932- ante un numeroso auditorio que la aplaudió con verdadero cariño.

La voluminosa producción de Sansore, no dejan margen a la duda de su alta laboriosidad; no sólo por su cultivo del verso, sino también, por sus artículos, crónicas y reportajes que la acreditan como periodista, y como narradora la avalan una muchedumbre de cuentos, la mayoría de éstos publicados por *Mundial* (1920-1921) y *Bohemia* (1919-1931). De los dados a conocer por ésta última, Rosario seleccionó e incluyó doce para *Diez años de juventud*, incluso el que da título al volumen corresponde a la edición del 4 de marzo de 1928; a éstos, le sumó el relato *La sospecha*, enviado para ser publicado por *Grafo*, en 1935, los demás fueron creados y dados a conocer<sup>6</sup> mientras la autora residía en La Habana. La casi totalidad de los cuentos son citadinos, se desarrollan o se citan espacios habaneros: iglesias, calles, hoteles, el malecón etc., etc. Abordan temas como el amor, la pérdida de la juventud, la infidelidad masculina y femenina, la modernidad, el suicidio, la eutanasia, la guerra, el asesinato, el insecto y otros subtemas.

La indagación para el estudio de la vida y obra creada en Cuba por Rosario Sansores, más conocida internacionalmente como autora de la letra del *pasillo Sombras*, propició el hallazgo de un conjunto de poemas musicalizados por compositores nacionales. Las partituras descubiertas se enmarcan en un panorama precedido y caracterizado por un sentimiento de profunda crisis espiritual y emocional que determinó un planteamiento a fondo de las diferentes manifestaciones artísticas produciéndose una amplia renovación tras la búsqueda de nuevas maneras y estilos modernos.

---

<sup>6</sup> Sansores Pren Rosario: *Diez años de juventud*. v. XX. No. 9. *Bohemia*. La Habana, marzo 4, 1928, pp. 13, 65; *Amor a primera vista*. v. XX. No. 3. *Bohemia*. La Habana, enero 4, 1928, pp. 7, 72; *La tía Perfecta*. v. XXII. No. 21. *Bohemia*. La Habana, noviembre 9, 1930, p. 78; *La amiga*. v. XX. No.18. *Bohemia*. La Habana, julio 30, 1928, p. 75; *Dulce hogar*. v. XX I. No.8. *Bohemia*. La Habana, febrero 24, 1929, pp. 15,66; *Rocío*. v. XX. No. 17 *Bohemia*. La Habana, noviembre 18, 1928, p. 15; *El talismán*. v. XXI. No. 3. *Bohemia*. La Habana, enero 22, 1929, pp. 15, 71; *La bola de cristal*. v. XXI. No.16. *Bohemia*. La Habana, octubre 20, 1929, p.15; *El hombre que mató el recuerdo*. v. XX I. No.22. *Bohemia*. La Habana, diciembre 8, 1929, p. 6; *Orfandad*. v. XI. No.9. *Bohemia*. La Habana, marzo 21, 1920, pp. 8, 33; *La promesa*. v. XVIII. No. 4. *Bohemia*. La Habana, abril 17, 1927, pp. 9, 53; *Tinieblas*. v. XXIII. No. 8. *Bohemia*. La Habana, marzo 22, 1929, p. 78; *La sospecha*. Año 3. V.3. No. 27. *Grafos*. La Habana, junio de 1935.

En ese ambiente, compositores musicales aprovecharon las peculiaridades de los versos de Crysanthème inspirados en el amor erótico como expresión del cortejo amoroso. Obras musicales registradas en las revistas *Bohemia* y *Carteles* muestran cómo la poetisa se convirtió en letrista de canciones. Encabezaron la empresa: Ernesto Lecuona y Alejandro García Caturla, autores e intérpretes excepcionales de sus propias composiciones. Ellos, seleccionaron poemas del álbum *Las horas pasan* y crearon, en 1924, textos en *tiempo de bolero*, el género donde los músicos se valen de las cualidades de la lírica para empastarles los instrumentos necesarios, conformar el trasfondo y hacer estallar la palabra en la entonación de una voz como medio de expresión del discurso amoroso. Lecuona, escogió “En tierras lejanas” y lo musicalizó con el título *Palomita blanca* (*bolero* para voz y piano); Caturla, el año anterior, en *Concierto Típico Cubano*, hizo su debut y dejó escuchar por primera vez el *bolero* —también, para voz y piano— *Mi amor aquel*, con la letra de “El amor aquel”. Del poemario *Mientras se va la vida*, varios compositores eligieron sus versos: Marta de la Torre, llevó a *vals cantado* “Mis rosas” y para “La canción de la ausencia”, logra una melodía para piano; David Granadino y Rodrigo Pratt, escogieron “Cuando tú me querías”, el primero lo convirtió en *tango* para piano y, el director de orquesta Prats, en una *criolla*, no obstante las diferencias de género, ambos mantuvieron la letra y el título original del poema; América González, creó el *bolero* *Mi orgullo* con los versos de igual denominación; Francisco Formell —apellido de alta trascendencia entre seguidores de la música popular actual— escogió “Definitivamente” del libro *Cantaba el mar azul* y compuso la *canción* para piano *Definitivamente*. Ya, en 1946, durante un recital de canciones de la pianista y compositora Esperanza Álvarez de Fuentes, efectuado en el Lyceum femenino, se interpretó *Me vestí de negro*, poema de la antología: *Rosario Sansores y su poesía*. (1966).

Volviendo a *Sombras*, con letra de los versos “Cuando tú te hayas ido”, del álbum *La novia del sol*, es preciso apuntar que antes de alcanzar notoriedad en Latinoamérica formaba parte del repertorio del Trío Hermanas Lago -fundado en 1932- e interpretado en sus frecuentes giras por el Continente, de ahí, que las Lagos se encuentren entre las primeras difusoras del aplaudido *pasillo* ecuatoriano musicalizado por Carlos Brito Benavides; el mismo que, a finales de los cincuenta y comienzos de los sesentas fuera hit en *tiempo de bolero* en la voz de Blanca Rosa Gil y, el que actualmente revitaliza la joven cancionera Leyanis López. De esta mane-

ra las sombras que envuelven a la poetisa por ausencia han sido traspasadas una vez más; el tiempo no constituye obstáculo para que “Cuando tú te hayas ido” continúe su curso como una canción depositada en la memoria colectiva de nuestros pueblos. La romántica *Sombras* seguirá abriéndose paso entre músicos e intérpretes y tengo la certeza de que otras generaciones tendrán el placer de escuchar los sublimes acordes musicales del arcano poema de Crisantheme.

Al conocerse la partida de Sansores, sus colegas del equipo de redacción de *Bohemia*, designaron a Germinal Barral para despedirla. La crónica, portadora del sentimiento colectivo valora el desempeño de la mexicana en nuestro país. Hoy, al repasarla promueve el deseo de ser compartida con el propósito de acercarnos a quien fuera calificada como la última de nuestras poetisas románticas en aquella lejana edición del 11 de octubre de 1931: “Rosario Sansores se nos va”. “La misma cuyo verso al través de las etapas de su vida —afirma Barral— se ha mantenido en la forma sencilla y humana que sale de la emoción encantada del amor primero”. Agrega que, era seguida con idolátrica delectación por los lectores de sus libros y, de sus brevarios emocionales, las adolescentes enamoradas, así como las románticas primaverales que añoraban una ilusión perdida y de las mujeres que vieron en ella “a la hermana mayor que supiera la honda querella de sus almas esperanzadas”. A esa despedida se sumó *Social* anunciando que: “la inspirada poetisa mexicana, que desde hace veintitrés años reside en nuestra capital donde ha laborado intensa y triunfalmente en prosa y en verso, se propone abandonar nuestra tierra para volver a su patria pero antes se despedirá de sus admiradores en un recital poético en los primeros días de enero en el Teatro de la Comedia”<sup>7</sup>.

Sirvan estos apuntes a modo de homenaje al Centenario de la publicación de sus dos primeros álbumes de poesía publicados en La Habana, en 1911 y a los cuarenta años de su deceso acaecido en su querida patria el 7 de enero de 1972. Y, sirvan también de gratitud a “La ciudad azul” —como denominó a La Habana—, donde enviudó, crió a sus hijas, amó y sufrió con pasión; la ciudad donde aprendió y creció profesionalmente ganándose el aplauso de muchos. Al regresar a su país, dejó profundas huellas de cariño y admiración entre los cubanos de ayer, y, entre los que hoy intentamos rescatar su obra para su perdurabilidad.

DF. México, enero 2012.

<sup>7</sup> Redacción de *Social*. La Habana, enero 1932, p. 47.



## ¿Sabías que...?

**Rosario Sansores Pren** nació en la ciudad de Mérida, Yucatán, el 25 de agosto de 1889 y falleció en la ciudad de México, el 7 de enero de 1972.

A los catorce años de edad se casó con el cubano Antonio Sanjenís, con quien se fue a radicar a La Habana, Cuba. En 1918, volvió a México al fallecer su esposo. Fue columnista de la sección de sociales en los periódicos Hoy y Novedades. Públíco obras de poesía como *Mientras se va la vida* (1925) y *Rutas de emoción* (1954). Rosario Sansores se declaraba contraria a las tendencias modernas de la poesía de mediados del siglo XX, y calificaba su propia obra como cursi.

Sus poemas sirvieron de base para la creación de numerosas canciones en América del Sur. El poema *Cuando tú te hayas ido*, musicalizado por Carlos Brito Benavides, y que dio como resultado el pasillo Sombras, es uno de los temas más conocidos y que se hayan cantado en el Ecuador.

¿Quieres saber más?

Visita [www.bibliotecabasica.yucatan.gob.mx](http://www.bibliotecabasica.yucatan.gob.mx)  
o escríbenos a [biblioteca.basica@yucatan.gob.mx](mailto:biblioteca.basica@yucatan.gob.mx)



# Índice

Presentación	7
Prólogo	9
ROSARIO SANORES, CRONISTA DE SUEÑOS Por Beatriz Espejo	
DIEZ AÑOS DE JUVENTUD	19
AMOR A PRIMERA VISTA	23
LA OCASIÓN	27
TÍA PERFECTA	31
LA DURA VERDAD	35
LA AMIGA	39
DULCE HOGAR	41
ROCÍO	45
UNA CITA	49
EL TALISMÁN	55
LA BOLA DE CRISTAL	59
EL HOMBRE QUE MATO AL RECUERDO	63
ORFANDAD	67
VEINTE AÑOS	71
LA PROMESA	75
NECESIDAD DE AMAR	79
UN RAYO DE SOL	83
EL DOMADOR	93
SHANGAI	97
EL PAÍS NATAL	107
CHANTAGE	111
TINIEBLAS	115
PIEDAD	119
LA SOSPECHA	123
EL PACTO	127
ROSARIO SANORES: UNA MIRADA CRÍTICA A SU OBRA NARRATIVA Y PERIODÍSTICA Por Ruskin Chádez	131

ROSARIO SANORES, VIVIR Y CREAR EN LA CIUDAD AZUL	171
Por María Eugenia Meza Olazábal	
¿Sabías que?...	177

## Títulos de la BBY publicados

- 1 Canek y Cosas de mi pueblo  
ERMILO ABREU GÓMEZ
- 2 ¿Lo ignoraba usted?  
ALFREDO BARRERA VÁZQUEZ
- 3 Personajes de Yucatán  
GABRIEL RAMÍREZ
- 4 La península que surgió del mar  
JUAN JOSÉ MORALES
- 5 El teatro en Yucatán  
ALFREDO BARRERA VÁZQUEZ  
ALEJANDRO CERVERA ANDRADE  
LEOPOLDO PENICHE VALLADO
- 6 La tierra enrojecida  
ANTONIO MAGAÑA ESQUIVEL
- 7 Hechos de Yucatán  
MICHEL ANTOCHIW  
ROCÍO ALONZO
- 8 La Revolución en Yucatán  
JULIO MOLINA FONT  
SALVADOR ALVARADO
- 9 La miel y las abejas.  
El dulce convenio de Mayab  
CARLOS ECHAZARRETA
- 10 Huellas de Mérida  
ILEANA LARA
- 11 El filibustero  
ELIGIO ANCONA
- 12 En los antiguos reinos del jaguar  
LILIA FENÁNDEZ SOSA  
*Compilación*

**13** Nuestra historia con minúsculas

GENNY NEGROE  
VÍCTOR HUGO MEDINA  
PEDRO MIRANDA  
GUADALUPE GUTIÉRREZ  
RAMIRO LEONEL ARCILA  
FELIPE ESCALANTE TIÓ  
JORGE VICTORIA OJEDA

**15** Album de la canción yucateca

LUIS PÉREZ SABIDO  
PEDRO CARLOS HERRERA LÓPEZ

**16** Diez años de juventud

ROSARIO SANORES

**17** Fray Estanislao Carrillo  
y el enano de Uxmal

ALFREDO BARRERA RUBIO

**18** Los mayas yucatecos

SERGIO QUEZADA

***Diez años de juventud***

La impresión de este libro se realizó en los talleres de Compañía Editorial de la Península, S. A. de C. V., calle 38 No. 444-C por 23 y 25 Col. Jesús Carranza. Mérida, Yucatán, en febrero de 2011. La edición consta de 10 000 ejemplares en papel *lux cream* de 105 g. en interiores y forros en cartulina *couché* de 170 g. en selección de color. [cepsa98@prodigy.net.mx](mailto:cepsa98@prodigy.net.mx)

